REVISTA CHILENA

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XII

SANTIAGO DE CHILE
1921

UNA GLORIA DE LA CIENCIA Y LA CARIDAD

Concepción Arenal

Entre las intelectualidades femeninas que han llamado más poderosamente mi atención, debo señalar en primer término el nombre de Concepción Arenal, la egregia española que en el curso del siglo XIX emprende en su patria una obra científica, cultural y filantrópica tan vasta, tan activa y tan profunda que la hace acreedora a la gratitud y al recuerdo imperecedero de la posteridad.

Su acción aparece tan desinteresada, tan nueva y tan evangélicamente difundida que se impone a la simpatía y al estudio de quienquiera que llegue a conocerla.

Por eso, al responder a la invitación tan honrosa para mí de ocupar hoy la tribuna del Club de Señoras, he creido que no podría escojer mejor tema para mi disertación que rememorar, siquiera sea a grandes rasgos, la vida y el carácter de los trabajos intelectuales de esta singular mujer que no honra sólo a su patria y a su sexo, sino a la ciencia y a la humanidad.

Sus biógrafos europeos han hecho notar que ella era insuficientemente conocida en España misma y que en mayor proporción lo era aún en el extranjero. Por lo que a Chile respecta, es fuera de duda que entre nosotros no se ha popularizado como lo merece quien ha llegado a ser calificada por uno de aquellos como «la mujer más grande del siglo XIX».

Nacida a principios de la indicada centuria en una apartada provincia española, las condiciones precarias de la vida interior de su país en aquellos años unidas a la medianía de for-

tuna de su familia de hidalga estirpe más no de holgado patrimonio, Concepción Arenal empieza por ser un revelador ejemplo de «auto-educación»; toda su cultura intelectual es obra de sí misma, leyendo desde su infancia cuanto libro podía procurarse, y aprendiendo por sí sola el francés, el italiano, el inglés y hasta el latín, en esa sed de saber que no se extinguió en ella sino con la vida.

Su retrato físico nos la muestra con los mejores signos de la lucidez mental: la frente despejada, la mirada suave, el hablar tranquilo, sus formas de lenguaje cultísimas sin que esto excluyera cierto espontáneo enardecimiento al tratar sus temas favoritos.

Fué Concepción Arenal ante todo mujer de hogar, y en el seno de él acreditóse como hacendosa en extremo.

Desde muy niña empezó a escribir, aplicándose a temas de la índole más variada, así en prosa como en verso. Pero ella misma ha contado que en un arrebato juvenil quemó sus primeros trabajos juzgándolos indignos de ser conservados.

Continuó, sin embargo, en esos años de juventud produciendo obras de carácter imaginativo, algunas traducidas, las más originales, que nos han sido conservadas. Hay entre ellas novelas, dramas, fábulas y poesías del género lírico.

Su afición al estudio y a las tareas de la pluma la acercó a un intelectual, don Fernando García Carrasco, que editaba en Madrid el periódico *Iberia*, acaso el más importante de los que entonces se publicaban en España; casada con él en 1847 colaboró asídua y valiosamente a la labor periodística de su marido.

Perdió doña Concepción pronto a su esposo, encontrándose muy jóven aún ella viuda y a cargo exclusivo de dos varoncitos que fueron el fruto de su matrimonio.

Por una larga temporada retiróse ella entonces a un rincón de su tierra natal a ocuparse por entero de la educación de sus dos niños, y sólo regresó a Madrid cuando ellos estuvieron ya, mediante sus desvelos constantes e inteligentes, en situación de seguir estudios en la metrópoli.

Cuando Concepción Arenal recordaba estos trances de dureza y amargura que le tocaron en su vida y a que hizo frente

con tanta conformidad como firmeza, repetía: «el dolor, cuando no se convierte en verdugo, es un gran maestro».

Por un espacio no prolongado de tiempo desempeñó el cargo de Visitadora General de Prisiones, para el cual estaba calificada como nadie en España; pero sus servicios no fueron debidamente apreciados por los hombres de gobierno de esa época que no supieron conservar para aquel ramo una cooperación irreemplazable.

Dentro de la aspiración innata de su alma de servir a los humildes, a lo cual consagró las energías de su vida entera, con el mismo impulso apostólico con que fundara una Conferencia de San Vicente de Paul para Señoras, llegó hasta el terreno comercial y dió forma a una empresa de este género. «La Constructora Benéfica» para la edificación de casas para obreros.

En 1870 la señora Arenal fundó *La Voz de la Caridad*, revista dedicada a estudios penitenciarios y de beneficencia. Duró esa importante publicación catorce años, en el trascurso de los cuales la colaboración de ella fué de lo más intensa como fecundidad y de lo más profundo como investigación y estudio.

En toda su actividad literaria, en su obra filantrópica, en su acción social y doméstica respira por sobre todo la mujer generosa, noblemente inspirada en una cruzada de reparación de las injusticias y del desamparo de los humildes, pues llevaba en su corazón un inagotable manantial de ternura. Ponía en práctica aquella digna y severa declaración que una vez formuló a quien quiso ligeramente calificarla de poco religiosa: «no es más piadosa, respondió, quien habla más de Dios, sino quien le ofende menos».

Es así como bajo las más hermosas páginas de sus libros, aún las más varoniles, se siente palpitar un corazón femenino, un corazón de madre. Un escritor lo ha dicho: «su estilo es su corazón, y su corazón fué su vida».

Su acción constante, lo que fué primordial en su existencia, consistió en el ejercicio de la caridad, pero de una caridad callada, sin alardes, emanación pura del corazón que ama a los

desgraciados y que la practica con facultades maravillosas de moralista y de psicólogo. Y en esa inclinación espontánea de su alma se especializó en la protección de los delincuentes y de los presos.

El interés por éstos llevó a la señora Arenal al estudio de cuestiones penitenciarias en que llegó a ser una renombrada autoridad del pasado siglo. No hubo congreso penitenciario en Europa en que no se la señalara un puesto de honor y de preeminencia y en que no se contara con su colaboración erudita y generosamente inspirada. Así sus trabajos penitenciarios forman una escogida biblioteca que se consultará con fruto por cualquier penalista de hoy y del futuro.

Aparte de sus estudios de carácter científico en favor del tratamiento y de la rehabilitación de los delincuentes, casi exclusivamente por la suerte de éstos fué por lo que escribió ella su famoso *Visitador del Pobre*, calificado justamente de «devocionario laico», de «libro de texto de la caridad», su libro más popularizado, traducido ya al francés, inglés, italiano, alemán, portugués y polaco. En este manual, dice Olózaga, «van unidas la profundidad y la originalidad del pensamiento con la ternura y la delicadeza del sentir».

Concepción Arenal extendió su acción de pensadora a combatir todas las plagas sociales, sin excluir el lujo y los espectáculos inmorales entre los cuales incluyó con valentía digna de señalar en una española, las corridas de toros.

Estudió también con la agudeza de ingenio que le era propia la cuestión social, y apesar de sus arrestos de reformista combatió el socialismo al cual calificó de «un sueño imposible». Su último libro, que dejó inconcluso, tocaba con esa orientación estas cuestiones pidiendo remedios para el pauperismo y las que califica de concausas de éste: la emigración, la prostitución y la mendicidad.

Concepción Arenal representa el ideal de las legítimas aspiraciones femeninas. Ella se sintió perseverantemente inspirada para luchar por la independencia y la dignificación de la mujer; recordaba la injusticia brutalmente ofensiva de la máxima

repetida por espíritus reaccionarios para calificar el carácter femenino: «la mujer no sirve para contar las estrellas del cielo sino las gallinas del corral». Y se sintió un apóstol incansable de la elevación moral de la mujer; llegó en ello hasta escribir reivindicaciones bastante avanzadas de feminismo aunque ella misma fuera, como ya hemos dicho, mujer ante todo de su casa y en su conducta personal no se viera ninguno de esos alardes que son usuales en la mujer de lucha; como dice uno de sus biógrafos, a quien dejo la responsabilidad del concepto: «sin caer siquiera en la hombruna frivolidad de fumar cigarrillos».

Así se comprenderá que entre sus obras haya dejado la que tituló «La mujer de su casa», en que brillantemente prueba que solo empezando por educar bien a los suyos y por atender las obligaciones domésticas con celo, con amor y con abnegación se puede hacer obra pública fructífera, y que la preparación para hacer algo acertado en esto nace de una preparacion previa para ser debida y prácticamente madre, esposa y mujer de hogar.

Se ve este concepto en la declaración que hace en uno de sus libros: «Si tuviéramos, exclama, la más leve duda de que la mujer al cultivar su inteligencia disminuiría en lo más mínimo su cariño maternal, arrojaríamos estas páginas al fuego».

«Por ellas, dice en otra parte, por las mujeres de su casa, hay familia, por ellas flota el arca santa en medio del oleaje contínuo y tempestuoso de tantas depravaciones; por ellas queda en la conciencia oscurecida de tantos hombres un punto luminoso; por ellas hay oasis para el corazón y la conciencia de muchos viajeros en los desiertos de la vida; en ellas encuentran amparo y consuelo los perseguidos de las iniquidades sociales».

Verdadera precursora de las reivindicaciones femeninas que hoy empiezan a realizarse, emprendió Concepción Arenal la defensa de la mujer comenzando por lo más esencial, por pedir para ella el amparo físicoque es preservación de su salud, y el amparo mental que producirá la capacidad propia.

«Es preciso ver, exclamaba elocuentemente Concepción Arenal, es preciso ver cómo viven las mujeres que no tienen más recurso que su trabajo; es preciso seguir paso a paso aquel vía crucis tan largo, luchando día y noche con la miseria, dando

un adiós eterno a todo goce, a toda satisfacción, encerrándose con su destino, con una fiera que quiere su vida y que la tiene al fin porque la enfermedad acude y la muerte prematura llega. ¡Cómo no ha de llegar, llamada por la viciada atmósfera de la reducida habitación, por la humedad y el frío intenso y el calor excesivo y la comida mala y escasa, y el trabajo contínuo que no basta para libertar de la miseria a los seres queridos, y tantas penas del alma, y tantas lágrimas de los tristes ojos a los que no trae alegría el sol al salir ni promete descanso la campana que toca la oración de la tarde»!

Por eso ella pedía, encarando la realidad de las dificultades y luchas a que diariamente tendrá que hacer frente la mujer en la existencia, que «la enseñanza de la mujer fuera encaminada a facilitar y perfeccionar la práctica de profesiones fáciles, de artes y oficios lucrativos de que hoy está aquella excluída». Y refiriéndose especialmente a las hijas del pueblo las caracteriza en estos términos tan sentidos como exactos:

«La pobre criatura a quien ninguno enseña las cosas que necesita para no extraviarse en el intrincado laberinto de la sociedad en que vive; esa criatura que tiene un alma inmortal de que se prescinde, a esa criatura hai que darle la luz que ilumina, que guía, que consuela, que muestra al hombre su grandeza y su miseria, que le da medios para comprender el deber y practicarle, para resistir a la tentación, para lograr la dicha, para resignarse en la desgracia».

De un modo práctico Concepción Arenal resume en una aspiración de reforma de la legislación civil española lo más imprescindible y urgente de las reivindicaciones femeninas a fin de elevar la personalidad propia de la mujer y de dignificarla en el gobierno de la familia. ¡Con cuánta razón no podrían aplicarse a la condición de la mujer en Chile las siguientes palabras en que la señora Arenal resume sus observaciones sobre lo existente en España! «Si la ley civil, dice, mira a la mujer como un ser inferior al hombre, moral e intelectualmente considerado ¿por qué la ley criminal la impone iguales penas cuando delinque? ¿por qué para el derecho es mirada como inferior al hombre, y ante el deber se la tiene por igual a él?».

Fácil es imaginarse que la obra intelectual de Concepción Arenal supone una lectura amplísima y una extraordinaria ilustración, lo que no obsta a que sus ideas fueran mucho más producto de observación e inspiración propias. Es muy exacto entonces el criterio con que juzgando el carácter y la importancia del conjunto de tal producción intelectual, uno de sus comentaristas dice: «Hay en todos sus libros la expontaneidad y la franqueza de quien da forma a ideas propias y la buena fé de quien escribe sin más móvil ni otra aspiración que procurar el bien y evitar el mal».

Análoga apreciación formula respecto a ella el reputado publicista don Gumersindo de Azcárate en términos de tanto acierto que no resisto al deseo de reproducirlos: «Su originalidad, dice, y su modo de ser se reflejan en su estilo. De tal modo es preciso, expresivo, enérgico que hace la impresión lo por ella escrito como si no hubiera otra manera de decirlo y como si no quedara nada por decir. Es difícil hallar quien la aventaje en el arte de expresar con una frase breve lo que a los demás no es dado hacer sino con muchas, y no cortas».

España, poco después de su muerte, a fines del pasado siglo, erigió por suscripción pública un monumento a su memoria; merecido tributo a la actividad y abnegación sublimes de esta mujer cuyo ejemplo debe mostrarse al mundo como una enseñanza de lo que puede alcanzar el valer propio y como un testimonio de la bondad inagotable que es capaz de atesorar el corazón femenino.

Pero si no se hubiera erigido un monumento para mostrar a la posteridad sus merecimientos y sus servicios, su recuerdo habría de todos modos quedado perdurable en sus obras que no pueden perecer porque se agita dentro de ellas en su mayor nobleza el más puro espíritu de amor al semejante y de redención al desventurado. Habrían quedado sus acciones de abnegación y de filantropía a las cuales su misma modestia dió un relieve que las graba con huellas indelebles en todo corazón sensible. Y, por lo ménos, se contemplaría siempre a Concepción Arenal a la puerta de aquel hospital de la Cruz Roja en las guerras carlistas, en que reclamó un puesto de humilde enfermera, despidiendo al soldado poco há para ella desconocido,

a quien sus desvelos, su infinita ternura supieron arrebatar de la muerte, y que ya restablecido le dice al marchar:

—No sabe usted, señora, el bien que me ha hecho!

Ella le oye, sin poder ocultar la satisfacción de un éxito en la caridad, y emocionada exclama:

—Pobre hermano, tú si que no sabes el que me hiciste a mí!...

GUILLERMO PÉREZ DE ARCE.

EL PRIMER CANTO DE LA DIVINA COMEDIA

Cuando tenía yo poco más de veinte años, emprendí una traducción en verso de la Divina Comedia. Púseme resueltamente a la obra con aquella buena fe y aquel ardoroso entusiasmo que suele poner en sus empresas la juvenil edad, a quien por lo común halaga y seduce todo atrevido intento. Terminé el primer canto; los dos poetas, mantuano y florentino, emprendieron sin mi compañía su viaje al reino de las sombras. Es achaque de la mocedad—fuélo al menos de la mía—comenzar muchas cosas y dar remate a pocas.

En uno de los escrutinios que de mis papeles acostumbro hacer de cuando en cuando, este mi primer ensayo fué condenado a muerte. Creo que la sentencia fué justa.

Hoy, cuando poco me falta ya para el medio siglo, cuando con la pesadumbre de los años y de las dolencias va perdiendo mi espíritu sus bríos y se le presenta como formidable lo que en otro tiempo le pareciera un juego, vuelvo a realizar la obra que destruyó un día mi justiciera mano. ¿Merece ésta también la misma pena? *Ai posteri l' ardua sentenza.* Y, caso que la mereciera, libraríase de sufrirla, que fija queda desde hoy en letras de molde y entregada al voluble y soberano juicio de esa colectividad multiforme y anónima que llaman público.

¿Continuaré? ¡Quién sabe! Ya el día va declinando y se hace tarde para emprender tan larga jornada. He querido darme un pequeño gusto literario. Deseaba, además, enviar algo a *La Revista Católica* para corresponder a una bondadosa petición de su director, y se me ocurrió que ese algo podía ser una muestra de la poesía del Dante. Eso es todo.

En mi primer ensayo, como los bríos de la juventud poco se dejan intimidar por los obstáculos que arredran a la edad madura, no temí emplear la misma estrofa dantesca, el bello, so-

lemne, pero dificilísimo terceto aconsonantado. En el que ahora publico he prescindido del consonante, por dos razones. Primero, porque no quiero perder paciencia y tiempo en andar a caza de rimas; que las tales, llevadas de su taimada condición, ofrécense de buen grado cuando no se las busca y nada valen, mientras que las deseadas y de valía huyen y se esconden y desesperan al desventurado rimador, que se da al diablo por cogerlas, así sea de la punta de un cabello. En segundo lugar, porque, por muy rica y flexible que sea una lengua —y muy pocas lo son como la nuestra,—una traducción rimada, aunque sólo lo sea con asonantes, no será jamás exacta, y mucho menos si hay que someterse a la tiránica ley de la octava real y del terceto. Pretender conservar fielmente el pensamiento del autor, y a la vez hallar rimas que correspondan exactamente en significación y fuerza a las del texto, atendiendo al mismo tiempo a la propiedad de la expresión, a la corrección del lenguaje, a no introducir añadiduras que huelgan y no suprimir cosas necesarias, al oportuno uso del hipérbaton, al ritmo y armonía del verso, es pretender una imposibilidad metafísica. Desafío a cualquiera a que me traduzca dos tercetos contiguos del Dante—los que él elija—sin faltar a ninguna de esas condiciones.

Puesto, pues, en la necesidad de sacrificar algo, no he vacilado en sacrificar lo menos importante, que es la rima. Si a pesar de esta libertad, que me ha permitido moverme a mis anchas y sin trabas en el campo dilatado de nuestra noble y numerosa lengua, si a pesar de esto, digo, mis versos no son por una u otra causa lo que debieran, culpa será de mi incompetencia; otros podrán hacerlos mejores. Lo que sí afirmo y sostengo es que mi traducción en versos sueltos es *exacta:* no he pretendido más.

No sólo he procurado conservar fielmente en ella el pensamiento del poeta, sino también sus giros, sus peculiares modos de decir, sus mismas palabras muchas veces, y aún aquellos atrevimientos tan característicos de la poesía dantesca, atrevimientos que la pueril timidez de los traductores reduce casi siempre a los mezquinos límites de lo trivial y lo casero. No tienen derecho para hacerlo. Es obligación del traductor decir

lo que el poeta dijo; si bello, por ser bello; si de mal gusto, porque su papel no es el de desfacedor de entuertos, papel que se arrogan todos o casi todos con admirable empacho. Que el último verso del canto XXI del *Infierno* les haga salir los colores al rostro y les ponga los pelos de punta, en buena hora, que aquello, más que del divino poema, propio parece del Capítulo XIII de Gargantúa; pero, que la menor libertad poética, que cualquier valiente matáfora los alarme, tal que se crean autorizados a sustituírla por la primera vulgaridad que les sale al paso, eso es ofender al poeta y dar gato por liebre a los lectores. Y vaya un par de ejemplos. *Lá dove il sol tace*, dice el Dante en el verso 60 de este primer canto, lo cual significa, salvo que yo no comprenda el italiano, *allá do calla el sol*, atrevida y bella metáfora en que se pone el término propio del oído por el de la vista, como lo hace también en el verso 28 del admirable canto V: *Io venni in loco d'ogni luce muto: llegue a un lugar mudo de toda luz*. No, esto no puede ser, exclaman los escandalizados traductores, fuerza es llamar al orden al osado que trastrueca los oficios de los sentidos, y hacerlo hablar como todo el mundo, mal que le pese. Y traducen: *allá donde el sol deja de resplandecer*, ó algo por el estilo; *lugar oscuro, o tenebroso, o privado de toda luz*, etc. En los versos 6 y 7 del canto I dice el poeta, hablando de la colina que al término del pavoroso valle se levantaba: *Guardai ia alto, e vidi le sue spalle vestite già de' raggi del Pianeta:* miré a lo alto, y ví sus espaldas vestidas ya por los rayos del Planeta (el sol). ¡Espaldas! ¡Vestidas! Pues no faltaba más. ¡Como si los rayos solares fueran prendas de vestir! Y en vez de espaldas ponen cima o cumbre, y en lugar de vestidas, alumbradas, iluminadas, y hasta *doradas*, que es el colmo de la liberalidad.

Así, salvo rarísimas excepciones, tratan a los infelices autores que caen en sus manos. ¡Y ojalá no cometieran mayores delitos! Porque muchos ni siquiera entienden lo que traducen. Demasiado tímido, por ejemplo—y lo menciono por ser uno de los traductores del Dante más conocidos entre nosotros—es don Cayetano Rosell, y, lo que es peor, culpable en más de una ocasion de haber entendido el texto al revés, como se lo probaré a su tiempo. De los franceses vale más no decir nada.

Y nada tampoco digo por ahora del Dante ni de su inmortal poema. Algo de eso, al menos en lo que al primer canto se refiere, irá en las notas, que tomaré en su mayor parte del excelente comentario del docto filósofo, teólogo, y literato jesuita, Domingo Palmieri. Y sin más, *cortese lettore*, acepta de mi parte el buen deseo con que termina el Padre su prólogo: *sta sano*.

CANTO I

En medio del camino de la vida,
errante halléme en una selva obscura,
porque perdí la senda verdadera.
¡Cuán penoso es decir de aquesta selva
lo salvaje y bravío y tenebroso,
que sólo al recordarla torna el miedo!
La muerte misma es más amarga apenas;
mas, para hablar del bien allí encontrado,
de lo demás que ví diré primero.
Á referir cómo entré allí, no acierto:
un sueño tan profundo me embargaba
cuando dejé el camino verdadero.
Mas, cuando al pie llegué de una colina,
do el valle terminaba que en mi pecho
puso tanto pavor, alcé los ojos
a lo alto y ví del monte las espaldas
vestidas por los rayos del Planeta,
que recto por doquier al hombre guía.
Calmóse entonces algún tanto el miedo
que el lago de mi pecho en la pasada
mísera noche conturbado había.
Como aquel que con hálito afanoso
del piélago ha salvado, y ya en la playa,
al peligroso mar vuélvese, y mira;
tal mi ánimo también, que aún huía,
volvióse a ver una vez más el paso
que no dejó jamás alma con vida.
Repuesto un poco el cuerpo fatigado,
por el monte desierto iba subiendo,

tal que siempre apoyaba el pie más bajo.
Y al empezar el áspero sendero,
presentóse de súbito, vestido
de maculosa piel el ágil cuerpo,
veloz pantera, y sin desviarse un punto,
de suerte embarazábame el camino,
que una vez y otra por volver estuve.
Era el principio ya de la mañana,
y elevábase el sol con las estrellas
que eran con él, cuando los bellos astros
movió el divino Amor por vez primera;
y la dulce estación y hora temprana
hacíanme confiar en que a la fiera
de alegre y varia piel vencer podría.
Mas no fué así, que nuevo sobresalto
dióme de un león la inesperada vista.
Rabioso de hambre y con erguida frente,
contra mí abalanzarse parecía,
tal que hasta el aire de pavor temblaba.
Y una loba también, que en su flacura
mostraba estar henchida de deseos,
y a muchos ya hizo mísera la vida.
En mí puso tan grave pesadumbre
el terror que sus ojos despedían,
que perdí de subir toda esperanza.
Y como aquel que por lucrar se afana,
si un tiempo llega que su bien le roba,
sólo en llorar y en acuitarse piensa;
igual hizo de mí la bestia inquieta,
que, viniendo a mi encuentro poco a poco,
hacia do calla el sol me rechazaba.
Mientra al valle corría presuroso,
mostróse a mí quien de la voz privado
por un largo silencio parecía.
Vílo en la vasta soledad, y al punto,
«¡apiádate, clamé, de mí te apiada,
quien quiera que tú seas, sombra u hombre!»
—«Hombre no soy, me respondió; lo he sido;

patria fué de mis padres Lombardía;
de Mantua eran los dos. Bajo el imperio
de Julio ví la luz, si bien ya tarde,
y bajo el buen Augusto viví en Roma,
en tiempo de los dioses fementidos.
Poeta fuí y cantor de aquel piadoso
hijo de Anquises, que de Troya vino,
luego que fué la altiva Ilión cenizas.
Más tú, ¿por qué a congoja tanta vuelves?
¿Por qué al monte no subes deleitoso,
que es de todo placer principio y causa?»
«¡Oh! ¿eres tú Virgilio, tú la fuente
que vierte del decir copioso río?»
respondíle con frente ruburosa.
«¡Oh gloria y luz de los demás poetas!
válgame el grande amor y el largo estudio
con que aprendí y escudriñé tu libro.
Mi maestro eres tú, tú mi modelo,
a tí entre los mortales, a tí solo
el bello estilo que me honra debo.
Mira la bestia que volver me hacía:
libértame de ella, ilustre sabio,
que de terror agítanse mis venas».
—«Diverso rumbo haz de tomar», me dijo,
cuando en llanto bañados vió mis ojos,
«si este lóbrego sitio dejar quieres.
Porque esta bestia, causa de tus gritos,
pasar por su camino a nadie deja,
más, de suerte lo impide, que le mata.
Es tan malvada condición la suya,
que nunca sacia su voraz deseo,
y es más hambrienta mientras más devora.
Muchos los brutos son con que se acopla,
y más serán aún, hasta que venga
generoso Lebrel que la extermine.
No se sustentará de tierra ni oro,
sino de amor y de virtud y ciencia.

Su imperio se alzará entre tienda y tienda;
y salvador de aquella humilde Italia
será, por quien Eurialo y la vírgen
Camila y Turno y Nizo sucumbieron.
Él la perseguirá de pueblo en pueblo,
hasta hundirla de nuevo en el profundo,
de do la tierra la lanzó la Envidia.
Sígueme, pues, que por tu bien yo miro.
Seré tu conductor, y de este valle
te sacaré por un lugar eterno,
do escucharás desesperados gritos,
do el suplicio verás de antiguas almas,
que la segunda muerte en vano invocan;
y a los que están contentos en el fuego,
porque subir a los felices coros
espera cada cual, tarde o temprano.
Si tú también allá subir quisieres,
habrá un alma más digna que te guíe:
con ella quedarás cuando yo parta.
Aquel Emperador que arriba reina,
porque rebelde fuí a su ley, no quiere
que a nadie sirva en su ciudad de guía.
Impera en todas partes; allá reina:
allí su corte tiene, allí su trono:
¡feliz quien él para su reino elige!»
Y entonces yo: «Suplícote ¡oh poeta!
por ese Dios a quien no conociste,
que salvo de este mal y otros mayores
al lugar de que hablaste me conduzcas,
porque la puerta de San Pedro vea
y aquellos que tan míseros tú dices».
Movió su planta y yo en pos de él la mía.

JUAN R. SALAS ERRÁZURIZ.

NOTAS

1.—*En medio del camino de la vida.* Supone el poeta que su extravío en la selva y su misterioso viaje tienen lugar en la primavera de 1300, época en que estaba próximo a cumplir los 35 años, término medio de la vida humana. Este verso recuerda las primeras palabras del cántico de Eze-

quías: *Ego dixi: in dimidio dierum meorum vadam ad portas inferi.* Yo dije: en la mitad de mis días iré a las puertas del infierno (Isaías, XXXVIII, 10). No considero inverosímil que estas palabras de la Escritura hayan sugerido al Dante la primera idea de su poema.

2.—*Errante halléme en una selva oscura.* Mi verso, defectuoso, si se quiere, expresa con toda fidelidad el pensamiento del poeta: *Mi ritrovai per una selva oscura. Mi ritrovai,* me hallé, me encontré, denota que se sorprendió de verse allí, que entró sin saber cómo; *per,* por, al través de, indica que iba caminando, lo cual expreso con la palabra *errante.* Esto para la generalidad de los traductores es hilar demasiado delgado.—La selva oscura simboliza el extravío moral, las tinieblas de los vicios y pasiones que oscurecen el entendimiento. Piérdese miserablemente en ella quien abandona el camino recto, *la diritta via,* de que se habla en el verso 3, y que es la senda de la verdad y de la virtud.

3.—*Porque perdí la senda verdadera.* Raro es el traductor que da a este verso toda su fuerza y valor. Entiéndenlo comunmente como si hubiera *che,* que, reproductivo de *selva,* en vez de *ché.* forma abreviada de *perché,* porque, y como si *smarrita* fuera predicado de *selva.* El *fuera de todo camino recto* de don Cayetano Rosell no vale nada. Si el poeta se había extraviado en la oscura selva, claro es que estaba fuera de todo camino recto. El pensamiento del Dante es: me perdí en medio de la selva de las pasiones, a causa de haber abandonado inconsiderada y ciegamente el buen camino.

6.—*Que sólo al recordarla torna el miedo.* Este es evidentemente el sentido del verso: *che nel pensier rinnova la paura,* que en el pensamiento renueva el miedo, esto es, cuyo pensamiento o recuerdo hace renovarse el temor, que de sólo recordarla, etc. No lo entendió así, sin embargo, don Cayetano Rosell, pues traduce: ¡Cuán penoso es referir lo horrible e intransitable de aquella cerrada selva, y *recordar el pavor que puso en mi pensamiento!* Si esto no es dislate, mucho se le parece.

8, 9.—El bien que encontró en la selva es Virgilio: para poder hablar de él, resuélvese a hablar también de las otras cosas que vió primero y cuyo recuerdo le aflige, esto es, la pantera, el león y la loba, que tanta angustia le causaron.

10 y sig.—*A referir como entré allí, no acierto,* etc. Alucinado, adormecido por el halago de las pasiones, llegó a perder aquel conocimiento claro del bien, que lo habría mantenido en la recta senta, de modo que, abandonándola en su ceguedad, fuése internando más y más en la funesta selva, hasta que un movimiento de la gracia le hizo abrir los ojos y comprender su error.

11.—*Un sueño tan profundo me embargaba. Tant j'étais accablé de terreur,* dice Artaud de Montor. No sé si habrá alguna variante que signifique tal cosa; pero, háyala o no, no comprendo qué relación pueda existir entre el terror y el acto de apartarse del buen camino ¿De dónde le vino ese terror? Por lo demás, la traducción de Artaud de Montor es apenas mediocre; no hay que hacerle mucho caso.

13, 14.—*Mas, cuando al pie llegué de una colina, do el valle terminaba.* Guiado por la gracia, salió de la selva (llamada aquí *valle),* en cuyos confines se alzaba el monte deleitoso del verdadero bien. Entre el fin del hábito de pecado y el comienzo de la santidad, no media distancia; en el punto mismo en que aquél cesa, principia ésta. Por eso se alza el monte en los confines mismos de la selva. Y para lograr el bien plenamente, hay que subir, sin dejarse arredrar por las asperezas del camino.

15, 16.—*Alcé los ojos a lo alto.* Para salir del error, es menester levantar los ojos al cielo. *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi* (Salmo 120, 1).

17.—*Vestidas por los rayos del Planeta*, etc. *Largior hîc campos aether et lumine vestit purpureo* (Eneida, VI, 641-2). El *Planeta* es el sol, del cual se creía en aquellos tiempos que era planeta y satélite de la tierra.—*Que recto por doquier al hombre guía.* Aplícase en sentido recto al sol material, y en el alegórico al Sol de justicia, que irradia en la cumbre del monte santo, y señala al hombre la senda del bien. Si el hombre está fuera del buen camino, en cualquier parte en que se encuentre *(per ogni calle)*, el Sol eterno se lo muestra; a quien va rectamente, lo alumbra y dirige para que no se extravíe.

20.—*El lago de mi pecho.* «Hay en el corazón, dice Bocaccio a propósito de este pasaje, una concavidad que siempre está llena de sangre, en la cual, según opinión de algunos, residen los espíritus vitales. Esta concavidad es el receptáculo de todas las pasiones».

22 y sig.—*Como aquel*, etc. Bellísima comparación y la primera del poema. Así como el náufrago que logra escapar de las olas y llega jadeante a la playa salvadora, se vuelve a mirar con espanto y sorpresa el abismo que un momento antes había amenazado devorarlo, así el poeta, sobresaltado aún por el pasado peligro, se vuelve a dirigir una mirada de curiosidad, a la vez que de asombro, al lugar funesto adonde entró y del cual salió sin saber cómo. El alma que ha escapado del piélago del mal y se encuentra ya en la playa segura de la virtud, recuerda su anterior peligroso estado, asombrada de su error y gozosa de verse en salvo.

25.—*Tal mi ánimo también, que aún huía.* Dante ha salido del triste valle y se encuentra al pie de la colina, iluminada por los rayos del sol. No huye ya; no hay en ese momento nada que lo inquiete. No obstante, su espíritu *continúa huyendo* del peligro que cesó. En este rasgo tan hermoso como verdadero no acostumbran parar mientes los traductores. Alegóricamente, denótase aquí la disposición del alma que, lejos del mal, huye siempre de él con el afecto.

27.—*Que no dejó jamás alma con vida.* A la letra: *Que no dejó jamás persona viva.* Algunos comentadores lo entienden de la muerte corporal, y explican que Dante salió vivo de allí por excepción. Nada tiene que ver aquí la muerte del cuerpo. La selva es representación alegórica del hábito del pecado, que es la muerte del alma. Toda alma que allí entra recibe la muerte, sin excepción alguna. Por eso dice el poeta que la selva *no dejó jamás persona viva.* Empero, tan pronto como el alma sale de allí, recobra la vida.

30.—*Tal que siempre apoyaba el pie más bajo.* A la letra: *Tal que el pie firme siempre era el más bajo.* Mucho se ha discurrido acerca de este verso. Pongámonos en cada uno de los tres casos que pueden presentarse. O se baja, o se sube, o se anda por camino plano. Si se baja, el pie más afianzado es *primero más bajo y después más alto.* Por consiguiente, Dante no va descendiendo, pues su pie firme es *siempre* el más bajo. Si se sube, el pie firme es *primero más alto y después más bajo.* Por lo tanto, el poeta tampoco sube, si hemos de atenernos estrictamente a la letra del verso. Si se marcha por camino plano, el pie afianzado es *siempre más bajo.* Sólo en este caso se cumple la condición indicada en el verso. Pero, en realidad, Dante va subiendo, y como no puede subir en la forma que él dice, lo que afirma en el verso es inexacto. Si se suprime la palabra *sempre*, siempre, que aquí no viene al caso, como observa el P. Palmieri, resulta una fórmula ambigua: *tal que el pie firme era el más bajo*, que tanto puede convenir al acto de subir como al de bajar. Después de todo, la cosa es de poca monta y no vale la tinta que en discutirla se emplea

34.—*Veloz pantera.* Símbolo de la lujuria, según unos; de la envidia, según otros.

38 y sig.—*Y elevábase el sol con las estrellas que eran con él*, etc. Estas estrellas son de la constelación de Aries, pues el poeta supone que esto acaece en la primavera.

41 y sig.—*Y la dulce estación y hora temprana hacíanme confiar en que a la fiera de alegre y varia piel vencer podría.* Alude a la creencia de que durante la primavera y en las primeras horas de la mañana, la pantera se vuelve tímida e inofensiva. En el verso 42, en lugar de la lección corriente que sigo: *Di quella fera alla gaietta pelle*, algunos, como Artaud de Montor, leen: *di quella fera la guietta pelle*, de donde resulta lo siguiente: la dulce estación y la hora temprana hacíanme esperar la alegre piel de aquella fiera. Dante era quizás un comerciante en pieles, que andaba por montes y selvas a caza de alimañas. Lo único que gana con esta lección es el verso; el sentido es inaceptable, aún metafóricamente, como sin duda lo entenderán los que tal variante siguen. Hay que tomar en cuenta, además, otra circunstancia que no han tenido presente Artaud de Montor y compañía, y es que, como observa el P. Palmieri, *sperar bene* del adversario es esperar vencerlo. De ahí el *vencer podría* que aparece en mi versión y no en el texto.

45.—*Un león.* Símbolo de la ambición o de la soberbia.

49, 50.—*Y una loba también, que en su flacura*, etc. El atributo *apareció, se presentó*, etc., está subentendido, tanto en mi traducción como en el texto; los tres versos del terceto forman el sujeto de la proposición. El P. Palmieri cree que el poeta escribió quizás, en vez de *ed una lupa*, y una loba, *e d' una lupa*, y de una loba, construyendo la frase con *la vista* del verso 45. Don Cayetano Rosell debe estar persuadido de que los deseos engordan y de que flacura y deseos son cosas incompatibles, pues traduce: «una loba, que *a pesar de su demacración* mostraba estar henchida de deseos» (y con estas últimas palabras me da el endecasílabo hecho). El texto trae *nella sua magrezza*, en su flacura o demacración; ignoro si hay alguna variante que signifique *a pesar de:* si la hay, don Cayetano hizo mal en seguirla, porque ha salido con un desatino.

La loba es símbolo de la avaricia, o en general, de la codicia y ambición de bienes terrenos.

53.—*El terror que sus ojos despedían. La paura ch'uscia de sua vista*, el pavor que salía de su vista. El efecto por la causa: el pavor que infundía su vista; su vista, que tal pavor infundía.

58.—*Igual hizo de mí. Tal mi fece*, tal me hizo, en igual condición me puso. Así como la pérdida de sus bienes entristece y angustia sobre manera a quien en ellos cifra su dicha, así me angustió, etc.—*La bestia inquieta.* Siento no poder conservar más fielmente la bella expresión del texto: *la bestia senza pace*, la bestia sin paz Talvez he andado algo tímido en este caso.

60.—*Hacia do calla el sol.* Recuérdese lo dicho en el prólogo. Rosell: *hacia el sitio donde el sol ya no resplandece.* ¡Cuánta palabrería]

62, 63.—*Quien de la voz privado por un largo silencio parecía.* El *quien* es digno de notarse. Así se designa en el texto al nuevo personaje (Virgilio), como para significar que Dante ignoraba si la figura que tenía ante los ojos era un hombre real y verdadero, o una sombra. Don Cayetano la decretó *imagen:* «Ofrecióse ante mi vista una *imagen*, que *por el silencio que guardaba parecía muda*». Esto es delicioso. Don Cayetano no paró mientes en que el texto reza *per lungo silenzio*, o si advirtiéndolo entendió que la *imagen* por el *largo silencio* que guardaba parecía muda, se olvidó de que, *en el momento* de aparecerse dicha figura, dice el Dante que parecía sin voz. Don Cayetano, pues, o por eludir una dificultad cayó en otra, falseando el texto, o no entendió el pasaje, el cual significa que aquel ser parecía estar débil de voz (*fioco*) o privado de ella, a consecuencia de un

prolongado silencio que le habría quitado o debilitado el uso de los órganos vocales.

No es, pues, en la traducción del pasaje donde está la dificultad. Está en el pensamiento mismo, y parece insoluble. A juicio de algunos. Virgilio habría dirigido primeramente a Dante algunas palabras con voz fatigada y apenas perceptible, lo cual atribuye el segundo al largo silencio del primero. Pero esto es puramente gratuito. Si Virgilio hubiera hablado en el momento de su aparición, Dante no habría pasado en silencio esta circunstancia, siquiera para hacer inteligible y congruente la observación que la voz de Virgilio le sugiere. Emitir este juicio y callar la circunstancia que lo motiva, que le precede inmediatamente, y sin la cual dicho juicio es del todo incomprensible, es una incongruencia tan enorme, que ni por un instante podemos suponerla en el poeta. ¿Pone aquí el Dante anticipadamente una reflexión que ha hecho más tarde, después de oir hablar a Virgilio? Esta sería la solución del problema, si el poeta hubiera dicho *era* en lugar de *parecía*. Si al oir poco después a Virgilio se cercioró de que su voz era debil y apagada, ¿por qué expresa ahora que le *parecía* tal? ¿O habrá querido significar que lo era, *debido al parecer al largo silencio*, refiriendo *parea* a *per lungo silenzio* y no a *fioco*? Así, la anterior hipótesis sería aceptable, pero la gramática no permite semejante explicación. La construcción de la frase no deja lugar a la menor duda a este respecto. Hay, pues, que convenir forzosamente en que el poeta, desde el momento en que vió a Virgilio, se lo imaginó mudo y débil de voz—y esta es la primera singularidad del asunto—y ello, a causa de un largo silencio, segunda y no menos notable singularidad.

Las demás interpretaciones que se dan al verso presentan los mismos inconvenientes. Consiste una de ellas en que, a causa del *largo olvido* (llamado aquí largo silencio) en que yacieron las obras de Virgilio, su voz había cesado de oirse. Opónese a esto: 1.° que Dante aún no sabía que aquel personaje era Virgilio; 2.° que, suponiendo que aquí da anticipadamente por conocido el personaje, no habría dicho *parecía*, sino *era*. Queda, por fin, la explicación simbólica de Scartazzini. Según ella, la voz de la razón, representada por Virgilio, es o parece tan débil y desmayada cuando el pecador comienza a despertar del largo sueño de las pasiones, que aquél apenas alcanza a percibirla. Optima consideración, sin duda, pero que deja en pié las dos dificultades anteriores, pues antes del sentido simbólico está el recto.

64.—*Vilo en la vasta soledad*. Desiertas eran la selva y la colina. Pero, indudable parece qué la vasta soledad, o *gran desierto*, como dice el texto, es la selva, pues hacia ella corría Dante cuando se le apareció la sombra.

67.—*Hombre no soy... lo he sido*. El hombre es compuesto de cuerpo y alma sustancialmente unidos. Lo que aparece de Virgilio es sólo el alma.

68.—*Lombardía*. Virgilio acomoda la geografía al tiempo en que habla. En su época no existía tal nombre.

69.—*Mantua*. Con más propiedad el texto: *mantuanos ambos por patria*, pues los padres de Virgilio probablemente no nacieron en la ciudad de Mantua, sino en algún otro lugar del territorio mantuano.

69, 70 —*Bajo el imperio de Julio ví la luz, si bien ya tarde*. Julio es Cayo Julio César. El Dante hace aquí confusión de fechas. Virgilio nació el año 70 antes de la era cristiana; antes, por consiguiente, que César ejerciera el poder consular y la dictadura. César formó el triunvirato con Craso y Pompeyo en el año 60, ejerció el consulado varias veces después de esa fecha y fué nombrado dictador en el 46. Cuando nació Virgilio, eran cónsules Pompeyo y Craso.—La expresión, *si bien ya tarda, ancorchè fosse tardi*, parece significar que nació en las postrimerías del gobierno de César, lo cual, como acaba de verse, no es exacto. Artaud de Montor cree salir del paso con el siguiente guirigay: «*Je puis dire que je suis né sous le*

règne de Jules-César, quoiqu'il n'ait été revêtu de la dictature que longtemps aprés ma naissance». Y toda esta absurda charlatanería la saca de las seis palabras: *nacqui sub Julio, ancorchè fosse tardi*. ¡Nació bajo el reinado de César, y a la vez mucho antes de dicho reinado!

71.—*El buen Augusto.*—Octaviano Augusto. Virgilio lo llama bueno, porque este emperador protegió a los literatos.

73, 74.—*Aquel piadoso hijo de Anquises.* Eneas, a quien Virgilio en su Eneida suele dar el calificativo de *pius*, piadoso.

77, 78.—*¿Por qué al monte no subes deleitoso?* etc. Cree Benassutti que este monte representa el Calvario, en que se cumplió la redención, fuente de todo nuestro bien: la perfección del cristiano consiste en subir a la cima del Calvario.

83, 84.—*Válgame el grande amor y el largo estudio con que aprendí y escudriñé tu libro.* El verbo *cercare* que usa aquí el Dante, no debe tomarse en su acepción propia y principal de *buscar*, sino en la secundaria de investigar, estudiar a fondo, con suma atención, escudriñar. *Largo estudio i buscar* son términos que no se compadecen. Sin embargo, don Cayetano Rosell y Artaud de Montor hacen incurrir al poeta en tan grosera contradicción. En el mismo sentido indicado emplea Dante el verbo en el verso 121 del canto XII del Paraíso: chi cercasse a foglio nostro volume.

89.—*Ilustre sabio.* En la edad media, Virgilio era reputado como gran sabio, y aún como nigromante.

95, 96.—*Pasar por su camino a nadie deja, mas de suerte lo impide, que le mata.* No quiere decir esto que sea imposible para el hombre vencer la pasión de la avaricia o de la ambición, sino que es dificilísimo y que, de ordinario, sale ésta victoriosa. El hombre que se deja dominar de la codicia, concluye por ser víctima de ella.

100.—*Muchos los brutos son con que se acopla.* La avaricia nunca anda sola; muchos otros vicios la acompañan.

102.—*Generoso Lebrel que la extermine.* Mucho ha dado que hacer a los comentadores este Lebrel (*Veltro*) que aquí anuncia el poeta y que tanto encomia en los versos que siguen. Que este nombre no es meramente alegórico, sino significativo de algún personaje real o deseado, parece indudable. No obstante, Buti es de otro sentir. «Así como representa, dice, a la avaricia como una loba, de igual manera finge que su matador será un lebrel, un perro cazador y velocísimo». El texto mismo del Dante se encarga de echar por tierra tal opinión. De la loba habla en forma indefinida, *una lupa*, una loba; al hablar del lebrel no dice *un veltro*, sino *il Veltro*, el Lebrel. Es, pues, éste un sujeto definido, ya algún personaje a quien quiere ensalzar el poeta, ya una encarnación de sus propios deseos y esperanzas. Lo primero parece más probable, y en tal caso, el Lebrel que adornado de tantas virtudes se nos pinta, sería, según unos, Can grande (*cane*, perro) della Scala, señor de Verona y protector del Dante; según otros, Ugoccione della Faggiola, a quien dícese que dedicó el poeta su primer canto, y que, como éste fué enemigo de los Güelfos. Empero, ciertos pasajes del poema parecen significar que el Lebrel no es más que una esperanza, y una esperanza que tarda en realizarse. Así, en los tercetos 4 y 5 del canto XX del Purgatorio, maldice Dante en enérgicos versos a la *antigua loba*, y exclama: *¡«Cuándo vendrá el que ha de arrojarla! quando verrá per cui questa disceda!»*—Opónense además a la hipótesis de Buti las cualidades que en los versos 103 y siguientes atribuye el poeta al Lebrel, cualidades que sólo pueden predicarse de un hombre, existente o supuesto.

103.—*Ni oro.* El texto tiene *peltro* (más que por otra cosa, por exigencia de la rima) aleación de estaño, y aquí metal, dinero.

105.—*Su imperio se alzará entre tienda y tienda.* Cada uno entiende a su modo este oscurísimo verso: *E sva nazion sarà tra feltro e feltro.* Para

Bocaccio y Buti *nazion* es nacimiento; para otros, pueblo, país, imperio. La expresión *tra feltro e feltro* es de una oscuridad desesperante. Hé aquí las tres principales explicaciones que de ella se han dado: 1.ª La explicación alegórica. Dice Buti: «*Feltro* es un paño compuesto de lana comprimida y no tejida, y por él ha de entenderse el cielo, que es materia sólida y hemogénea, de suerte que dichas palabras significan que este lebrel nacerá entre cielo y cielo, esto es, por virtud de los cuerpos celestes». Así, pues, a juicio de este comentador, el lebrel será una influencia de los cuerpos celestes. Con lo dicho en la nota al verso 102, queda suficientemente demostrado que ésta no fué la idea del Dante, aun cuando ella, por otra parte, esté muy conforme con las creencias de la época.—2.ª La explicación geográfica, que cuenta con numerosos partidarios. *Feltro* y *Feltro* serían *Feltre*, lugar de la Marca Trivigiana, y Montefeltro, de la Romagna.—3.ª La interpretación que propone el P. Palmieri, según la cual, la frase en cuestión significaría *entre tienda y tienda*. Esto vale infinitamente más que ir a traer de los cabellos dos lugares geográficos de distinto nombre, que no señalan de una manera clara y definida comarca alguna. En cambio, sabemos que *feltro* es una especie de paño, y a tal acepción debemos atenernos, mientras no haya poderosas razones en contrario. Ahora bien, de ese paño que los italianos llaman *feltro*, *feutre* los franceses, y *fieltro* nosotros, hacían en la edad media tiendas de campaña, que en el latín bárbaro de entonces eran designadas con los nombres de *tentoria filtrea*, *domus filtrea*, tiendas de fieltro, casas de fieltro. El verso en cuestión significaría, según esto, que el Lebrel será amigo de las armas, vivirá y ejercerá su imperio en medio de los campamentos, en una nación guerrera.

106.—*Humilde Italia*. Así llama Virgilio en su Eneida al Lacio: *humilemque videmus Italiam* (III, 522). Quizás hay también aquí una alusión al abatimiento en que estaba postrada Italia o causa de las disensiones civiles.

107, 108.—Camila, Turno, Niso y Euríalo son héroes de la Eneida de Virgilio; los dos primeros murieron en defensa del Lacio; los dos últimos, por conquistarlo.

109.—*El la perseguirá*. A la loba, que también está indicada en el texto por el pronombre *la*, *questi la caccerá*, a pesar de que los seis versos precedentes no la mencionan.

111.—*De do a la tierra la lanzó la envidia*. Se me perdonará el agregado *a la tierra* y la omisión de *prima*, primeramente, antes, al principio. La envidia de Satanás introdujo en la tierra el pecado y la muerte. Invidia diaboli mors introivit in orbem terrarum (Sap-II, 24), Streckfuss hace de *prima* un calificativo de envidia: *der erste Neid*, la primera envidia. A cada paso se toma libertades como ésta.

114 y sig.—*Por un lugar eterno*. El infierno. Lo llaman eterno porque, como dice en el tercer terceto del canto III, antes de él no hubo cosas creadas, sino eternas, y porque dura eternamente. En estos últimos versos se indica el plan del poema: *Infierno*, del 114 al 117; *Purgatorio*, 118 a 120; *Paraíso*, en los que siguen.

117.—*Que la segunda muerte en vano invocan*. La segunda muerte es aquí la destrucción del alma, el aniquilamiento absoluto. *Et in diebus illis quaerent homines mortem, et non invenient eam: et desiderabunt mori et fugiet mors ab eis* (Apoc. IX, 6).

118.—*Contentos en el fuego*. Fuego está tomado aquí en el sentido general de tormento. Las almas están contentas en medio de sus sufrimientos, tanto porque aman a Dios, que justamente exige de ellas la expiación de sus culpas, y conformándose ellas plenamente a la voluntad de Dios, no pueden ménos de querer lo que Él quiere; como porque esperan y saben que algún día han de ir al cielo. Este segundo motivo es el que alega Vir-

gilio, quien, discurriendo con la sola luz de la razón, considera esto más conforme y adaptado a la naturaleza humana.

122.—*Un alma más digna.* Beatriz, a quien amó Dante en su vida mortal, y que, idealizada y convertida en personificación de la teología, acompañará al poeta al Paraíso.

125.—*Porque rebelde fuí a su ley.* La rebeldía de Virgilio fué negativa: no adoró al verdadero Dios, a quien no conoció. Así lo explica en el canto IV del Infierno, tercetos 12 a 14, y en el terceto 9 del canto VII del Purgatorio. «No por lo que hice, sino por lo que no hice, perdí al alto Sol que tú deseas y que yo conocí demasiado tarde», dice en el segundo de los pasajes citados.

127.—*Impera en todas partes; allá reina.* Esto es: su poder se extiende a todo lo creado, pero en el cielo recibe de más especial modo los homenajes que a su infinita soberanía se deben; manda en todas partes, más en el cielo tiene su corte y su trono real (verso 128). Clarísimo es el texto: *in tutte parti impera é quivi regge;* una cosa es imperar, otra reinar; sin embargo, don Cayetano Rosell, enturbiando lo claro, traduce: «En todas partes *manda,* pero allí *impera*». ¿Qué diferencia hay entre imperar y mandar? Si la hay, de delgada se quiebra.

134.—*La puerta de San Pedro.* Es la puerta del Purgatorio, según Tommaseo, porque Virgilio no podía acompañar a Dante hasta la del Paraíso. Creo más bien con el P. Palmieri que el sentido es éste: para que, después de recorrer los lugares en que tú me servirás de conductor, pueda yo, gracias a tu ayuda y con otro guía, llegar a la puerta de San Pedro (esto, es, al Paraíso).

EL NIÑO GIGANTE

Envejecido, sustentándose en un bastón, arrastrando los pies, dolorosa ruína humana, Wilson salió por última vez del edificio donde se había celebrado el último Consejo de ministros. Hay en el ex-presidente norteamericano algo de rey destronado o de dios expulsado del Olimpo. O, quizá mejor, algo de héroe trágico, vencido por una fatalidad externa, más fuerte que su espíritu.

En el balance que la historia haga de Wilson habrá dos partes: la de sus pensamientos y la de sus obras. Sus pensamientos fueron siempre nobles y encendidos de emoción humana. Era el suyo un lenguaje que pocos políticos contemporáneos entienden y casi ninguno habla, lindero de la lírica y del estilo profético. Sus obras, en su mayoría, son lamentables. ¿Sus obras? Mejor sería decir las de sus escuderos, las de sus ejecutores, las de los que van tras el botín y no tras la idea pura. Pero, aunque él no autorizara las obras de sus ejecutores y aunque probablemente las repudiara en su fuero íntimo, la posteridad le hará a él responsable de cuanto aconteció bajo su era presidencial, de todos los tratos y contratos de los Estados Unidos.

Quiso dotar al mundo de una constitución internacional denominada Liga de las Naciones, y el mundo se rió de él después de aprovecharse las grandes potencias de lo que había de utilitario en la idea. Sus conciudadanos consintieron en que su idealismo apareciera como la encarnación de todo un pueblo; pero cuando llegó el instante de ponerlo en práctica, con los sacrificios a que se obliga ejemplarmente el propio idealista, su pueblo lo dejó solo, y lo que parecia creación colectiva de los Estados Unidos, la Liga de Naciones, nadie la desautorizó tan pronto y mortíferamente como los propios creadores.

En el resto de América proclamó, renovando la doctrina de Monroe, la independencia y soberanía de todos los países. Pero el destino le reservaba la ingrata misión de presidir el período más intervencionista de los Estados Unidos, el más atentatorio contra la soberanía e independencia de gran número de repúblicas. En su tiempo, bombardearon fuerzas norteamericanas las costas de Méjico y desembarcaron tropas en Veracruz; hubo varias revoluciones en este país y se asesinó a Carranza, el mayor enemigo de la orgía internacional de petróleo mejicano. En su tiempo, los Estados Unidos convirtieron de hecho en protectorados a Haití, a Santo Domingo y a Nicaragua; Panamá lo era ya anteriormente. La teoría del «mare nostrum», del Caribe para los Estados Unidos, complementaria de la idea de un gran imperio que abrace la mitad del continente americano, desde el estrecho de Behring hasta el canal de Panamá, incluyendo el Canadá, las Antillas, Méjico y las repúblicas centroamericanas, nunca había hecho tan poderoso avance como en tiempo de Wilson

El máximo imperialismo en el período regido por uno de los Presidentes más idealistas de los Estados Unidos. ¿Cómo explicarse este contrasentido? ¿Consistirá en que su idealismo era falso, nada más que de palabras? A pesar de todas las apariencias, creemos recalcitrantemente en la sinceridad de Wilson, y esa imagen suya de última hora, agobiado, deshecho física y moralmente, se nos aparece como la imagen de una tragedia íntima, de una conciencia elevada, pero débil, vencida por una realidad innoble, pero poderosa.

La explicación es mucho más sencilla, y tal vez el caso de Wilson sea representativo, y no infrecuente en otras esferas, de la época moderna. Los Estados Unidos venían oyendo de todas partes reproches de excesivo practicismo, de estar sobradamente dominados por apetitos y fines materialistas, Wilson, un hombre distante del mundo de los negocios, procedente del reino sereno del estudio, del desinterés y de la meditación, cubriría con el pabellón de su idealismo la mercancía y la nave utilitaria del Estado norteamericano. Wilson sería el capitán iluso que cree navegar en dirección a sus sueños, mientras el buque se deja arrastrar en sentido contrario por la corriente

de los grandes intereses económicos. Wilson quiso recoger en su vela todos los vientos de un régimen económico tan pletórico y desbordante como el de la República norteamericana; pero, en vez de guiar él, y acaso creyendo que guiaba, ha sido él el arrastrado, y cuando en su ilusión fué demasiado lejos, o cuando ya no era necesario, le dejaron sin autoridad y en ridículo. La pesadumbre de la burla o del fracaso es la que súbitamente, como un rayo, le convirtió, de hombre público, en cadáver público.

Parece difícil querer armonizar ningún idealismo con las fuerzas prácticas que constituyen la esencia del mundo moderno. A veces, el materialismo imperante gusta de cubrirse con el prestigio de una personalidad como Wilson, para obrar más desenvuelta y vorazmente a su sombra. Pero la tragedia del individuo crédulo y desinteresado es inevitable. La época actual sólo es provechosa para los hombres de presa, de garras y dientes. Sobran las ideas.

De todos los países modernos, en ninguno ha sido el materialismo tan preponderante como en los Estados Unidos. Toda la vida de la nación está dominada por el apetito de utilidad. Hay un libro, *Our America*, de un joven i brillante escritor norteamericano, Waldo Frank, en que aparece convincentemente descrito el proceso psicológico del utilitarismo yanqui, desde los tiempos originarios del *pioneer*, explorador, hombre fronterizo, y del puritano del Mayflower, como consecuencia de la doble lucha con la naturaleza exterior y con los instintos. «Bajo el imperio de las exigencias del *pioneer*—dice Frank,—en la completa absorción de las energías humanas por los negocios empíricos, se materializó la religión. Quedaron las palabras místicas. De hecho, sin embargo, la religión se convirtió en importante auxiliar de los asuntos de la vida»; y «la negación de los sentidos dejó en libertad una mayor energía para la caza del poder y la riqueza», y «los sentidos, mortificados por los preceptos ascéticos—que tan bien se ajustaban a las crudas condiciones del país—tomaron su venganza en una desatraillada busca de riqueza».

El utilitarismo fué universal. «La misma convicción utilitaria, prosigue Frank—se afirmó en nuestras universidades. La

mayor parte de las primitivas instituciones de enseñanza superior tenían en los Estados Unidos raíces teológicas. Y los lazos íntimos entre la Iglesia y el comercio fueron atemperados por la enseñanza. Al principio, solo una minoría, las clases adineradas fueron al colegio. Aquí se preparó a la juventud americana, ya para aquellas profesiones que sostenían el sistema social de explotación o ya, mas directamente, se le educó en una cultura académica general, cuyas significaciones todas coincidían con el sentido de la sanidad de la propiedad y con la moral del éxito. La literatura y las artes hallaron su lugar en las universidades. Hallaron su lugar en la primitiva vida urbana de los Estados del Este. Pero existía una implícita inteligencia del cual debía ser ese lugar. La «cultura», que el americano se había visto obligado a dejar atrás, en Europa, se convirtió en un artículo que podía recobrarse con dinero: una insignia de posición y prestigio, y, finalmente, una especie de cebo para la pesca de peces menos astutos». «La convicción utilitaria rige en las universidades de Yale y Harward, no menos que en los cursos de extensión de los colegios del Oeste y en las difundidas escuelas para empapelar y para escribir cuentos. Así también la única filosofía que América puede justamente proclamar como propia. Estábamos en el nivel cultural en que apetecíamos pensamiento sistemático, y desarrollamos el pragmatismo. La medida pragmática de los valores es la utilidad». Conforme a su norma, el mundo es el paradigma de progresar, del éxito. Los valores de la vida pierden su inherencia y se subordinan a la concepción abstracta del progreso, en el cual está realmente colocado el mundo como una especie de locomotora». «La vida es una máquina, y como una máquina, produce externamente. En consecuencia, el deseo individual es malo, salvo en tanto que se conforma a la actividad abstracta de la máquina».

Hay en el libro de Frank una imagen que representa exactamente al pueblo americano: la de un niño gigante. «Nada hay más horrible que un cuerpo físicamente maduro, movido por un cerebro infantil». «El cerebro de un niño en el cuerpo de un niño es una flor. El cerebro de un niño en el cuerpo de un hombre o de una mujer es un espectáculo repelente». El re-

sultado de este infantilismo que podría llamarse elefantino es un exagerado y ciego optimismo. «América—continúa Frank —fué construída sobre un sueño de tierras encantadas, y el sueño se ha hecho realidad. Persiste el sueño en los problemas, infinitamente más duros, de salud social y física. Creemos en nuestra estrella. Y no creemos en nuestra experiencia. América está llena de pobreza, de enfermedades sociales, de opresión y degeneración física. Pero no queremos creer que sea así. Nos asoleamos en el benigno engaño de que nuestra libertad es perfecta. Del mismo modo, el *pioneer*, destrozado por los indios, destruído por las fiebres malarias, destruído por el desierto y la montaña sin cima, no quería creer en todo eso; sólo creia en avanzar. Sin embargo, hay una gran diferencia. La hazaña física tenía mejor éxito inconscientemente y estimulada por un sueño. El crecimiento espiritual, sin afrontar el mundo, es una concepción imposible».

Resumiendo el sombrío cuadro de Waldo Frank: «El industrialismo barrió la tierra americana y la hizo rica. Penetró en el alma americana y la hizo pobre. Nuestras aldeas y ciudades estuvieron pronto llenas de tullidos y destrozados. Un mundo doblegado, increador, fué testigo del destino del espíritu humano en una civilización qué sólo podía persistir negando la experiencia, por la mecanización del deseo. Pues el deseo no podía negarse. Se enfermó, se encogió, se desenvolvió perversamente. Buscó expresión en las artes neuróticas, en religiones obversamente sensuales, en un sádico impedimento de los deseos de los demás: en todas esas torsiones mentales que hicieron que un exacto observador como el señor Chesterton nos juzgara aventajados y decrépitos».

Este niño gigante, todo mecanización e incapaz de toda crítica, es el que está ahora en el cruce principal de los caminos del mundo, entre Europa y Asia, todo apetencia, sin idea de límite, mesiánico, ávido de poder, riqueza y gloria, ebrio de propia Historia, no aleccionado aún por la experiencia común, que es la Historia universal. La conjunción y armonía de todos sus componentes en esas rutas psicológicas y geográficas del dominio han de engendrar grave inquietud en todo observador de los trágicos destinos del mundo. No hay ninguna diso-

nancia. La clase capitalista sigue su ley de crecimiento y absorción, por encima de las fronteras de la tierra y del mundo moral. La clase obrera no ha madurado aún en el sentido de que sus males deben buscar remedio en un cambio de raíz del régimen imperante: su ideal es todavía el del individuo primitivo, el *pioneer*, cuya suerte puede transformarse y llegar a convertirse de paria en multimillonario a poco de que la suerte, el capricho de los hados ayude. La prensa, en vez de ser reflexión, freno, prudencia, maestra experimentada en el destino de otros pueblos, es, con rarísimas excepciones, fuelle de todas las pasiones de la riqueza y el poderío, instigadora y encubridora de todos los extravíos de los conductores. La mujer es otro acicate: flojo el sentimiento de la familia y no ganada aún por el espíritu público, necesita constantes, crecientes, ilimitadas riquezas que la distraigan de un estéril ocio en que todavía no ha hallado su nueva personalidad. El oro indígena—en sus innumerables formas de dones naturales—se agota y sus guardianes miran sobre las fronteras y sobre los mares, al Sur y a Occidente, al centro de América, a Oceanía y Asia, en busca de nuevos campos de explotación; el águila inquiere con los ojos los países y pueblos donde ha de clavar sus garras. Tiemblan las víctimas, actuales ya o en potencia: Méjico, las Antillas, las repúblicas centroamericanas, las islas del Pacífico; Inglaterra y el Japón se inquietan, secan su pólvora y afilan sus armas; los pueblos hispánicos sienten sobre sus espaldas el escalofrío de las invasiones y ven en las escalas del mundo el problema de su independencia, de su integridad y de su personalidad histórica formada por la raza y la lengua. El planeta vuelve a un período de zozobras semejante al que media entre 1870 y 1914 y acaso se resuelva en análoga tragedia intercontinental, que sería la catástrofe definitiva de una civilización milenaria. La preparación armada sería inútil para impedir el desastre; antes bien, lo agravaría, precipitándolo. No hay más esperanza que el clamor moral, y antes el conocimiento de lo que se fragua. A eso responden las páginas de este libro. Quieren ser un aviso y el comienzo de una actitud. Sentimos excesiva estimación por los Estados Unidos para callar ante un pro-

ceso de su desarrollo que está destinado a destruír tantas energías y bienes propios y ajenos. No olviden la reciente tragedia de Alemania, ni la anterior de la Francia napoleónica, ni la de la España filipina, ni la de todos los que soñaron con un imperio universal, idea-tumba de tantos imperios.

Luis Araquistaín.

ÑO CAMPITO

Magallanes era colonial penal, y gobernador de aquellos mundos, don Diego Dublé Almeida, tipo acabado del gentil hombre, y hoy general de la República.

A su servicio tenía un convicto tipo del roto, fornido, macizo, con nervios de acero. De capitán a paje, Ño Campito se había ganado voluntades por su adhesión y fidelidad al amo, y porque mimaba a los patroncitos con la fuerza de su temperamento rudo y querendón.

Los ratos de que disponía, allá iba el simpático roto a jugar con ellos a la rayuela; se los echaba a la espalda, y carrera va, carrera viene, hacía las delicias de los niños. Tenía los cien mil recursos: ya les construía un carretón, monturas calcadas sobre las que usan nuestros huasos, con riendas, pencas, látigos para enlazar. Llegaba su buen humor al extremo de ensillarse él mismo y ponerse en cuatro pies para servirles de cabalgadura.

Los pequeños le devolvían amor por amor: no podían pasarse sin Ño Campito, era el amigo protector de sus juegos, los volvía locos de alegría con aquellas sus travesuras y las vueltas y revueltas, patadas, corcobos y piruetas sin cuento que, apenas se sentía «caballo», con su chico a cuestas, realizaba. Otras veces tomaba a tres de ellos en sus gigantescos brazos y se iba a caminar por la nieve a través del paisaje siberiano, o por los cerros. Su alma afectuosa gozaba con el roce de los ricitos rubios en su mejilla tostada; con los bracitos sonrosados, entornando su ancho cuello. Quizás esos niños le evocarían otros lejanos, de carita risueña, que a la puerta lo estarían esperando, sin esperanzas... Radiante regresaba con su preciosa carga, repletos los bolsillos de conchas y las manitas de flores.

Y estas correrías locas por montes y llanos, rehacían su vida... como si Ño Campito guardara a puñados en el rudo

palpitar de su corazonaso, esos girones de felicidad que tenían la facultad de seguir flotando sobre los días de sudor y de sangre de su pasado.

Una noche se despertó el valle bajo los fuegos que llovían sobre la Gobernación. Aprovechándose de la complicidad de algunos guardias que se habían embriagado, lograron fugarse los presos de la cárcel. Cargaron, naturalmente, contra la autoridad.

Después de un combate que duró hasta el amanecer, y gracias a la llegada de la corbeta «Magallanes», el gobernador y los pocos defensores, dominaron la situación, no sin quedar él gravemente herido. Su familia se había salvado merced a su previsión y coraje.

Vuelta la calma, comentaba una tarde don Diego con sus ayudantes los sangrientos sucesos, y algo que observara muy inexplicable: ¿por qué las descargas de los cañones iban dirigidas directamente a las camas de sus hijitos...?

—Pero, señor, ¿qué no sabe quién capitaneó el motín?

—¿Quién sería?

—¡Ño Campito!...

—¿Es posible? Pero estaría ébrio!

—Claro está, señor.

—¿Y ahora que se ha hecho?

—¡Murió en la refriega!

—¡Dios lo perdone!—repuso emocionado el gobernador.

Uno o dos años después estalló la guerra del Pacífico, y el gobernador de Magallanes fué a ocupar su puesto de gloria y de peligro en el ejército de su patria.

Un hombronazo, tostado, de mirar penetrante, valiente como un tigre de Bengala, al par que manso como cordero, se presentó a la carpa de campaña del general Dublé.

—Mi jefe, ¿quiere que yo le cuide sus dos caballos y la mula?

—Bien, pues, hombre, y ¿cómo te llamas?

—Me llamo Ramírez, mi jefe.

Desde ese instante, Ramírez fué la sombra de don Diego. Su día entero lo dedicaba al servicio de su jefe, a limpiar sus caballos, cuyos pelajes relucían al sol como raso.

Trepaba en cierta ocasión por los cerros, camino de Chorrillos, el sendero agreste y tan parado, permitía apenas a su cabalgadura sostenerse sin rodar; una mano férrea como tenaza toma las riendas y lo conduce hasta el fin... Sale alguna vez de madrugada fuera de su carpa y tendido delante de la puerta, guardando la entrada como un perro fiel. ¡Ramírez!—siempre y en todas circunstancias, Ramírez, hosco, silencioso, decidido a escudarlo con su propio cuerpo...

En uno de esos atardeceres, en espera de grandes acontecimientos bélicos, el general Dublé mantenía acuartelado en el Cementerio de Chorrillos a su regimiento. Había extendido su poncho sobre una de tantas lápidas, pozos en que reposarían restos de peruanos ilustres. En la guerra se pierde el sentido de la muerte, por sabia Providencia de Dios. Rodeado de oficiales, rememoraban las batallas del día.

Cruzado de brazos, miraba con su habitual dedicación a su jefe, Ramírez, como si en el mundo no existiera nadie más, como si el objeto de su vida entera se reconcentrara en él... Fijó repentinamente don Diego la vista en su inseparable y fiel soldado, y una idea nueva atravesó como flecha su mente.

—¿A dónde te he conocido yo, Ramírez?

Bajó los ojos el gigante, y una expresión dolorosa y fiera cubrió sus mejillas tostadas. Asomaron dos lágrimas y su voz tembló.

—¡Soy ño Campito, patrón!—murmuró.

¡Qué vuelco en el pecho le dió el corazón al ex-gobernador, evocando el cuadro de horror de aquellas camitas blancas, agujereadas por las balas! ¡Los ricitos de oro... los bracitos de carne de rosas, fundiéndose contra el pecho del roto!...

Revivía el recuerdo de la traición, pero también de aquel cariño entrañable, rudo y fuerte, del penado hácia sus hijitos. Venció en el alma del valiente la piedad... Esa feroz abnegación y fidelidad del presente, esa ofrenda de su vida que se traducía en vigilias y sacrificios silenciosos ¿no eran una súplica de perdón permanente? Se leía demasiada angustia en sus ojos llorosos...aquel formidable guerrero no vibraba sino en una ansia incontenible: borrar la falta con el caudal torrentoso de fidelidad!...

El noble militar así lo comprendió: lo acercó más a su persona y a su afecto.

Al día siguiente se daba la gran batalla de Miraflores. Obedeciendo a la voz de órden del Estado Mayor, el general Dublé con su regimiento, debía tomar una ruta llena de obstáculos, saltando murallas que estaban bajo los fuegos del enemigo. En cada salto caían numerosos soldados heridos. Experto militar, mandó botar el adobe más alto de cada muro, sabia medida que dió maravilloso resultado: la cuestión era pasar rápidamente. Cuando tocó el turno al general, su caballo, demasiado gordo gracias al esmero de su fiel ayudante, quedó sin poder avanzar, preso medio a medio del cuerpo, y para colmo, oprimiéndole barbaramente una pierna, lo cual lo privaba de todo movimiento. ¡Podía considerarse perdido! ¡Volaban las balas!, a flor de su casco, por millares!... ¿Cuántos segundos habían transcurridos?... Unos brazos hérculeos, tomándolo de la cintura, lo desprendieron de la silla y lo lanzaron al otro lado, sobre la ruta... ¡Salvado!—gritaron los soldados...

Aun no se había incorporado, cuando un cuerpo pesado, gigantesco, cae sobre él y lo baña en un torrente de sangre. ¡Ño Campito, su salvador, atravesado el cráneo por una bala!... ¡Estaba muerto!... ¡Había pagado su deuda con creces!...

¿Cuántos años han pasado?

Su jefe, hasta ahora, lo recuerda con profunda emoción y cariño.

Monna Lissa.

1920.

PABLO VERLAINE

En muchos convertidos de los que nos presenta la literatura francesa contemporánea no existe, propiamente hablando, conversión en el sentido de una transformación radical y profunda que se produce en un momento dado de la existencia, golpe de gracia que modifica la dirección de los pensamientos y de las ideas y que sobreviene en forma de un gran dolor, de un súbito desengaño como el que determinó la del santo marqués de Lombay, tan bellamente descrita por el duque de Rivas en uno de sus más célebres romances. Por el contrario, la mayoría de ellos suelen llegar a la verdad religiosa por la evolución natural de ciertas ideas dominantes—es el caso de un Brunetière, de un Bourget, sin que por esto compartamos enteramente la tesis sostenida acerca de éste por A. de Rivasso (1),—por el juego natural de los acontecimientos de la vida visible en su espíritu desde las primeras obras.

No fué de éstos el primero que abre la larga serie de los que destruyen, a fuerza de arrodillarse, la hierba de las soledades que crecía al pie de la cruz abandonada, según la conmovedora expresión del simpático poeta de los *Humildes*, el dulce Coppée (2). Recibió el golpe de gracia por el pecado y por el dolor; cayó muy bajo y de la misma profundidad de su miseria se levantó en un impulso ardiente de amor divino hacia Aquel que no rompe la caña medio tronchada ni extingue la luz moribunda. *De profundis clamavi ad te, Domine...*

---

(1) En su interesante libro *L'unité d'une pensée* sobre la obra de P. Bourget. París. Plon, 1914.

(2) *La messe du patriote* en *Contes pour les jours de fête.*

I

Cuando hacia los veinte años comenzó Paul Verlaine su carrera poética en la *Revue du Progrès*, sus versos, que firmaba con el seudónimo de Pablo, ensalzaban la creencia católica (1). Después, el poeta experimenta—como casi todos sus contemporáneos, Coppée, Sully-Prud'homme, Mendès—la influencia del gran maestro Leconte de Lisle. Fué un parnasiano, donde ya apunta, sin embargo, la personalidad robusta que había de crear un modo de poesía inconfundible, ese modo de poesía tan gráficamente descrito por el poeta Copée (2). Como tal tuvo hacia el mundo de lo sobrenatural la indiferencia de casi todos aquellos poetas, cinceladores de rimas perfectas, evocadoras del color y de la forma. Más ya en su primer libro—los *Poemas saturnianos* (1866)—y en los que siguieron,—*Fiestas galantes* (1869), *La buena canción* (1870), *Romanzas sin palabras* (1873), donde se revela briosamente la originalidad del poeta—a través de sus versos, aún de los más sensuales, percibimos un aroma de espiritualidad, oímos cantar la voz de una tristeza que denota la nostalgia del espíritu sediento de lo infinito. Así en medio del delirio de la pasión echa de menos en la amada «el plácido abandono de la hermana». «Pon mi frente en tu frente y mi mano en tu mano—le dice—y lloremos hasta el día» (3). La belleza venal de la cortesana le repele. La compara «a la dalia que eleva su cabeza inodora, irritante, en el jardín (4). Celebra una mujer completamente espiritual y melancólica: la que describe en el inolvidable soneto *Mon rêve fami-*

(1) Pueden consultarse sobre Verlaine, entre otros, Pacheu, *De Dante à Verlaine*. París. Plon, 1897; Ch. Morice, *Paul Verlaine: l'homme et l'œuvre*. París. Vanier (editor de sus obras); A. Bessancourt, *Paul Verlaine*. París, Falque, 1909, y muy particularmente el libro de su amigo de infancia E. Lepelletier, *Paul Verlaine, sa vie, son œuvre. Mercure de France*, 1907. A. Séché y Bertaut: *Verlaine*, París, Michoud.

(2) «Verlaine ha creado una poesía que le pertenece, de inspiración a la vez ingenua y sutil, hecha de matices, evocadora de las más delicadas vibraciones de los nervios .. una poesía nacida de fuente a veces casi popular... cuyos ritmos, libres y rotos, conservan una armonía deliciosa.» Coppée, Prólogo al *Choix de poésies de Verlaine*. Fasquelle, 1904, pág. 3.

(3) *Lassitude* en *Poèmes saturniens*.

(4) *Un dahlia*, en ibidem.

lier (1). Nada hay en ella de carnal. No sabe si es siempre la misma siquiera. Ignora si es rubia o morena. Su mirada es semejante a la de una estatua. Sólo conoce de ella la propiedad de amar silenciosa y humildemente, su poder consolador. «Sólo ella sabe refrescar con su llanto los ardores de su pálida frente». De toda su belleza sólo guarda el nombre, dulce y sonoro como el de los seres que se amaron y separó la vida, y su voz, lejana como de un mundo mejor, serena y grave, donde se condensan las inflexiones de las voces queridas que oímos en la vida y que se han callado para siempre.

Este poeta, que conoce todas las perversiones, sabe cantar el amor honrado con acentos de apasionada y casta ternura. Leed, por ejemplo, *La buena canción*, donde hay acaso reminiscencias de sus amores con la que llevó su nombre. (Verlaine contrajo matrimonio poco después de la publicación de este libro, con Mlle. Mauté de Fleurville, emparentada con el compositor musical Carlos de Sivry). Oidle evocar, por ejemplo:

El hogar, el resplandor tenue de la lámpara
El ensueño con el dedo contra la sien
Y los ojos perdiéndose en los ojos amados.
La hora del té que humea y de los libros cerrados,
La dulzura de sentir el final de la tarde;
La fatiga encantadora y la espera adorada
De la sombra nupcial y de la dulce noche.

O exclamar sintiéndose bueno y generoso, ante la expectativa de la felicidad:

¡Atrás los puños crispados y la cólera!
A propósito de los necios y de los malvados encontrados.
¡Atrás el abominable rencor! ¡atrás
El olvido que buscamos en execrados brebajes (2).

(1) Ibidem.
(2) *Puisque l'aube grandit*, etc.

II

Poned ahora a un alma de poeta educada en la fe del supremo consuelo, que no cree porque siente la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida, pero que experimenta inquietudes y anhelos que, sin esa base religiosa, no concebiríamos, enfrente de un gran dolor y esa alma se volverá instintivamente al Dios de su niñez, se acordará, como el mismo Verlaine nos dice, de «haber sido de esos pequeños amados por Jesús» (1), aceptará el sufrimiento y sabrá encontrar en él la paz, que todas las cosas de la tierra no podrían darle.

Esto sucedió con Pablo Verlaine.

Hacia 1871 sus ideas republicanas le hicieron emigrar por algún tiempo a Inglaterra y Bélgica. A su regreso a Francia trabó conocimiento con el poeta decadente Arturo Rimbaud. Pronto unió a ambos una amistad íntima, que fué el origen de los infortunios domésticos de Verlaine y de la desdicha toda de su existencia. Verlaine se convirtió en protector de Rimbaud, hizo vida común con él, publicó por su cuenta varias de sus obras. Por él abandonó a su joven esposa, que pidió y obtuvo más tarde el divorcio. Los dos amigos hicieron largos viajes por Bélgica e Inglaterra, de los que conservan sus versos indudables reminiscencias. El carácter tornadizo de Rimbaud se reveló pronto. Hallándose ambos en Bruselas manifestó éste el propósito de separarse de su amigo. Verlaine, en un rapto de furor, disparó contra él dos tiros de revólver. El tribunal correccional de Brabante le condenó a diez y ocho meses de prisión, que cumplió en Bruselas parte, y parte en Mons. Así Oscar Wilde, con el que tantos puntos de contacto tiene Verlaine, extinguió también condena en la cárcel de Reading, de donde salió su admirable *De profundis*.

En la soledad de su celda sintió el pobre Lelian clamar en su alma «la voz terrible del amor», de que nos hablará en *Sagesse* (2); de aquel amor que todo lo exige porque todo lo da y que suele apagar en la vida el estruendo de las voces exteriores.

(1) Un conte en Amour.
(2) Les voix, en *Sagesse*:

Esa es la historia que relata (1) en *Un conte*, composición incluída en *Amour* y dedicada al que como él se había de convertir un día, al ilustre Huysmans. «Era, nos dice, un amante en toda la fuerza de la palabra.—Había conocido toda carne infame o virgen—y la monstrusa profundidad de una epidermis—y la sangre de un corazón, cera bermeja para su cirio.—Era un ateo... Era un bestia, un borracho callejero.—Era un marido como se encuentra en las Barreras...» Pero era, sobre todo, «una loca cabeza inquieta,—un corazón a todos los vientos, vilmente sincero». Y sin duda «en algún discreto rincón de su corazón—había conservado la memoria de haber sido de esos pequeños amados por Jesús». Había conservado más aún «en el santuario de su cerebro—vuestro nombre, María, y vuestro título venerable—como un mal sacerdote que honrase aún su capilla». Y llega la desdicha; se ve encerrado «en la más estrecha de las cajas». Y «se enternece, reflexiona... Se vuelve hacia vuestro Hijo y hacia su Madre. ¡Oh, exclama, cuán dichoso fuí prontamente, inmediatamente!» Y añade, en versos que no queremos traducir para no quitarles su penetrante dulzura, su místico perfume:

Et le voilà qui s'agenouille et bien humble, égrène
Entre ses doigts fiers les grains enflammés du rosaire
Implorant de vous, la Mère et la Sainte et la Reine,
L'affranchissement d'être ce charcel a misère.
Oh! qu'il voudrait bien ne plus savoir plus rien du monde
Qu'adorer obscurèment la mystique sagesse,
Qu'aimer le cœur de Jésus dans l'éxtase profonde
De penser à vous en même temps pendant la Messe.

Sagesse, publicada unos años después de su salida de la cárcel (1881), refleja el estado de espíritu del poeta después de su conversión: la alegría de la vuelta a la fe, el dolor por las faltas de la vida pasada, la vida en Dios y en su Iglesia. En ella canta el poeta:

(1) Véase también las *Mémoires d'un veuf* y el artículo *Pauvre Lelian* en *Les poètes maudits*.

La chanson bien douce
Qui ne pleure que pour vous plaire.
Elle est discrète, elle est légère:
Un frisson d'eau sur de la mousse!

Y ¿qué dice esa canción?

Elle dit la voix reconnue,
Que la bonté c'est notre vie
Que de la haine et de l'envie
Rien ne reste, la mort venue; (1)

las máximas de la antigua, consoladora moral que ha hecho a la humanidad que cae del lado de acá de la cruz, las que endulzaron las tristezas de nuestros padres, a las que nos acogemos en la tribulación, las que seguirán siendo el consuelo de los que nos sucedan.

El poeta no quiere vivir más que para dos sentimientos: el arrepentimiento y el amor divino.

El arrepentimiento ningún poeta moderno lo ha cantado con tales desgarramientos de dolor, con tal conocimiento de su miseria, con tal abandono a la voluntad de Dios, de todo su ser miserable inapto por las faltas pasadas para elevarse a las cumbres de la perfección. Recordad, por ejemplo, las estrofas que comienzan:

O mon Dieu, vous m'avez blessé d'amour!

en las que va presentando al Dios ofendido todo su ser; su frente, que no sabe más que enrojecer, para escabel de sus divinos pies; su corazón, que siempre ha latido en vano, para palpitar ante las espinas del calvario; sus pies, frívolos viajeros, para acudir al llamamiento de la gracia; su voz, rumor agrio y mentiroso, para los reproches de la penitencia; sus ojos, luminarias de error, para ser extinguidos por el llanto de la plegaria.

(1) Ecoutez la chanson bien douce... en *Sagesse*.

El amor divino después. Acordaos del sublime diálogo entre el pecador y el Maestro, invisible como en el *Misterio de Jesús*, de Pascal. Jesús invita al alma arrepentida a amarle, ponderándole sus sufrimientos en la obra de la Redención. «¿No te he amado hasta la muerte, oh mi hermano en el Padre, oh mi hijo en el Espíritu, y no he sufrido como estaba escrito? ¿No he sollozado con tu suprema angustia y no he sudado con el sudor de tus noches?» Y el alma, en estrofas admirables, muestra la inmensidad de su miseria. «Ved cuán bajo estoy, Vos cuyo amor sube siempre igual que la llama... ¡Amaros! Tiemblo, no me atrevo. Soy indigno. Vos, la Rosa inmensa de los puros vientos del amor; Vos, los corazones todos de los santos; Vos, el celoso de Israel, la casta abeja que se posa sobre la flor de una inocencia medio abierta... ¡Yo este pecador, este cobarde, este soberbio que hace el mal como su tarea y que en todos sus sentidos, olfato, tacto, gusto, vista, oído, en todo su ser tiene el éxtasis de una caricia en que se abrasa el viejo Adán!» El alma, sin embargo, puede recibir el beso celestial, encontrar el puesto en que descansara la cabeza del Apóstol. Para eso le dice el Maestro: «Deja ir la ignorancia indecisa—de tu corazón hacia los brazos abiertos de mi Iglesia;—como la abeja vuela al lirio abierto—acércate a mi oído, derrama en él—la humillación de una gran franqueza.—Dime todo sin una palabra de orgullo o de disimulo—y ofréceme el ramo de un arrepentimiento selecto.—Después, franca y sencillamente, ven a mi mesa—y te bendeciré con una comida deleitosa—a la que asistirá el ángel tan solo—y beberás el vino de la viña inmutable—cuya fuerza, dulzura y bondad—harán germinar tu sangre para la inmortalidad (1).

O bien los dulcísimos versos marianos:

Je ne veux plus aimer que ma mère Marie
Tous les autres amours sont de commandement..
Et comme j'étais faible et bien méchant encore,
Aux mains lâches, les yeux éblouis des chemins,
Elle baissa mes yeux et me joignit les mains,
Et m'enseigna les mots par lesquels on adore (2).

(1) Mon Dieu, m'a dit: Mon fils, il faut m'aimer. Tu vois... etc., en *Sagesse*.
(2) Ibidem.

La Virgen, la Penitencia, la Eucaristía, la Misa, son los principales temas de *Sagesse*, ya mire el poeta al mundo interior, ya pasee sus ojos por el espectáculo de la naturaleza.

A veces la mujer cruza—muy de paso—por estas páginas; más es la mujer espiritualizada «donde apenas resta de animal más que lo suficiente para decir «basta» a los furores masculinos (1). Es la compañera del poeta, de voz dulce como un canto de vísperas, la que con sólo la caricia de su silencio sabe curar las heridas del corazón.

Verlaine, unos cuantos años después, evocaba no sin tristeza la época que siguió inmediatamente a su conversión y en que el perdón divino daba a su espíritu y a su cuerpo la sensación de la pureza perdida. «Me sentía puro. Era casto. Tenía la dicha y la salud. No me venía ningun mal pensamiento. Mi espíritu estaba tranquilo. Me parecía que llevaba siempre ropa blanca y limpia (2).

III

Más la crísis de misticismo fué por desdicha transitoria. El poeta estaba demasiado dominado por sus hábitos de vida bohemia, que le predisponía al desarreglo, sobre todo después de su divorcio, su carencia de hogar, para perderlos en absoluto. Gustaba no sólo del vino en que «bebe el hombre algo de olvido divino», sino del ajenjo, el vino verde fatal para la imaginación. Tenía, por otra parte, una carne cuyos ardores le era casi imposible sujetar. Por eso el momento de la tentación era para él terrible. Se sentía desfallecer ante una fuerza extraña que, a pesar suyo, se adueñaba de su ser. Se preguntaba con acento desesperado ante el tumulto de los recuerdos de los pecados pasados que prendían de nuevo en sus sentidos el fuego del deseo: «¿Va haber que rematar esos recuerdos?». Y con espanto: «¿si esos ayeres fueren a comer los hermosos mañanas?» (3).

---

(1) *Beauté des femmes leur faiblesse et ces mains pâles, etc.* Ibidem.

(2) Bivanck, *Un hollandais á París en* 1891. Paul Verlaine, interview, pág. 120.

(3) *Les faux beaux jours ont lui tout le jour, ma pauvre âme...* en *Sagesse.*

Los años que corren entre su salida de la cárcel y la publicación de *Sagesse* fueron para Verlaine de peregrinaciones y de tanteos en busca de un modo de vivir estable. Después de una efímera estancia en su país, pasa a Inglaterra donde se dedica a enseñar el dibujo y el francés por espacio de dos años. Vuelto a Francia fué profesor por breve tiempo en el colegio de Rethel. Después intenta dedicarse a la agricultura... y en efecto, tiene al poco tiempo que vender la granja que cultiva en Coulomme. Vuelve luego a la enseñanza y es profesor en Boulogne y en Neuilly.

Todo inútil. Se decide a fijar su residencia en París, donde una juventud entusiasta saluda en él al maestro que los jóvenes de su tiempo vieran en Leconte de Lisle. Y los temores del poeta se cumplen. Los ayeres comen los mañanas hermosos. Arrastra pronto su existencia de noctámbulo por el barrio latino. Busca en el abominable vino verde un excitante para su sensibilidad. Pronto cantará las desoladas tristezas, los placeres sensuales. Ya en *Amour*—que sigue a *Sagesse* y en donde encontramos versos religiosos de un hondo misticismo, como *Un conte*, como esa *Prière du matin*, donde lanza al Esposo divino aquel apóstrofe digno de un san Juan de la Cruz: *Ah! tuez mon esprit et mon cœur et mes sens*—sopla por momentos un viento malsano de desesperación y de sensualidad, que anuncia la lamentable caída de *Parallèlement*. Este libro es la macabra pesadilla del pecador. Más la boca del poeta, que ha probado el Pan de la Vida, conserva de entonces un gusto amargo para los goces de la materia, y a veces la dulce canción de *Sagesse* suena en aquella alma, a un tiempo mismo sensual y mística, con suavísima melodía, las lágrimas del arrepentimiento caen sobre las nuevas faltas. Así, después de *Parallèment*, en *Bonheur*, volvemos a oír *la chanson bien douce*. Esa canción nos dice que debemos perdonar, resignarnos, renunciar, vivir en Dios, poner los ojos en la eterna esperanza. Y ensalza el amor patrio, la religión nacional reinando en el hombre, en la familia y en la sociedad. Pero a la contrición seguía inevitablemente la recaída...

Más interesante que *Bonheur*, desde nuestro punto de vista,

es uno de los últimos libros de Verlaine, acaso el menos conocido: sus *Liturgies intimes*, publicadas en 1893.

Al frente de ese libro hay unas líneas de gran precio como argumento en pro del catolicismo de nuestro poeta. Sabido es que el pobre Lelian parecía ufanarse a veces de ese *paralelismo* de su vida, de esa especie de promiscuación en que alternaban los místicos anhelos y las sensanciones carnales. No hay más que recordar la página llena de cinismo con que se defiende en *Les poètes maudits* (artículo *Pauvre Lelian*) de los reproches que en tal sentido se le dirigieran y que pudiera hacer pensar en un propósito deliberado de hacer sacrílega amalgama de los más elevados sentimientos y de las más groseras voluptuosidades. Nada de eso: las páginas de *Poètes maudits* no pasan de ser una salida de tono, una *boutade*. Nada más opuesto a todo lo que signifique sistema que el temperamento esencialmente bohemio y contradictorio del autor de *Sagesse*. Verlaine es sincero cuando reza y sincero cuando cede al impulso de su carne, sincero cuando se gloria de su pecado y sincero, acaso más todavía, cuando, católico en el fondo, trata de justificar ante la fe la duplicidad de su obra. *Liturgies intimes* es, en la mente de Verlaine, el complemento, mejor diría el coronamiento, de una obra que el autor cree correcta ante la fe. Esta obra tiene cuatro volúmenes: *Sagesse*, la conversión, *Amour* la perseverancia, un desfallecimiento confesado de intento, *Parallèlement* y *Bonheur*, «conclusión dolorosamente tranquila en el supremo consuelo» (1).

Indudablemente la apreciación del poeta es harto discutible. La «corrección» de *Parallèlement* particularmente, es muy relativa, como hemos visto. Los «desfallecimientos» no se confiesan de «intento» en el tono en que Verlaine lo hace para la edificación de los fieles. Más no cabe duda que ese acomodamiento un poco infantil que se intenta por el poeta es claro indicio de sus sentimientos de católico.

Todo el libro, por otra parte, fruto, sin duda, de uno de sus pasajeros retornos a la práctica católica, los atestigua profundamente.

---

(1) *Liturgies intimes*, París, Vanier, 1893; p. I.

Liturgies intimes notan las emociones del poeta en las fiestas de la Iglesia y ante las solemnidades litúrgicas. Unas veces contienen sencillas paráfrasis de las preces eclesiásticas, como en *Gloria in excelsis*, *Credo*, *Kirie eleison*. Otras describe el el poeta deliciosos «paisajes» de iglesia, como en las *Visperas rústicas*, donde nos da la visión anticipada de algunos cantos de Francis Jammes, o como en las *Completas en la ciudad:*

Au sortir de Paris on entre à Notre Dame;
Le fracas blanc vous jette aux accords longs-voilés
L'affreux soleil criard à l'ombre qui se pâme,

Qui se pâme, aux regards des vitraux constellés
Et l'adoration à l'infini s'etire
En des recitatifs lentement en-allés.

Vêpres sont dites et l'autel noir ne fait luire,
Que six cierges, après les flammes du Salut
Dont l'encens rôde encor melé des goûts de cire,

Un clerc a lu: *Jube domne*, comme fallut,
Et l'orage du fond des stalles se dechaîne
De rude psalmodie au même instant qu'il lut,

Le bon orage frais sous la voûte hautaine
Où le jour tamisé par les saints et les rois
Des rosaces oscille en volute sereine.

Celà parle de paix l'âme, des effrois
De la nuit dissipés par l'acte et la prière.
L'espérance s'enroule autour des piliers froids.

C'est la suprême joie, et l'extrême lumière
Concentrées aux rais de la seule Vérité
Et le Vieux Siméon dit l'éxtase dernière

Recommandons notre âme au Dieu de vérité.

¡Qué admirable cuadro! Y como final ese confiado abandono del alma en los brazos de Dios. Todo contribuye a dar la exacta visión de la paz que dejan en el espíritu del creyente los versículos del Salmista repetidos por las graves voces de los cantores en el ambiente saturado de incienso de nuestros templos.

En ocasiones deja oír acentos más personales, más íntimos, como en la composición titulada *Prudencia*, una de las mas bellas de la colección:

Contrition parfaite
Les anges ont en fête
Mieux d'un pécheur contrit qui d'un juste que meurt.

Bon repos, la victoire
Preparée et la gloire
Presque déjà dans l'au-delà sans choc ni heurt

Absolution sainte
Savourée avec crainte
D'en être indigne encor, d'en peut-être abuser

....

Garde à toi tout de même,
Gare au trompeur suprême
Chrétien certes fidèle encore qu'empêché

Par l'éxtase première
D'avoir vu la Lumière,
Et les yeux éblouis et tous les sens tremblants

O chrétien nouveau, prie
A la Vierge Marie,
Et marche vers la bonne mort à pas bien lents!

Oídle ahora celebrar en estrofas admirables las devociones tradicionales del cristiano:

Sécheresse maligne et coupable langueur,
Il n'est remède encore à vos tristesses noires
Que telles dévotions surérogatoires,
Comme des mois de Marie et du Sacre-Cœur,

Eclat et parfum purs de fleurs rouges et bleus,
Par quoi l'âme qu'endeuille un ennui morfondu,
Tout soudain s'éveille à l'enthousiasme dû
Et sent ressusciter ses allégresses feues,

Cantiques frais et blancs des vierges comme aux temps
Premiers, quand les chrétient étaient toute innocence,
Hymnes brûlants d'une théologie intense
Dans la sanglante ardeur des cierges palpitants;

Comme le chemin de la Croix, baisers et larmes,
Argent et neige et noir d'or des Vendredis Saints
Lent cortège à genoux dans la paix des tocsins,
Stabats sévères indiciblement aux si doux charmes,

Et la dévotion, aussi, du chapelet,
Grains enflammés de chaste délire où s'embrase
L'ennui souvent, où parfois l'excès de l'extase
Se consumait au feu des *Ave* qui roulait.

Et celle enfin des saints locaux, Martin de France
Et Geneviève de Paris, saints du pays
Et des villes et des villages, obéis
Et vénérés avec chacun son espérance

Et son exemple et son précepte bien donné,
Ses miracles!—O mœurs plus intimes du culte,
Eh oui, c'est encor vous, en dépit de l'insulte,
Qui nous sauvez, peut-être, à tel moment donné.

Expresamente nos hemos detenido en *Liturgies intimes* por tratarse de uno de los libros menos conocidos de Verlaine y en el que, sin embargo, hay fragmentos que igualan si no superan a los de *Sagesse*. Pero volvamos al hombre.

Los apuros financieros que aumentan cada vez más—particularmente a la muerte de su madre, ocurrida en 1886—hacen su existencia más difícil todavía. Cuando cae enfermo poco después—en 1889—el Hospital Broussais le abre sus puertas. Desde este momento sale de un hospital para entrar a otro.

Y así lleva durante unos cuantos años una vida dolorosa y atormentada, cuyas únicas dulzuras son las horas de sus fugaces retornos a Dios y los homenajes continuos y entusiastas de la juventud, que le aclama «príncipe de los poetas» hasta su fallecimiento, ocurrido el 8 de Enero de 1896 en su modesta casa de la rue Descartes (1) en el seno de la Iglesia, a la que dió lo mejor de su alma, al igual de otros dos de aquellos «poetas malditos», entre quienes se contaban: Marcelina Desbordes Valmore y Villiers de L'Isle Adam.

IV

Espíritu profundamente sincero, ingenuo como un niño, atormentado continuamente por el duelo entre sus aspiraciones místicas y los ardores de su cuerpo, a través de oscuridades, de repeticiones y de incorrecciones conscientes acertó a encontrar acentos de eterna poesía, que vivirán mientras viva la lengua francesa, como los de otro hermano suyo de alma, separado del pobre Lelián por unos cuantos siglos: Francisco Villon.

Verlaine fué venerado como un dios por los cenáculos literarios de jóvenes poetas que pulularon en el barrio latino de 1884 a 1900. Se le considera hoy como uno de los maestros de la corriente simbolista en la poesía, pues si bien es verdad que no es propiamente un simbolista—el símbolo como «coronamiento de una serie de operaciones intelectuales que comienzan con la palabra, pasan por la imagen y la metamorfosis, comprenden el emblema y la alegoría» como «la más perfecta y completa figuración de la idea» (2) casi no existe en la poesía

(1) Véase sobre el particular el curioso libro *Les derniers jours de Paul Verlaine*. París, *Mercure de France*, 1912, por H. A. Cazals y F. Le Rouge con un prólogo de Barrès.

(2) Henri de Régnier: *Poètes d'aujourd' hui, en Mercure de France*, Agosto de 1900.

verleniana—no es ménos cierto que hay en él otros caracteres del simbolismo que no están en el nombre, pero sí en la cosa: la aspiración a una poesía esencialmente sugestiva y musical, el impulso hacia lo nuevo y lo raro «a otros cielos, a otros amores», el abandono de las fórmulas, un más profundo sentido del ritmo.

Ahora bien, siendo esto así, es claro que la poesía religiosa de Verlaine había de influir poderosamente (1) en los poetas jóvenes. Las aspiraciones místicas, las ceremonias litúrgicas, los dogmas del catolicismo figuraron, por lo ménos como un elemento estético, en la nueva poesía, que si hizo a veces sacrílega amalgama de las expresiones del amor divino y de los sentimientos del amor terreno, no sacrificó exclusivamente como antes en los altares de paganas divinidades.

Y cuando el movimiento que impelía a muchos espíritus hacia el catolicismo en los dominios de la literatura buscó un punto de apoyo en el pasado, todos esos escritores vieron en el pobre Lelián un precursor. Así Francisco Coppée dice en uno de sus artículos, dirigiéndose a Huysmans: «Labios de que no se esperaban han proferido palabras cristianas. El pobre Verlaine ha comenzado. Acordaos de los admirables gritos de arrepentimiento que se hallan en *Sagesse*» (2). El mismo Huysmans, en varios pasajes de sus libros posteriores a la conversión, pondera el profundo misticismo del pobre Lelián y prologa entusiásticamente (3) una edición de sus poesías religiosas. Un jesuíta, el P. Pacheu, intitula *De Dante a Verlaine* un libro donde estudia la obra de éste, desde el punto de vista religioso. Luis Le Cardonnel, el clásico poeta de *Carmina sacra*, saluda en estos términos su memoria:

...«Pablo Verlaine, derramando—mártir de las pasiones, tu sangre lamentable—Después con la carne fatigada y el alma aniquilada—yendo a pedir vigor a la Hostia—Te levantabas y

(1) Todo un libro pudiera escribirse acerca de la influencia ejercida por Paul Verlaine en nuestra poesía contemporánea. Nuestros mejores poetas—Rubén Darío, Eduardo Marquina, Valle-Inclán, Manuel Machado, Emilio Carrère, hasta aquellos de temperamento más tradicional como Villaespesa—son, en mayor o menor grado, tributarios de Verlaine.

(2) Coppee: *Renaissance chrétienne*, en *La Bonne Souffrance*.

(3) *Poésies religieuses de Verlaine*, París, 1907.

volvías a caer—pero para levantarme de nuevo hacia el copón dorado.—Fuiste un enfermo. Todos ¡ay! lo somos—en la miserable ciudad humana (1).

Robert Vallery-Radot no vacila en afirmar en su *Antología* que «nadie antes que Verlaine ha acertado a traducir los acentos de arrepentimiento, la languidez, las nostalgias y las fiebres del alma que vive lejos de Dios... Hay que remontarse a los poetas franciscanos para hallar semejantes acentos de su amor al divino Esposo» (2).

¿Qué más? El malogrado y brillantísimo Jorge Fonsegrive decía hace poco de Verlaine: «No creo que antes de Verlaine se hayan oído en nuestra literatura acentos tan sencilla, tan filialmente cristianos como los famosos versos:

Je ne veux plus aimer que ma Mère Marie (3)

Si recorriéramos ahora los libros de los jóvenes poetas católicos, encontraríamos la huella indeleble del poeta de *Sagesse.* Sin hablar de aquellos, como Carlos Guérin, que cantan precisamente como él la lucha entre las aspiraciones místicas y los ardores de la carne, abrid cualquier libro de los jóvenes poetas católicos de última hora: Lafon, Mauriac, el mismo Vallery-Radot. La influencia de Verlaine es apreciable a simple vista. La melodía de *Sagesse* canta en sus estrofas. No es preciso, como sucede muchas veces, que los versos de Verlaine sirvan de lema a los suyos para que al leerlos surjan en nuestra memoria y en nuestro oído reminiscencias verlenianas.

---

(1) *Absoute,* en *Carmina sacra.*

(2) *Anthologie de la poésie catholique depuis Villon jusqu' a nos jours,* página 197.

(3) *De Taine à Péguy. V. L' arrivée* en *Le Correspondant,* 10 de Noviembre de 1916.

Como excepción debemos registrar la opinión de Brunetière, que se escandalizaba de que «se hubiese querido convertir en una especie de santo al ordinario personaje que se llamó a sí mismo el pobre Lelián». Y añadía que «sus arrepentimientos sólo le servían para hallar en la recaída una voluptuosidad más perversa». (Véase el discurso sobre *Le besoin de croire* en *Discours de combat,* primera serie). En ese juicio se echa de menos un poco de piedad.

Así sus cantos místicos, que son sin género de duda lo más hondamente sentido de la obra de Verlaine. con serlo toda ella, después de haber hecho bien a su autor, lo siguen haciendo a sus hermanos en fe y en poesía. El que no conoció sino por breves días la calma del puerto y acaso por eso mismo dió a sus gritos de amor divino y a sus gemidos de arrepentimiento un tono tan profundamente conmovedor, sigue inspirando a los que cantan al abrigo de las grandes tempestades. Y acaso —pensando cristianamente— hayan pesado más en la balanza de la Suprema Justicia, que es a la vez la Infinita Misericordia, esas eternas lágrimas de arrepentimiento que las lúgubres y perversas visiones provocadas por el ajenjo y que las repetidas caídas en los abismos de la lujuria. Su espíritu padecía de un mal de que, en mayor o menor grado, todos sufrimos: la impotencia de nuestra voluntad que es el fondo de todas las tragedias de la vida moral. Esto da a sus poesías religiosas un tono tan profundamente humano. Y eso mismo despierta en nosotros honda compasión hacia la lastimosa figura implorante del pobre Lelián.

JUAN DE HINOJOSA.

CARTAS INÉDITAS DEL GENERAL DON JOSÉ MARÍA DE LA CRUZ Y DON ANTONIO VARAS SOBRE LA LUCHA PRESIDENCIAL DEL AÑO 1851.

Señor don Pedro Godoy.

Concepción, Septiembre 6 de 1849.

Mi antiguo camarada y amigo:

Demorado en esta ciudad hasta la fecha por lo lluvioso del invierno, me proporciona ello, a vuelta de correo, acusarle recibo de la suya del 15 del pasado con que me ha favorecido, dirigida a anunciarme la remesa de algunos números del diario que lleva.

Retirado como me hallo de los asuntos políticos y cortadas todas mis relaciones con ese retiro a que he creido deberme someter, por convicciones que no es del caso expresar, no puede menos que serme muy satisfactorio verme aun recordado cuando se trata de intereses públicos, porque eso me demuestra que mi apartamiento no es interesado como producto de falta de interés por éstos. Conozco que aunque mis convicciones sean tales, bien poco o nada puede reportar al país de ellos como que carezco de las aptitudes que su actual estado demanda, i así es que solo me sirven para derribar en cierto modo los goces que sin ello me proporcionaría la vida privada que llevo.

Ese interés por la ventura del país de que no pueden desprenderse los que han arrostrado los azares de la revolución y ganado para la consecución de nuestra independencia, me hacen lamentar ver aun empleadas las prensas en cuestiones puramente personales, y antepuesta a las polémicas de principios que serían las que debían conducirnos a nuestra ventura. Esto

no quiere decir que desconozca la época en que se escribe y para quien se escribe de tal o cual modo, porque las campañas electorales tienen también su estrategia. Sin advertir me introducia en analizar una materia que usted conoce más a fondo, y la cortaré concluyendo por decir a usted que debiéndome regresar para el campo dentro de cuatro días, allí me servirá de no poca distracción en emplear algunas noches en la lectura de los papeles que usted se promete dirigirme de cuando en cuando. Dándole las gracias por esto y el recuerdo le deseo la mejor salud y me repito como su afmo. servidor q. b. s. m.

J. M. de la Cruz.

Señor don Antonio Varas.

Concepción, Enero 18 de 1851.

Señor de mi distinguido aprecio:

Levantado de la cama después de una fiebre de cinco días que me ha detenido en ella y recargado consiguientemente con la paralización de despacho en este tiempo solo me queda el limitado para acusarle recibo de su apreciable de 30 del pasado y darle las gracias por la pronta provisión de la plaza de secretario, pues aunque no empleará menos de un mes en ponerse al tanto de la tramitación de los asuntos, su asistencia me libertará de un peso que era muy superir a mis fuerzas.

Hasta hoy no he tenido contesta ni noticia del resultado de la comisión con que hice volver al Imperial al cacique gobernador de este punto i de Cholchol por consecuencia de los movimientos producidos por la internación del sub-prefecto de capuchinos de que dí antes cuenta. De el solo lo que hay que tomar es que si se deciden a votarlo tomen igual medida con el recoleto que hace un año reside allí y que por lo tanto daba ya seguridades sobre su establecimiento, mucho más cuando habían recibido al compañero que se le mandó sin muestras de mucha novedad.

No obstante esa falta de noticias he despachado hoy al padre Querubin que había salido en busca de carpintero y herramientas para levantar la casa, y lo hago volver con correo o mensaje del cacique gobernador de Tucapel para que me traiga noticias del estado de las cosas. Lleva también el carpintero y dos mozos y algunas herramientas.

Esto tan sosegado como antes y sólo se ve movimiento en los trabajos de casas y comercio. Deseándole a la población de esa capital un igual beneficio ,le saluda su atento, dispuesto servidor y amigo q. b. s. m.

J. M. DE LA CRUZ.

Señor don Antonio Varas.

Concepción, Febrero 12 de 1851.

Muy señor mío y amigo:

No se sorprenderá Ud. menos que yo lo he sido, cuando el General Bulnes le manifieste mi carta de esta fecha, cuya relación no me permite repetir la premura del tiempo. Ud. me conoce bien, amigo mío, para creer que en tales conflictos deseo más la derrota que el triunfo, porque sobrepasan mis aspiraciones las honrosas demostraciones que acabo de recibir en el pueblo de mi nacimiento.

En cualesquiera circunstancias que ante Ud. me coloquen los inesperados incidentes del día siempre seré y deberá contarme como uno de sus mejores amigos y dispuesto servidor q. b. s. m.

J. M. DE LA CRUZ.

Señor José María de la Cruz.

Santiago, Febrero 24 de 1851.

Mi estimado señor y amigo:

Tengo el gusto de contestar a Ud. su carta del 12 del actual en la que refiriéndose a la escrita al señor Presidente, me participa su proclamación en esa ciudad como candidato para Pre-

sidente de la República. En este paso veo una muestra de las simpatías que naturalmente deberán abrigar esos habitantes y un testimonio expléndido de la justicia que se hace a su carácter personal y a sus importantes y distinguidos servicios. Y concibo que debe haber sido a Ud. satisfactorio que el pueblo de su nacimiento haya sido el primero.

En mi anterior anunciaba a Ud. que el Partido Conservador se habia pronunciado por la candidatura Montt que el Gobierno había aceptado· En el mismo sentido he escrito a mis amigos de otros puntos. Ud. verá por esto que por mucho que aprecie el carácter de Ud. y las cualidades que lo recomiendan para dirigir la República, el apoyo de mi influencia particular y de mis relaciones amistosas obrarán en cuanto me es posible en favor de la candidatura Montt. Por lo demás Ud. debe estar seguro de que el Gobierno se abstendrá de influir en las elecciones y que sólo haremos valer lo que como simples particulares podríamos emplear fuera del Gobierno en favor de la candidatura a que creyésemos ligado el bien del país.

Y puede estar seguro que cualquiera que sea la situación en que nos coloquen estas ocurrencias, no por eso será menos sincera y decidida mi adhesión a su persona y siempre tendré el gusto de contarme como su muy afecto y amigo y servidor.

ANTONIO VARAS.

— —

Señor don Antonio Varas.

Concepción, Febrero 18 de 1851.

Mi señor y amigo de toda distinción:

Tengo a la vista su apreciable del 30 del mes pasado cuyo recibo me habria sido sin duda muy oportuno dos días antes de la fecha en que le dirigí a Ud. mi anterior anunciándole el inesperado suceso del pronunciamiento de este pueblo; porque entonces se habría leído su contexto sin los desfavorables antecedentes que hoy se anteponen a cualquiera manifestación que hiciera sobre el punto que me trata.

No he tenido el honor de cultivar relaciones con el señor Montt, pero su alta capacidad lo hacen bien conocido para que dude del acierto con que sus amigos del Gobierno han deliberado al fijarse en su persona, para proponerlo al país, como el hombre llamado a realizar la República y promover su progreso por las vías del sostenimiento del orden y de la ley. Y como mis principios políticos siempre se han conducido en este sentido, no dude Ud. que me será muy satisfactorio el felicitarlo por el triunfo de la persona en que el Gobierno y Ud. me expresa haberse fijado; no obstante que incidentes a que no he dado lugar me hayan colocado como su opositor. Opositor sin duda bien inferior, atendida la capacidad, y mucho más estando como está decidido a no dar por sí ningún paso; pues por honorífico que considere el destino a que se trata de exaltarlo, encuentra que lo que hay de más efectivo en él es un enorme peso de responsabilidades.

Si el haber ocurrido el llamamiento que se me ha hecho en el pueblo que mandaba, puede poner en problema mi desprendimiento y limitadas aspiraciones, no por eso me abandonará la satisfacción de no haber influído en lo menor en el paso dado, y muy especialmente por haberme negado y resistido, talvez con terquedad, a las muchas indicaciones y llamados que desde tiempo muy atrás se habían hecho en particular a este respecto. Y si hubiera creído conforme y posible manifestar una igual indiferencia a un pueblo que ya se había manifestado tan expontáneamente sometiéndose a correr los azares y compromisos que por lo regular traen consigo tales elecciones, habríales respondido en igual lenguaje que con el que me había negado a mis amigos y particulares.

A lo expuesto agregaré a Ud. que el Gobierno y el país deben descansar en que el general Cruz nunca será el caudillo de revueltas y mucho menos cabeza de partido que tuviese en mira la destrucción del orden legal y que no marchase por la senda trazada por la ley. Cualquiera otra cosa que agregare tendríase por debilidad o que pretendía justificarme cuando no lo necesito, pues el hombre honrado nada teme porque descansa en el testimonio de su conciencia; y así es que sin el incidente de haber ocurrido la proclamación en la provincia que

mandaba, me habría limitado a las dos protestas anteriores, como que en esa proclamación no podía mirarse otra cosa que el uso de un derecho que la ley concede. Creo que Ud. y el Gobierno no pensarán de otro modo.

Cerciorado Ud. ya, mi amigo, de los sucesos, verá la dificultad que hay por mi parte para coadyuvar a la realización de sus deseos, como tampoco lo haré por el llamamiento hecho por mis amigos. Después de esto sólo deseo que las ocurrencias citadas no sean parte a dejar de honrar con las mismas demostraciones de confianza con que hasta hoy ha distinguido a su afecto servidor y amigo q. b. s. m.

J. M. de la Cruz.

Señor don José María de la Cruz.

Santiago, Febrero 28 de 1851.

Mi señor y distinguido amigo:

Ayer en la tarde he recibido su estimable fecha 18 del corriente, en que contesta la que tuve el honor de dirigirle participándole que el Gobierno, siguiendo la designación de la mayoría del país, había adherido a la candidatura del señor Montt para Presidente de la República. Después de las recientes ocurrencias de Concepción, excuso volver sobre esta materia.

La apreciación justa que Ud. hace del señor Montt, la confianza que manifiesta que satisfará las exigencias de progreso y órden colocado a la cabeza de la República, y, el desprendimiento con que mira la alta posición para que se le proclama, revelan, General, cuán acreedor es Ud. a la manifestacion de que ha sido objeto. Siento, por lo mismo, verme colocado en la apariencia, en bando opuesto al de Ud. y digo en la apariencia, porque en el fondo estamos conformes. Usted y yo queremos el bien del país, su progreso sin perturbar el régimen constitucional y acatando la ley.

Usted ha debido descansar, General, en que el Gobierno hacía justicia a su carácter y a la rectitud de sus principios. Es-

tábamos íntimamente persuadidos de la aclamación de Ud. como candidato, es una bandera de órden y una protesta elocuente contra las revueltas y que los que se adhieran a ella deben renunciar a conatos sediciosos, a toda idea de rebelión. Deseo, General, conservar la amistad personal de Ud. y que las incidencias políticas no la enturbien, ni la corten y espero que en la situación en que nos vamos a encontrar me haga el favor de hablarme con la franqueza del amigo.

Cuente Ud., General, que siempre me será grato suscribirme de Ud. como ahora su muy afmo. servidor y amigo.

ANTONIO VARAS.

Señor don Antonio Varas.

Concepción, Abril 26 de 1851.

Muy senor mío:

Hoy como a las 11 del día he recibido su apreciable de 20 del corriente con que se ha servido favorecerme anunciándome quedar enteramente sofocada la sublevación que en el mismo día había efectuado el batallón Valdivia encabezada por el Coronel Urriola.

Si con las víctimas que ha costado él logro de la destrucción de la sublevación desapareciese el orígen de la reproducción de atentados descabellados, ya me complacería con Ud. de los resultados.

Como mis más íntimos intereses y deseos se han dirigidos siempre por la ventura de esta Patria a quien sacrifiqué mi juventud, y no poca parte de mi vida de hombre, no puedo por menos que lamentar hoy el luto en que la han envuelto medidas imprudentes o de desesperación.

Por lo que toca a esta provincia su quietud y su estado de paz lo miro inalterable, porque sus habitantes bien lejos de aspiraciones y pretenciones basadas en cambios, conocen cuanto importa al país su marcha en vía de la ley y aunque en tiem-

pos como el presente no es prudente presentar seguridades creo que puedo asegurar su permanencia en el órden porque siempre trabajará su seguro servidor Q. B. S. M.

J. M. de la Cruz.

Señor don Justo Arteaga.

Concepción, Marzo 30 de 1851.

Mi querido hermano:

Acabo de ir a dejar mi carta para tí y sé que puedo decirte algo más sobre política.

Todas las opiniones que me emites en tu carta del 21 del presente son muy acertadas, pero no del todo realizables con nuestro candidato; por ejemplo sería imposible en hacerlo entrar en prometer para ganar prosélitos, pues quiere subir a la presidencia sin compromisos de ninguna clase y le he oído decir que todo su programa de gobierno estará cifrado en el estricto cumplimiento de la ley y en la libertad de las elecciones. Todas las reformas que pretende la oposición son muy necesarias, pero el comprometer al Presidente futuro a hacerlas serias hasta cierto punto tiránico, pues no siendo él quien las hace sino la legislatura, no debe en ningun caso influir directamente para que haga reformas que talvez no serán de la opinión de la mayoría, esto, según creo, es mejor que todos los programas imaginables. El no es, como lo creen algunos, inacesible, todo lo contrario, es bastante llano en su trato y su mayor defecto es ser demasiado franco para emitir sus pensamientos u opiniones. El no ha rechazado la oposición pero habría sido un desacierto pensar en revolución el que tiene en sus mano los medios de hacer que se cumpla la ley y que se obre con libertad en las elecciones; si el Gobierno no atiende a sus reclamos, que hará de todos los abusos que se pongan en su conocimiento, entonces se pensará en las medidas necesarias para hacerse respetar.

Los agentes de la oposición que han venido a ésta son demasiado exagerados en sus opiniones; tú conoces a José Antonio Alemparte tan bien como yo y esto te persuadirá que la oposición debió haber elegido otro hombre para entenderse con el General Cruz, un Errázuriz o un Eyzaguirre por ejemplo. Si tú tienes medios de promoverlo lo creo muy conveniente y ofrezco mi coopera ción que algo puede valer en este caso.

Por último la libertad no puede venir del Gobierno y el único capaz de darla al país es don José María Cruz; puedes asegurarlo así a todos, seguro de que aciertas en tu opinión, pues es fanático por el cumplimiento de la ley, y una vez que esta se cumpla se harán todas las reformas que se crean convenientes. El número 79 del Correo que va en un paquete que te remito habla algo de este asunto.

Dispon del afecto de tu hermano.

JUAN JOSÉ.

Señor don Justo Arteaga.

Concepción, Marzo 30 de 1851.

Muy señor mío:

Por una carta de mi sobrino Angel Prieto y por la que Ud. ha dirigido a su hermano Juan José, me hallo instruido se encuentra en esa capital y cuya noticia me presenta en esta ocasión la de satisfacer un deber a que me he considerado obligado desde el momento que me encontré en la necesidad de aceptar el llamamiento que este pueblo me hizo.

Esa satisfacción parte de haberme negado a prestar mi aquiecencia o voluntad para aceptar los trabajos que con igual fin tuvo Ud. la bondad de ofrecerme por el órgano de don Ignacio Zañartu, a quien le expliqué los motivos que me habían hecho y me hacía aceptar la alta honra que se me hacía en fijar en mí la vista para el primer puesto de la nación. Al considerarme desnudo de la capacidad necesaria para su buen desempeño, se unía la convicción que siempre me ha asistido

de que los puestos públicos, en proporción de su elevación, es el peso y responsabilidad que graba sobre el que lo ejerce, y según mi entender no hay un sacrificio mayor para un hombre de razón propia y honrada que el verse en la necesidad de aceptarlo.

Sin aquella circunstancia, debe estar Ud. muy seguro me habría evedido como lo hice a su llamamiento, porque con él no había echado a Ud. un compromiso como al que se había sometido de hecho este pueblo por su proclamación acordada sin mi anuencia, y de modo que no llegó a mí noticia hasta después de dado el paso. Con esta exposición franca creo que Ud. quedará satisfecho de que mi aceptación sólo ha partido de una necesidad indispensable que no existía en la propuesta que recibía por su comisionado.

Sabiendo de que Ud. se halla hoy ligado a compromisos posteriores, ésta no tiene otro objeto que satisfacerlos.

No sé si cubiliteos del Ministerio o miras particulares de algunos de su partido me han hecho aparecer ante Ud. como dispuesto y decidido contrario a los principios que dirigen ese partido.

Puedo asegurar a Ud. que no he tenido conversación sobre este punto. Se me ha hablado por alguno de mis amigos que alguno de los de Uds. se habían expresado de modo que creían decidido a su partido a unir sus trabajos al nuestro con tal que suscribiese tres puntos de su programa y algunos compromisos sobre la marcha; mi contestación de mis amigos ha sido siempre en estas conversaciones la que Ud. verá en el periódico de ayer, Correo del Sur, por las razones que le expreso a mi sobrino Angel; y sobre la marcha les indiqué también no podía comprometerme a ella porque no adjudicaba indispensable para el logro de los fines y a más creía ser perjudicial al objeto que se tenía en mira podía conducir al país al sufrimiento de un mal mayor por no poderse confiar de la prudencia y acierto de la multitud de colaboradores.

Ud. y todos sus amigos deben estar satisfechos que mis sentimientos y programa están puramente expresados en mi aceptación y en parte desenvueltos en la contestación que se registra en el Correo de ayer. Quisiera extenderme más, pero me es

muy escaso el tiempo para despachar el propio en que debe marchar ésta.

Con el fin expresado al principio me es grato suscribirme de Ud. como su obsecuente servidor q. b. s. m.

J. M. de la Cruz.

Señor General don José María de la Cruz.

Santiago, Abril 27 de 1851.

Mi apreciado señor y amigo:

Por los expresos que se han enviado los días anteriores, supongo a Ud. al corriente de los últimos sucesos de esta capital. El suceso del 20 de este mes que vino a dar un ataque inesperado a la tranquilidad de 20 años no ha sido felizmente de consecuencias y ha dado una ocasión para que se manifieste que la causa del orden está muy afianzada en la conciencia de cada ciudadano, y a excitar la indignación pública contra los que la han perturbado.

Este suceso que ha contristado los espíritus ha excitado también alarmas nacidas de voces esparcidas por los mismos que han tomado parte o formado motín. A disiparla completamente concurriría la presencia de Ud. aquí.

Debe hablarle, general, con la franqueza de amigo. Algunos que se dicen partidarios de Ud. abusan de su nombre y mancillan su honrosa carrera diciendo con estudiosa hipocresía que cuentan con el apoyo de Ud. para un intento subversivo.

El Gobierno que conoce a Ud., general, rechaza con indignación semejantes hablillas.

Su carta, su sentimiento de honor, su patriotismo destruyen esas voces, sin embargo hay empeño en formularlas por la gente que dirige la alarma.

Creo también que conviene que Ud. conozca la situación fiel de las cosas. Se ha creido que la diversidad de opiniones puede dividirnos en los asuntos de orden, y para manifestar que, sin

embargo de separarnos en cuanto a lo primero, estamos acorde en lo segundo; es de gran consecuencia que Ud. venga a Santiago.

Puede como siempre contarme como seguro servidor y amigo q. b. s. m.

ANTONIO VARAS.

Señor General don José María de la Cruz.

Junio 5 de 1851.

Mi estimado General:

Anoche me han dicho refiriéndose a personas que han hablado con usted, que se ha mostrado quejoso de que el Gobierno lo detenga aquí. También me han asegurado que algunos amigos de usted suponen que hay designio de tenerlo para que no se halle en Concepción en la época electoral. Aunque tengo por sistema de no hacer alto en lo que puede calificarse de habillas, como pudiera haber alguna equivocación, he creído del caso escribirle ésta para decirle que por lo que toca al Gobierno puede usted retirarse de Santiago cuando le parezca conveniente, y que sentiré que por algún motivo no se halle usted en Concepción al tiempo de las elecciones.

Aprovecho esta ocasión para suscribirme de usted su atento servidor y amigo Q. B. S. M.

ANTONIO VARAS.

Señor General don José M. Cruz.

Santiago, Julio 20 de 1851.

Mi estimado General:

La resolucion decidida que usted manifestó al señor Presidente y a mí de no volver a la Intendencia dió mérito para que en este supuesto se hiciese el nombramiento interino del Coronel Viel y se le escribiese sobre el particular. Usted habrá tenido sin duda sus razones para no elevar su renuncia y como

ya supongo su viaje próximo le envío la resolución expedida por el Gobierno exonerándolo del cargo de Intendente (1).

Las situaciones opuestas en que nos han colocado nuestro diferente modo de opinar en la cuestión electoral, no he creído que puedan romper las relaciones que con usted he tenido. En este concepto escribo a usted la presente y espero que en ella encontrara una muestra de que es de usted afecto servidor y amigo Q. B. S. M.

ANTONIO VARAS.

Señor don Antonio Varas.

Valparaíso, Julio 23 de 1851.

Muy señor mío:

En los momentos de disponer embarcarme, recibí su muy atenta y franca del 20 del que corre con que ha tenido la bondad de favorecerme y en la que expresa había esperado hiciese mi renuncia conforme lo había expuesto a usted y al señor Presidente y que bajo tal persuación se había nombrado interinamente al señor General Viel en el supuesto y con prevenciones de no continuar.

Evidentemente usted sabe que no eran sólo de ahora mis deseos de separarme del indicado cargo de Intendente y que bajo el mismo serví y en vista a más de las circunstancias expresé a usted y al señor Presidente no ejercería más el destino, vuelto a la provincia. Mas como el regreso a ella me era incierto hasta el día en que consideré deber solicitar del Gobierno el permiso para hacerlo, y como cuando se me anunció el haber buque en que podía efectuarlo supe que la forma en que se había hecho el nombramiento de Intendente interino, y al sus-

(1) El decreto dice así: Santiago, Julio 18 de 1851. Teniendo en consideración que el General don José María de la Cruz, Intendente de Concepción, ha manifestado verbalmente al Gobierno su resolución definitiva de separarse de la Intendencia; que en consecuencia de esta manifestación se han librado las órdenes para el Gobierno de aquella provincia, i que ha transcurrido con exceso el período constitucional porque el expresado General fué nombrado Intendente. He acordado y decreto: Desde esta fecha cesará en sus funciones de Intendente de Concepción el general de División don José María de la Cruz. Tómese razón y comuníquese.—BULNES.—ANTONIO VARAS.

pender al substituto mío contenía una destitución tácita del propietario, de aquí es que me separé de esa y me disponía la marcha sin pasar mi renuncia que era innecesaria desde que se habían tomado por el Gobierno las disposiciones anticipadas.

Creo como usted que la divergencia de opiniones políticas en que nos han colocado las circunstancias no deben ni pueden en manera alguna variar el concepto personal y en tal supuesto no debe usted dudar que siempre será muy reconocido al con que ha favorecido a su obsecuente servidor y amigo. Q. B. S. M.

J. M. de la Cruz (1).

Señor General don José M. Cruz.

Santiago, Julio 24 de 1851.

Estimado General:

En su apreciable fecha de ayer habla usted del nombramiento interino del señor Viel para desempeñar la Intendencia, suponiéndolo hecho en una forma que envolvía una tácita destitución del propietario. Para que usted juzgue por sí, de esa forma me tomo la libertad de acompañarle una copia del decreto.

Aprovecho esta ocasión para subscribirme de usted afecto servidor. Q. B. S. M.

Antonio Varas.

---

(1) La contestación oficial dice así:

Santiago, Julio 22 de 1851. He recibido con esta fecha la nota del señor Ministro del Interior de 19 del corriente en que me transmite el decreto supremo de la misma fecha por el que se me exonera o destituye del cargo de Intendente de la provincia de Concepción.

Si me consideré altamente distinguido cuando recibí el nombramiento de tal Intendente como así mismo el de General en Jefe de que recién he sido depuesto, no me es ménos satisfactorio el haber merecido de la presente administración la muy pronta atención a esa exposición verbal y transcurso del período constitucional a que alude el considerando del decreto que se me comunica y del que me es grato acusar recibo del señor Ministro. Dios guarde a US.—J. M. de la Cruz.

VUELO SUPREMO

Quiero vivir la vida aventurera
de los errantes pájaros marinos,
no tener, para ir a otra ribera,
la prosaica visión de los caminos.
Poder volar cuando la tarde muera
en indecisos lampos mortecinos,
y oponer a los raudos torbellinos,
el ala fuerte y la mirada fiera.
Huír de todo lo que sea humano;
embriagarme de azul... ser soberano
de dos inmensidades: mar y cielo,
y cuando sienta el corazón cansado
morir sobre un peñón abandonado
con las alas abiertas para el vuelo.

J. Marchena.

LAS IDEAS DE ALFREDO FOUILLÉE SOBRE LA EDUCACIÓN

I

Concepto general de la educación

Fouillée no es uno de esos filósofos que ponen en duda el poder de la educación. A su juicio, las ideas son fuerzas y se realizan en actos. El problema está en disciplinar esas fuerzas: la educación es una selección entre las ideas, una formación de espíritus o una dirección de conciencias. El hombre sin educación, es aquel cuyas ideas siguen su curso natural, abandonadas a sí mismas y a su ciego impulso, es decir, que están sin contrapeso, o que éste no está constituído más que que por otras ideas, nacidas al azar en el espíritu e igualmente impulsadas por una fuerza ciega. La educación será la selección no «fortuita» sino «reflexiva y metódica, entre las ideas que tienden a realizarse en actos»; ella consistirá en crear, en suscitar ideas, capaces de tener todas las otras en jaque; ideas fuertes; dominatrices, y que sacan su fuerza, su poder de dominación de su superioridad moral, reconocida y admitida, como las ideas *de honor*, *de deber*, *de patriotismo*.

Negar que las ideas así definidas puedan cambiar la naturaleza y prevalecer contra la herencia, sería lo mismo que desconocer la historia y negar la gran obra de la civilización. Son las religiones, las filosofías, las instituciones y las leyes, no el oscuro instinto de las razas, las que han formado a los pueblos, y que los hacen o los modifican todavía en la actualidad, bajo nuestros ojos. Si no se quiere dejarse imponer por los grandes hechos de la historia: la civilización romana, cristiana, musulmana, etc., juzgados demasiado vastos y demasiado complejos, bastará con dirigirse a pequeños sucesos limitados, precisos y claros como éstos: los pretendidos atributos de las razas han cedido en todas partes ante la civilización. Así es como «los antiguos caníbales de las islas Marquesas son hoy pacíficos labradores... En China, el mongol es cobarde; en el Japón, es

valiente. En Europa, el judío es comerciante, usurero, y en Abisinia, agricultor».

En Francia se ha visto en ciertas épocas aumentar en una forma inquietante, por falta de educación o a causa de una educación viciosa, la criminalidad infantil.

La instrucción primaria debe ser esencialmente educativa

Empero, para que las ideas manifiesten así su potencia, buena o nefasta, es necesario que ellas arraiguen profundamente en los espíritus; es por eso que no basta *la instrucción* tal como se entiende y practica generalmente; sólo la instrucció educativa, o, en una palabra, *la educación*, es eficaz. En efecto: la educación no se dirige solamente a la inteligencia, ella influye poderosamente sobre el corazón y la voluntad; y más aún, ella se apodera enteramente del hombre en cuerpo y espíritu. Se la definirá bien, por su objeto y su finalidad, diciendo que ella «no debe ser una simple adquisición de conocimientos, sino una cultura de las fuerzas vivas, con el fin de asegurar el triunfo a las ideas-fuerzas, las más altas.»

Si entendemos en esta forma las ideas-fuerzas—y ésta es la acepción que siempre les ha dado Fouillée—es claro que es necesario tener esas ideas en pró o en contra de sí; de allí la necesidad de la educación. El poder de las ideas puede crear un peligro; para conjurarlo, es necesario hacer un llamado a la educación. La educación es, desde luego, una necesidad social, y esta necesidad en ninguna parte es más imperiosa que en nuestras sociedades democráticas, si ellas reposan, como dijo Montesquieu, sobre la virtud.

Allí donde el pueblo tiene la fuerza es necesario que sepa ejercerla, que tenga las luces y virtudes necesarias. No basta instruirlo, es necesario educarlo. La instrucción es, sin duda, necesaria a todo hombre en el ejercicio de su profesión, pero si ella no es más que técnica o científica, es decir, utilitaria, es insuficiente; «la influencia moralizadora del saber comienza en el momento en que deja de ser un útil para tranformarse en un objeto de arte», un instrumento de cultura. Que se le agregue, pues, a la instrucción del pueblo, su educación moral y cívica, que se le enseñe el desinterés, la preocupación por la cosa pública, en una palabra, el patriotismo. Sin eso, no podrá gobernarse, organizarse y vivir. Hoy en día los trabajadores más instruídos son los obreros, «y es de ellos, precisamente, con sus ideas falseadas, de donde nos viene el más gran peligro. El campesino ignorante es menos absurdo que el obrero instruído a medias. Un poco de instrucción aleja, muchas veces, del buen sentido; por el contrario, la instrucción amplia, lo trae».

Si no se perfecciona la instrucción primaria, si no se la hace más educativa, si no se la pone al servicio del desarrollo de la nacionalidad, todos nuestros trabajadores, incluídos los campesinos, nos harán «mala política y mala economía social».

La educación responde, pues, a una necesidad nacional: «la defensa contra los bárbaros internos es tan esencial en las democracias, como la defensa contra una invasión extranjera. Sólo la educación puede conjurar el peligro social de las democracias; la instrucción es insuficiente, sobre todo la primaria, porque ella es simplista. «La ignorancia es presuntuosa: ella considera que todo es fácil, y cree tener remedio para todo; solamente la ciencia es modesta; ella estudia larga y difícilmente las cosas que parecían fáciles; observa el pro y el contra; tiene la virtud de apaciguar el espíritu, y por ello, precisamente, ejercerá una saludable influencia sobre nuestra excitable juventud francesa». A falta de los conocimientos profundos, que no es posible dar a todos, sería necesario dar a los más humildes un saber que se critica y se juzga a sí mismo, que tuviera la comprensión de sus propias lagunas; se debería, darle, también, bajo la forma que les fuera accesible, la educación moral, la cual les es tan imprescindible como los elementos de gramática y de cálculo, y conocimientos de filosofía. ¿Quién ha medido el vacío dejado en las almas por la pérdida de la fé? Cuánto más el pueblo se aleje de la religión, tanto más falta le hace la filosofía que la reemplace y la sustituya. La filosofía es la religión pública de las democracias, y nosotros confesamos que no tendríamos mucha confianza en el porvenir de una democracia sin filosofía. Así como el cura y el rey están bien, cuando van unidos, en la misma forma deben ir el filósofo y el ciudadano.

LA ESCUELA EN SUS RELACIONES CON LA EDUCACIÓN

Fouillée parte de la idea de que en Francia las creencias religiosas están desapareciendo, y que desaparecerán cada vez más; en consecuencia, hay que prepararse para una sociedad sin Dios. Pero, ¿un pueblo sin religión, no es un pueblo sin moral? Más particularmente, ¿una juventud descristianizada no será una juventud desmoralizada? No, a falta de una religión, revelada, catolicismo, protestantismo, subsiste la religión natural. También se ha creído que la *escuela neutral* podría reconciliar las tendencias diversas en el culto común del dios de la razón. Empero, a pesar de haber inscripto la escuela neutral, en sus programas, «los deberes para con Dios», ella ha parecido a los creyentes «la escuela sin Dios», y asimismo, aún, la «escuela contra Dios». En efecto: para los creyentes, Dios

es, como dice Pascal, «el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, no el de los filósofos y los paganos. La neutralidad, a los ojos de la Iglesia, es una impiedad». «Se ha pretendido sostener que la historia de la Iglesia era una serie de concesiones. Nada más falso. La Iglesia no ha hecho más concesiones que las de órden político: en eso consiste su fuerza y su grandeza».

Además, la escuela neutral, que hería a los creyentes, no satisfacía mucho más a los incrédulos. «Había en los programas del año 1882, dice Fouillée, un vicio secreto que no tardó en revelarse».

Conformes con la neutralidad religiosa, ellos eran contrarios a la neutralidad filosófica; ellos tienen una filosofía de Estado, y también una religión de Estado, aunque religión natural y no positiva. «En efecto: el ateísmo o el materialismo, filosóficamente, puede ser muy débil y, si se quiere, insostenible; pero basta que aparezca verdadero a pensadores sinceros para que sea una opinión legítima y, a este título, tan respetable como el deísmo o el catolicismo. El Estado sale de su rol cuando erige en dogma una tésis filosófica; usurpa sobre el dominio de la conciencia individual».

El Estado no tiene más el derecho de ser religioso, como no tiene el de ser ateo; él no tiene más que un derecho, o más bien, un deber; el de hacer respetar todas las creencias y de mantener entre ellas el equilibrio, defendiéndolas contra su mutua violencia, injusticia e intolerancia. Esta misión es lo suficientemente grande, y a ella debe concretarse; es también la única segura.

Empero, ¿esta neutralidad, esta indiferencia filosófica y religiosa del Estado, puede concebirse? ¿El Estado no tiene un interés vital en defender, en sostener, o tal vez, en inspirar la filosofía, la ciencia, la religión, si la educación y las costumbres dependen de ellas, y son el fundamento y el apoyo de la nación, su condición de existencia?

No se ha visto jamás que un Estado haya practicado la neutralidad absoluta; siempre es parcial en un sentido o en otro. En efecto: Luis XIV ligó su existencia a la de la religión católica, Robespierre creyó ligarla a la religión de Rousseau, y muchos políticos de nuestros días, la creen ligada a la de determinada filosofía; el positivismo, por ejemplo. ¿Puede el Estado ser en otra forma? ¿Debe serlo?

El Estado no puede monopolizar la enseñanza

Esta cuestión es importante, y ella está íntimamente ligada a la de la educación, cuando ésta tiene un interés general. Ella es también de actualidad. Vemos al Estado tomar ingerencia

en todos los dominios, y, por lo tanto, ¿no estaremos amenazados también de verla producirse en el dominio de la educación? ¿El monopolio de la enseñanza, por medio del Estado, no es uno de los puntos del programa socialista? Establezcamos, pues, de acuerdo con Fouillée, la incompetencia del Estado en materia de educación.

Es evidente que el Estado tiene derechos muy extendidos en materia de educación, pero no tiene «el derecho de enseñar», de proclamar, ni prestigiar una doctrina que sería la verdad oficial.

En suma, el monopolio de la enseñanza es una injusticia, contra quienes quisieran y podrían enseñar bajo las condiciones reconocidas necesarias; es una injusticia con respecto a los padres que, habiendo educado a sus hijos hasta cierta edad, se ven de pronto coartar el derecho de hacerlos instruir en conformidad a sus propias convicciones; es una injusticia con respecto a los niños, a quienes el Estado obliga a oír nada más que el sonido de una campana: aquella que es necesario sonar. Y es, asimismo, una injusticia contra la nación entera, cuya libertad de conciencia y progreso intelectual compromete. En fin, es un mal servicio hecho aun para quienes esperan sacar partido del privilegio. No hay nada peor que tener para sí solo el derecho de hablar y de pronunciarse; es el origen de todos los errores inveterados y de todos los enceguecimientos. Se debería tener necesidad de solicitar la contradicción; pagar personas que os contradijeran, para buscar, en esa forma, los puntos débiles de vuestras opiniones. Aquellos demócratas o socialistas que quieren abrogarse, por política, el monopolio de la enseñanza, repiten todos los viejos sofismas de los fanáticos que han pretendido poseer la clave de todos los problemas. Ellos dicen, insistentemente, que enseñarían en nombre de la ciencia, y bien, donde haya, en verdad, ciencia, no es preciso establecer monopolios. ¿Creéis, acaso, que profesores libres, provistos de diplomas oficiales, enseñarán a sus alumnos que 2 y 2 son 5; que un triángulo tiene cuatro ángulos y que el agua es un cuerpo siemple? ¿Qué es lo que teméis? Si vosotros teméis algo, es porque sabéis que se trata de creencias y opiniones y no de ciencia. En consecuencia, pretendéis que vuestras propias opiniones sean tenidas por indiscutibles, como si fueráis el mismo Pío X en persona. Queréis un monopolio, porque sabéis que si no habláis solos se encontrarían cien razones para contradeciros. Ponéis por delante el Estado como si fueráis el Estado; pero el Estado, ¿es, acaso, más infalible que los demas?... El Estado no tiene más que el derecho de vigilancia, protección y concurrencia, frente a las iniciativas individuales o asociadas... Dejadlo erigirse en el todo y en-

tonces tendréis un despotismo destructor de la ciencia y la moral. Por absurda que sea una creencia, ella tiene sus elementos de verdad; es útil, además, para evitar que vuestra creencia se considere definitiva y absoluta, o que se haga tiránica.. Nunca se repetirá demasiado que todo poder tiende a abusar de él mismo, que la *voluntad de poder*, de la cual habla Niezstche, tiene siempre necesidad de estar limitada por otras voluntades. ¿El fin de toda política no es precisamente este equilibrio de todos los poderes? Es, sobre todo, en los dominios del pensamiento donde hay que desterrar a los monopolizadores.

La educación debe prepararnos para la libertad

En esa forma la verdad debe abrirse camino naturalmente en los espíritus y en los corazones, y nosotros debemos respetar la eclosión: en eso consiste la libertad, único principio que permanece incólume sobre las ruinas de las creencias, y que reclama para sí, tanto las creencias que sobreviven como aquellas que tienden a formarse y a establecer un orden nuevo.

Empero, ¿las sociedades pueden avenirse al principio de la libertad? ¿Acaso no se ha revelado ésta, en la práctica, como un disolvente de toda sociedad? ¿No es ella esencialmente anárquica? ¿No tiende a producir la inquietante diversidad de opiniones consagrando en esa forma la instabilidad de todo orden social? Por consiguiente, los espíritus modernos que no pueden, desde ya, tolerar y concebir un régimen que no esté fundado sobre la libertad, sobre el respeto de las creencias individuales e íntimas, se han hecho, por lo mismo, incapaces de establecer y hacer vivir un régimen cualquiera, puesto que no puede existir más que sobre bases indiscutidas sobre creencias unánimes, en todo caso inmóviles? Trágica antinomia: la libertad sería la condición de existencia de la sociedad moderna, y al mismo tiempo el obstáculo contra el cual choca, el escollo donde se quiebra.

Corresponde a la educacion resolver esta antinomia: deberá formar hombres que han de vivir en esas condiciones excepcionales, preparándolos o adaptándolos. Hay una relación entre la libertad política y la educación. Los ciudadanos, es decir, hombres hechos para vivir bajo un régimen de libertad, deberán recibir una educación especial; esta educación no puede ser una simple toma de posesión de las almas, ella debe estar animada del espíritu que tiene a su cargo inspirar y difundir, ella debe ser un llamado a la libertad, es decir, a la conciencia individual. Pero, por otra parte, ella es por definición, una acción social. Educación y libertad son, pues, términos que se oponen. ¿Cómo conciliarlos sin sacrificar ninguna de las dos cosas que

designan? Es necesario dar crédito a la libertad y pensar que quien está invitado a gozarla lo hará a menudo de acuerdo con la razón. También debemos aceptar de antemano los inconvenientes de la libertad: las herejías o errores individuales. Pero, es necesario, por otra parte, defender la libertad contra ella misma, previniendo sus excesos por medio de la educación.

La educación supone principios, es decir, verdades comunes, sobre las cuales puede hacerse el acuerdo de los espíritus; es de allí de donde se debe partir, son estas las verdades que debemos despejar, y que es preciso comunicar, es decir, haciéndolas aceptar, y no imponiéndolas a los espíritus. Cuanto más amplios sean esos principios, ellos tendrán mas carácter de universalidad, y más serán, ellos, los designados para ser el fondo, la materia o el objeto de la educación. Por lo mismo que las religiones son particulares y diversas, ellas no pueden ser tomadas como base de la educación; y porque la noción misma de la religión es estrecha, es que tiende a ser, cada vez más, reemplazada en educación, por la de ciencia o filosofía, considerada como más amplia, más universal, menos contestada y más contestable.

Alfredo Fouillée se esforzará por definir ese fondo común a todos los espíritus, humano o social, que la educación tiene por objeto propagar y transmitir, y que era tan fielmente expresado por la vieja palabra *humanidades;* él demostrará que la enseñanza valdrá más cuando mayor sea el grado de su elevación y desinterés y menor el de su tecnicismo o profesionalismo. La educación, según él, es poner al alcance de todos ideas y sentimientos esenciales, resumidos en el término *civilización*; representa la «propiedad social» que la democracia debe asegurar a cada uno. La educación moral y social es la primera de todas y la más necesaria, sobre todo desde que la educación religiosa falta. Fouillée presenta, por último, la educación como «nacional», juzgando que entre los espíritus, aún los más antagónicos, debe producirse natural y necesariamente un acuerdo sobre la idea de patria, sobre los sentimientos que ella evoca y los deberes que impone. El filósofo ha podido equivocarse en lo que respecta a la elección de las ideas que él toma como base de la educación, atribuyéndoles a éstas un valor universal, que ellas no tienen o que se les puede discutir; pero, al menos, él ha establecido el verdadero principio o criterio de la educación, que es, en su finalidad, lo que conviene a todos, lo que es social o profundamente humano, y en su forma, lo que hay de más liberal y más amplio en lo que respecta a los derechos de la conciencia individual. El criterio de la universalidad puede parecer un principio abstracto, puramente formal y vacío; pero, en realidad, él implica y trae consigo toda una

reforma de la educación, como se verá cuando pasemos a sus aplicaciones.

En resumen: bajo el régimen democrático, la educacion es particularmente necesaria, ya que ese régimen reposa sobre la razón, la única capaz de realizar los acuerdos de las libertades, fuera del cual no hay orden social. Pero ella es el aprendizaje de la libertad, y en consecuencia, irá contra su propio principio, si pretende ser más que un llamado a la razón individual. Postula el acuerdo de los espíritus en la razón y por la razón; será persuasiva, liberal, no doctrinaria o autoritaria. Tendrá como rol principal, esencial, la formación de la razón en el hombre por las vías de la razón; ella será las «humanidades», pero como el hombre no se concibe fuera de la ciudad, será a la vez, cívica, moral, humana y social. Es a la filosofía a la cual corresponde dar la fórmula y trazar el programa.

II

Influencia funesta del utilitarismo moderno en la enseñanza

Fouillée acepta la democracia en su principio, pero combate las tendencias igualitarias y niveladoras; quiere que la instrucción sea accesible a todos, pero suministrada a cada uno según sus aptitudes; admite una aristocracia intelectual, o como él dice, «una selección de superioridades». Considera como utópica la pretendida reforma que bajo el nombre de enseñanza *integral* o *moderna*, consiste en bajar los estudios al alcance de todos.

Esto implicaría la invasión de las profesiones liberales por los utilitarios; el fin de los estudios elevados, el desconocimiento de los derechos de la *élite*, «el triunfo del individualismo atómico, es decir, de la fuerza del número y de la astucia. El individuo anónimo, insexual, sin antepasados, sin tradición, sin medio, sin lazo de ninguna especie, he ahí—Taine lo había previsto—el hombre de la falsa democracia, aquel que vota y que se cuenta por *uno*, ya se llame Thiers, Gambetta, Taine, Pasteurs, Pérez o López». El peligro de las democracias es la «exteriorización» o la materialización de la vida, de la cual, el marxismo es la fórmula: la invención sustituída por la imitación, la teoría por la práctica, el arte por el procedimiento, el derecho o la justicia por el interés. El mismo fenómeno se produce en pedagogía, «lo único que interesa (entonces) es de saber lo que otros han hecho, como si se fuera incapaz de hacer nada por sí mismo». Es necesario reaccionar contra esa tendencia tan peligrosa.

Esta tendencia tiene conexión con otra o deriva de otra, que es la de preocuparse sólo por el resultado, material, tangible, y aún más: que éste sea inmediato y obtenido fácilmente. Es así, por ejemplo, que se inclinan generalmente a la instrucción más que a la educación, porque, en efecto, de esta manera es más fácil obtener resultados y constatarlos y medirlos, por lo menos, cuantitativamente. Fouillée, chocando con las ideas corrientes, propone un programa que se resumiría en dos palabras: «restringid la instrucción, generalizad la educación».

La instrucción, considerada a parte, no tiene el valor que se le da; hay mucha superstición en el culto de que se le hace objeto. Hay que depurar ese culto. Colocar la instrucción en el lugar que le corresponde, subordinada a la educación, y haciéndola un elemento de la cultura humana, es honrarla; allí, solamente allí, está su valor o su precio. Es ésta la tesis que desarrolla Fouillé estudiando una por una la ciencia, las letras, la filosofía moral y social.

Las humanidades científicas

Dentro las ciencias y por ellas, dice, deberemos proponernos «desarrollar en el *sujeto* las facultades que hacen al hombre y de dar por *objeto* a esas facultades las más altas verdades, los más altos sentimientos a los cuales pueden alcanzar el espíritu humano». A esta concepción de la enseñanza científica responden imperfectamente las enseñanzas primaria y superior, puesto que ellas están vueltas exclusivamente hacia el lado del *objeto*, teniendo en vista, la primera, el *mínimum*, y la otra, el *máximum* del *saber;* la enseñanza secundaria está mejor inspirada, ya que vuelve hacia el lado del *sujeto*, teniendo por fin «la formación del espíritu», para quien la instrucción es un medio y la educación el fin».

La ciencia tiene un alto valor educativo: ella forma el espíritu, enseña el método, pero si uno se concreta a sus resultados, apegándose a su faz material, especial, *a fortiori* utilitaria o práctica, ella puede rebajar o deformar el espíritu. Esto es verdad para todas las ciencias, aún para la más alta y más perfecta de todas: las matemáticas.

Peligro de las matemáticas

Las matemáticas forman muy a menudo, brutos razonantes. Estas son «ciencias absolutamente formales». La aritmética y el álgebra constituyen la retórica de los números. Se razona y se razona, se deduce y se deduce, para cualquier asunto, en lo abstracto. Se aplican los principios generales a problemas par-

ticulares y la solución de esos problemas crea un pequeño talento mecánico, como la escolástica de la edad media o la máquina para razonar de Raimundo Lulio. El espíritu matemático, en la vida, es el arte de no ver más que un sólo aspecto de las cuestiones. Las matemáticas desarrollan esa especie de razonamiento por signos que Leibniz ha llamado el razonamiento simbólico; ellas reemplazan los objetos por sustitutos más o menos convencionales. De ello resulta que pueden crear el hábito de pensar por fórmulas sin mirar las cosas mismas, de exponer razonamientos, sin razonar.

Las ciencias se enseñan por un método falso

Por otra parte, hay mucho que decir sobre ese «baño de realismo», que se ha pretendido dar a los franceses demasiado abstractos, mediante la enseñanza de la física y de la historia natural. El estudio de esas ciencias no desarrolla del todo las cualidades de espíritu que han necesitado los sabios para descubrirlas, por la razón de que la manera cómo se las enseña no es la misma sobre las cuales han sido fundadas.

«La enseñanza de las ciencias *ex cátedra*, y la ciencia misma, son cosas tan diferentes que la una es casi opuesta a la otra, como el activo es lo contrario del pasivo y la invención de la memoria». Nadie se hace un experimentador porque asista a un espectáculo de experimentación. La enseñanza por el *aspecto* no es lo mismo que la enseñanza por la *acción*, y nuestros alumnos *no hacen*, miran, registran y *resumen*.

Las ciencias enseñadas aparte, como especialidades, no solamente carecen de valor educativo, sino que, además, no tienen ningún valor científico. Los sabios especializados son espíritus cerrados, estrechos. «Las ciencias separadas del espíritu filosófico—ha dicho Du Bois-Reymond—son un encogimiento del espíritu».

Es necesario, pues, operar una doble reforma en los estudios científicos: «simplificarlos» y «unificarlos».

1.° *Simplificar.*—«Cuanto más se reduzca el estudio particular de las ciencias, mucho más se desarrollará el espíritu científico que es lo contrario de la dispersión y de la memoria mecánica». La mayor parte de los estudios llamados científicos, no tienen ninguna utilidad práctica ni pedagógica. La misma finalidad que se proponen: «aprender las ciencias» es vana. La ciencia no se aprende, *se hace*. Tan sólo los *resultados* pueden ser objetos de saber; pero los resultados no son más que un *índice*, ellos no son ni el libro, ni el espíritu que lo ha dictado».

En lugar de formar espíritus atiborrados de conocimientos científicos, que se formen espíritus capaces de invención. Que

no se considere al «cerebro como un pergamino pasivo sobre el cual no habría más que escribir sobre física, historia natural, etc., etc.»

Si algún cataclismo hiciera desaparecer nuestra civilización, cuando más tarde se descubra, bajo las ruinas, uno de nuestros programas de bachillerato, han de quedarse estupefactos delante de la ciencia enciclopédica de nuestros bachilleres.

GRANDIAQUE EFFOSIS MIRATIBUR OSSA SEPULCRIS

«Nosotros, contemporáneos, sabemos a qué atenernos con respecto a esos gigantes de la ciencia. El verdadero dinamómetro intelectual, es la concepción y la realización de las ideas hechas fuerzas vivas... Nuestro saber no nos pertenece, si no se convierte en facultad y en instinto».

Por eso, de los estudios científicos es necesario podar todo lo que recargue el espíritu sin fortificarlo ni agilizarlo. A *fortiori*, es preciso aligerarlos del pesado bagaje técnico, ¿para qué enseñar superficialmente la anatomía y la fisiología a un futuro médico que luego ha de aprenderlas seriamente? Que se le haga estudiar, más bien, las matemáticas, la física, las letras, todo lo que no tendrá, mas adelante, ocasión de hacer. En general, el liceo no debe ser una escuela profesional; los conocimientos especiales, necesarios para una profesión, se adquieren con el ejercicio de ésta.

Entre las ciencias que se enseñan, ya que no es posible enseñarlas todas, hay que seleccionar las que sean *generales*, las realmente *explicativas* (como las matemáticas, la mecánica, la física, en parte), aquéllas que dan ocasión, no solamente a reducciones, sino que también a problemas, ejercitando así al espíritu para las soluciones»; pero que de estas ciencias no se estudie más que los fundamentos, de manera que se les conozca bien... Nuestra enseñanza científica en lugar de ahogarse en las ciencias descriptivas—ejercicios fugaces de la memoria—debe concretarse a la teoría general de las ciencias, ilustrada por un pequeño número de explicaciones escogidas».

2.º *Unificar*.—No basta simplificar los estudios científicos, es necesario «unificarlos». «El lazo que una las diversas ciencias, no puede ser más que la filosofía».

a) Es necesario, en el estudio de cada ciencia, introducir el espíritu y el método filosófico, las vistas de conjunto, la investigación de los principios y conclusiones más generales». Es preciso, también, mostrar la parte del espíritu en la formación y los descubrimientos de cada ciencia... El desarrollo de las ciencias y el progreso de los métodos es una epopeya, y es más importante para la educación de la juventud, interesarla en

esta epopeya, que enumerarle o hacerle inventario de hechos y leyes».

b) «Es necesario sistematizar los grandes resultados de las distintas ciencias, haciendo notar el enlace... Aquí está el verdadero valor liberal de los estudios científicos; ellos deben dar una idea del universo y de sus grandes leyes, de eso que los antiguos llamaban el cosmos... Es preciso que se haga aparecer (a los alumnos) el espíritu humano y el universo; destacada de estos dos grandes términos, una verdad científica pierde su interés, una vez alcanzada, entonces, no puede tener más que un interés práctico o industrial».

De esta manera el estudio de las ciencias, ligadas entre sí y a la filosofía, adquiere un valor pedagógico y se transforman en «las humanidades clásicas». Enseñar «las diversas ciencias, no por sí mismas, sino por el conjunto de que forman parte, por la *ciencia*, ligarlas entre ellas de tal suerte que se llegue a vislumbrar una concepción de la vida y la naturaleza», es animarlas del espíritu filosófico, que es el espíritu científico, bajo la forma más elevada, y es, también, servir a la ciencia misma, cuyo progreso está en *razón inversa* con la enseñanza mecánica y utilitaria de las ciencias, y en razón directa de la cultura literaria y filosófica.

Las humanidades clásicas

Si la educación tiene por fin formar al hombre, deberá estar, ella misma, en consonancia con la evolución del ser humano. Ahora bien; se está de acuerdo en decir que la ontogénesis reproduce la filogénesis, o que el individuo vuelve a pasar por todas las faces del desarrollo de la raza. ¿Cómo debemos entenderlo? ¿Es sobre el pasado de la humanidad o sobre *su estado actual* que la educación debe modelar el individuo? ¿O es, más bien, a la *evolución futura* de la humanidad que debe prepararlo?

Si el niño debe recoger el *pasado* de la civilización, «no tiene, sin embargo, que recorrer todos los grados intermediarios e históricos que la humanidad ha recorrido». Él se instruye: 1.º por el *lenguaje*; 2.º por *el libro*. Y bien; el «lenguaje es un producto de todos los razonamientos acumulados por los hombres, como de todas sus observaciones y reflexiones. Aprender a hablar, pues, es precipitar la evolución del espíritu con toda la velocidad adquirida por los siglos... es aprovechar de todas las selecciones y de todas las victorias que han jalonado la lucha secular por la vida». Es el libro, asimismo, «la humanidad abreviada..., lo evolución social, a la vez fijada y acelerada».

Mediante la educación, el niño de hoy tiene, pues, sobre la

humanidad, un adelanto de varios siglos. Empero, en otro sentido está retrasado con respecto a ella, de todo el tiempo que le es necesario para recorrer su propia evolución. En efecto: el espíritu, como el cuerpo, tienen sus edades; es preciso respetar su desenvolvimiento, dejarlo atravesar sus faces, eclosar sucesivamente en cada una. Los objetos y métodos de enseñanza deben ser apropiados a la edad; hay que ir de la observación sensible a la reflexión, de la imaginación al razonamiento, es decir, de las *letras* a las *ciencias*. Las letras despiertan todas las facultades, tanto del corazón como de la inteligencia,— de aquí su valor educativo—mientras que las ciencias no se dirigen más que a la memoria y al entendimiento. Además, «el libro literario no es solamente indicativo de determinados hechos observados o leyes demostradas, él es, a la vez, sugestivo, por la asociación de las ideas o de los sentimientos excita más a recordar que a pensar». Estimula y refresca el espíritu, mientras que el libro de ciencia lo sobrecarga. En fin, la literatura crea una atmósfera propicia a la eclosión de la infancia. Se dice que la escuela debe ser una preparación para la vida; más, eso no quiere decir que hay que presentarle desde ya, a los niños, «la vida que les aguarda más tarde con sus realidades a menudo prosaicas y tristes»; la vida que les conviene y que los preparará mejor, es «la que a la vez sea más simple, la más intelectual y más imagitiva, en una palabra, la más ideal y más joven».

L. DUGAS.

(*Continuará*).

LA ENSEÑANZA DEL CASTELLANO Y LA REFORMA DE LA GRAMATICA

(Conclusión)

§ 39. He insistido en todos estos detalles para mostrar cuáles son las exigencias de una gramática científica ideal, completa y sistemática. En la práctica estamos todavía lejos de alcanzar este ideal. La gramática inglesa de Sweet, la alemana de Sütterlin y la francesa de Nyrop, por ejemplo, ya satisfacen a muchas de estas exigencias, pero no a todas. Ciertas partes, como la semática y la estilística carecen todavía de un molde generalmente reconocido; Sweet y Nyrop dan a la vez la evolución histórica de las lenguas estudiadas. Es indispensable que el profesor la conozca; pero su introducción en la enseñanza escolar del ciclo superior dependería del conocimiento de la forma más antigua del idioma correspondiente; es decir, para el inglés y el alemán del estudio del gótico, del inglés y del alemán antiguos; para el francés y el castellano del conocimiento del latín. De consiguiente, en la práctica de la enseñanza escolar, aún en años superiores, el tratamiento de la historia del idioma debe reducirse a los rasgos fundamentales, sin entrar en los detalles de la evolución de cada palabra o forma de flexión.

§ 40. Todavía me falta hablar de la recomendación de un procedimiento de la gramática moderna. Así como la palabra aislada se estudia en su forma exterior variable en la morfología, respecto a su forma invariable para cada concepto en la lexicología; pero respecto a su alma, el significado y su evolución, en la semántica; así también la sintaxis debería estudiarse desde dos puntos de vista opuestos: por un lado está la *sintaxis formal*, que parte de la enumeración de las formas variables y de las palabras de relación y determina los diferentes modos de ordenar las palabras para averiguar en seguida cuáles son los diferentes significados que resultan conforme a la tradición de cada idioma. Por el otro lado, está la *sintaxis lógica*, que parte del pensamiento y de su análisis, para averiguar cuales son los distintos medios que presenta la lengua para conseguir

la clara expresión de todos los matices del pensamiento. La sintaxis formal es un estudio o sistema analítico que trata de saber cuáles son los fenómenos gramaticales de cada idioma, como se ordenan orgánicamente, como se explican sus múltiplee significados. Es el punto de vista de la persona que oye o lee la lengua. La sintaxis lógica es un sistema sintético desde el punto de vista del que habla o escribe. Está dado el pensamiento (la representación total que se analiza por la formulación del juicio) y se busca cuáles son los medios gramaticales y estilísticos para conseguir la clara expresión del pensamiento dado. Es una especie de sinonimia gramatical, como dice *Georg von der Gabelentz* (1).

Pongamos un ejemplo: Formulo dos juicios independientes: *La madre (se) enfermó. La hija no pudo salir.* Son dos oraciones desnudas. Junto las dos en un período coordinado expresando la relación lógica en que están: *La madre cayó enferma: pues (por esto, de consiguiente) la hija no pudo salir.* Transformo el conjunto en una oración compuesta con subordinación: *Ya que la madre cayó enferma, no pudo salir la hija;* o: *La hija no pudo salir porque la madre cayó enferma.* Le doy la forma de una sola oraóion simple, pero compleja: *Por haber caído (o habiendo caído) enferma la madre no pudo salir la hija;* o quitando por ejemplo uno de los verbos, pero guardando todos los elementos de la idea, digo: *Por una o la (repentina) enfermedad de la madre, no pudo salir la hija.* Así podría seguir variando la forma gramatical, sin alterar la idea. Tenemos sinónimos gramaticales que permite la lengua castellana. No se podrían traducir todos ellos a cualquier idioma, y otras lenguas mostrarían otras posibilidades.

Así se debe investigar cuáles son en cada lengua las partes de la oración formal y funcionalmente distintas; cómo se usan, cómo se modifican y completan, por qué elementos se pueden sustituír, etc. En la oración simple se ve como se expresan el sujeto, el predicado. los complementos de la acción; si se distingue o nó, el predicado nominal del verbal; cuáles expresiones hay para la modalidad del juicio afirmativo, negativo, asertorio, problemático, y apodíctico; cuántas diferencias se distinguen en la acción del verbo (activo, pasivo, reflejo, recíproco, causativo, etc., acción momentánea, duradera, progresiva, terminal, inicial, etc.); cuáles son las formas de la gradación ab-

(1) Véase *Die Sprachwissenschaft, ihre Aufgaben, Methoden und bisherigen Ergebnisse* (Leipzig, 1911) pág. 97. Todo el cap. VI de la segunda parte del libro está dedicado a explicar las exigencias científicas modernas que deben cumplirse para presentar un idioma respecto a su estructura y su material. Compárese también *Bally* (l. c. § 251 y sigs). «*La sintaxis y la estilística*».

soluta y relativa, del ruego, del mandato, de la pregunta, la exclamación, la condición, etc.

Aunque todos estos puntos no se traten desde luego sistemáticamente, no hay que perderlos de vista en la sintaxis lógica.

§ 41. Se comprenderá por todas estas indicaciones que la gramática de una lengua moderna está tan lejos de ser un edificio concluído, como sucede con todas las demás ciencias. Querer mantener intactas todas las teorías que estableció don Andrés Bello hace más de medio siglo, sería lo mismo que declarar que la lingüística no ha hecho ningún progreso en todo este tiempo. Ahora la Gramática Reformada de la Real Academia Española contiene, según mi opinión, como ya lo he dicho, la sintaxis más sistemática y completa que conozco de la lengua clásica y moderna Es por esto indispensable reconocerla, no como autoridad única y absoluta, pues la única autoridad en materia de lenguaje, como lo dice muy bien don Adrés Bello, es la lengua misma, es decir, el uso efectivo; pero sí como guía recomendable para el estudio de la lengua castellana. Una gran parte de las valiosas observaciones que hizo Bello en su libro, ahora están incorporadas a la gramática académica; otras pueden seguir añadiéndose, con tal que no contradigan a teorías más modernas y más correctas. Declaro con franqueza que algunas de las innovaciones de la Real Academia me parecen inconvenientes. Como se trata precisamente de algunos puntos puntos en que los partidarios de Bello están al lado mío, paso a enumerar los más importantes.

§ 42. No me parece conveniente denominar a *canté* «*pretérito indefinido*», cuando los franceses con más razón llaman a la forma correspondiente «passé défini». Creo que basta conservar el nombre de Bello *pretérito* en oposición al ante-presente, que mejor conserva su antiguo nombre *perfecto* sin otra añadidura. El nombre académico «pretérito perfecto» es molesto por su extensión y ni siquiera más correcto, pues *he cantado* con más razón podría llamarse «presente perfecto». Guardaría el nombre de *pretérito perfecto* para *hube cantado*, en correspondencia al *futuro perfecto* (el «ante-futuro» de Bello) *habré cantado*. Para *había cantado* recomiendo la conservación del antiguo nombre *pluscuamperfecto*, como más correcto que antecopretérito, por razones que expongo en *La Oración y sus Partes*, pág. 459. Tampoco me gusta que *cantaría* se llame «modo potencial». Cejador denominó la forma «potencial imperfecto», pero al menos reconoció (Gram. de Cervantes, pág. 251) que

Bello tenía razón al agregar la forma al modo indicativo (1). «Modo potencial» es un nombre que la gramática indo-europea da a una función del modo conjuntivo, como sinónimo de subjuntivo dubitativo o problemático. *Cantaría* es, según la historia y el uso principal, indudablemente una forma del modo indicativo (véase Or. y s. P., pág. 434); su mejor nombre es, según mi opinión, el de Bello *pospretérito;* a lo sumo podría aceptarse la denominación incómoda «futuro del pasado».

§ 43. La cuestión de la denominación de los tiempos del verbo castellano sin duda seguirá arreglándose en ediciones futuras. Lo que urge es aceptar las teorías académicas en los puntos enumerados en el § 17 de esta Memoria, para poner la enseñanza en Chile de acuerdo con la de los demás países españoles, que sin duda aceptarán simplemente los prescriptos de la Gramática Reformada.

Es esto a lo que me refería en el Informe de la Comisión de Castellano impreso por la Universidad en el folleto «Plan de Estudios y Programas de Instrucción Secundaria. Proyecto de Reforma», (Santiago, 1919, pág. 28) al decir: «En cuanto a la exposición de las teorías gramaticales, conviene evitar todo dogmatismo estrecho. No se puede negar que la gramática ha hecho notables progresos desde comienzos del siglo pasado, pues hoy ya no se funda en la lógica escolástica, como lo hacía la *Grammaire Générale* de Port-Royal, sino en la filosofía moderna y en la lingüística comparada. Por esto al lado de las teorías de *Bello* hay que tomar en cuenta las Notas de *R. J. Cuervo*, la edición reformada de la Gramática de la Lengua Castellana por la *Real Academia Española* (1917), las Gramáticas Históricas de *Menéndez Pidal* y de *F. Hanssen*, la Lengua de Cervantes de *J. Cejador* y otras publicaciones modernas.

Ruego, de consiguiente, al Honorable Consejo de Instrucción Pública que tome una decisión definitiva sobre la cuestión si las ideas expuestas por el infrascrito en dicho informe bajo los números 1, 2, 3 y 5 han de servir como base fija para la preparación del Programa correspondiente, y si conviene o no substituir paulatinamente las teorías de Bello, enumeradas en el § 17 por las correspondientes académicas.

§ 44. Respecto al Programa de Castellano no hay necesidad de ninguna reforma radical. En conformidad con el Programa actual la enseñanza de la gramática en los años inferiores es esencialmente inductiva y práctica. Se aprenden las denominaciones de las partes de la oración y de sus principales formas

(1) La *Gram. Ref.* (Núm. 298, Nota) admite el valor de indicativo como excepcional y considera el de potencial como fundamental. Lo contrario me parece correcto.

y funciones, sin insistir en definiciones exactas. Pero en los años superiores se hace un repaso sistemático de toda la materia con definiciones científicas en cuanto lo permita la capacidad de los alumnos. Recomendaría, en conformidad con lo expuesto en esta Memoria, más o menos la distribucion que sigue. Los detalles deben encargarse a profesores que tengan la práctica en la enseñanza secundaria del ramo, que falta al infrascrito.

IV año. Repaso sistemático de la fonética general: los órganos de la voz y sus funciones en la articulación. Clasificación de los sonidos del castellano moderno; fonética del castellano literario comparado con el dialecto vulgar chileno.

Repaso sistemático de la morfología: plural de sustantivos y adjetivos; variación según el género; pronombres tónicos y átonos y su declinación; verbos regulares e irregulares.

Historia general de la lengua castellana; elementos de la historia de los sonidos, leyes fonéticas (e-ie, o-ue) e influencias de la analogía.

V año. Pronunciación anteclásica, ortografía anteclásica y la evolución de la ortografía castellana.

Elementos de lexicología; derivación y composición en palabras tradicionales y doctas (raíces latinas y griegas).

Sintaxis de la oración simple; clasificación de las oraciones independientes y coordinadas. Las partes de la oración con definiciones científicas.

Elementos de estilística lexical (arcaísmos, neologismos, vulgarismos, etc.)

VI año. Repaso de la oración compuesta. Clasificación de las proposiciones subordinadas, conjunciones subordinantes, pronombres sustantivos, adjetivos y adverbios relativos. Significados de tiempos y modos. Construcciones anómalas.

Elementos de semántica y de estilística de construcción (orden de las palabras, etc.)

Rodolfo Lenz.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Don Juan Salas Errázuriz.—El presbítero don Juan Salas Errázuriz, que acaba de fallecer en la capital, era una de las figuras más interesantes y menos conocidas del clero y de las letras nacionales. De él puede decirse que reproducía en nuestro siglo uno de esos tipos de clérigos letrados, humanistas insignes, intérpretes pacientes y apasionados de las letras latinas y helénicas, en quienes el sentimiento y la fé de cristianos se armonizaba con el concepto pagano de la belleza y que fueron los constructores de los maravillosos monumentos literarios del renacimiento y los precursores del arte moderno.

Modesto, retraído, profundamente sencillo, sin ambiciones mundanas de ninguna especie, sin aspiraciones de honores ni cargos, don Juan Salas se consagró a su ministerio y a los estudios literarios y científicos, en un retiro profundo y absoluto.

Durante algunos años se le confió la dirección del antiguo y reputado colegio del Patrocinio de San José. Su huella quedó en ese establecimiento marcada por la organización de un brillante cuerpo de profesores, por la creación de un jardín botánico y de excelentes gabinetes de física y química que costeó con su propio peculio.

Su fortuna personal la empleó en obras de caridad, en crear becas para niños de familias necesitadas, en distribuir constantemente limosnas a asilos y otros institutos. Fué así como en sus últimos años hubo de ganarse la vida en un empleo que el Gobierno le concedió en la Biblioteca Nacional donde ha hecho una labor importantísima para la cual estaba mejor calificado que ningún otro chileno.

Apenas si el público escogido y escaso que sigue la gran literatura ha podido darse cuenta de que don Juan Salas es el autor de una traducción de Esquilo hecha directamente del griego en verso castellano, trabajo monumental, esfuerzo gigante de interpretación de una de las más grandes creaciones del ingenio humano. Su traducción del Prometeo Encadenado, fué celebrada por Menéndez Pelayo como una obra maestra y de diversos humanistas europeos recibió el señor Salas felicitaciones y juicios muy honrosos. La versión del célebre canto

de las Oceánidas consolando a Prometeo quedará como uno de los trozos más notables de nuestra literatura.

En su trato familiar, don Juan Salas era un charlador ameno, cuyas observaciones siempre precisas y a veces coloreadas por una ligera y benévola ironía, encantaban al pequeño círculo de amigos que logró penetrar su aislamiento voluntario y vencer su modestia.

Su cultura era vastísima. Poseía casi todas las lenguas europeas modernas, además del latín, el griego y el hebreo. Las literaturas antiguas y contemporáneas no tenían secretos para él. Su refinamiento en pintura, música y demás bellas artes era extraordinario y más de una vez, cuando dirigía el Patrocinio, se le vió intervenir con un buen gusto y un conocimientos completos en materias musicales.

Era, en suma, don Juan Salas Errázuriz, un personaje de otras edades, un humanista nacido con varios siglos de retardo en medio de nuestras sociedades materializadas, superficiales y enamoradas del futuro más que del pasado. Pero era al mismo tiempo una inteligencia fina y siempre despierta que seguía con atento interés la vida moderna y para quién los problemas inquietantes del día no fueron jamás extraños.

Su personalidad literaria sobrevivirá, porque está ligada a un órden de estudios que será inmortalmente bello, noble y digno de inteligencias privilegiadas.

CARLOS SILVA VILDÓSOLA.

Nuestras ilusiones financieras.—¿Cuál es, sobre todo cuál será bien pronto nuestra situación financiera? Responder con precisión es difícil. Se puede tan solo indicar a donde conducen los caminos diversos que podemos tomar.

Que la situación financiera actual es lamentable, es algo que no puede razonablemente ponerse en duda; pero ¿cuándo estamos autorizados para aplicar a una situación el calificativo de lamentable? Es difícil, tal vez imposible, decirlo con exactitud.

Para disimular un tanto las siniestras dimensiones de nuestro presupuesto de gastos, lo hemos dividido en presupuesto ordinario, presupuesto extraordinario y presupuesto recobrable.

El total de todos ellos arrojan la cifra de 44 mil millones de francos anuales de gastos. Y las entradas producen, apenas, la mitad de esa suma. El déficit, como se ve, es formidable.

Y nuestro déficit anual aumenta rápidamente el monto de nuestra deuda. El 1.° de Marzo de 1921 alcanzaba a 302 mil millones de francos, de los cuales 83 mil millones correspondían a la deuda externa, según los cálculos de Mr. Chéron. Y esa cifra de 302 mil millones se aumentaría aún en 200 mil millones si Alemania no pagara su deuda.

Las cifras que preceden manifiestan que aun cuando Alemania pagara la totalidad de las anualidades que de ella se reclaman, el déficit anual de nuestro presupuesto sería terriblemente cuantioso.

Se ha tardado largo tiempo en reconocer que el axioma «Alemania pagará»; con el cual nuestros Ministros de Hacienda se esforzaban en excusar los gastos más inútiles, constituía una esperanza harta ilusoria. Todas las formas de pago que hasta ahora se han propuesto, en especial el impuesto sobre sus exportaciones, conducen al paradojal resultado de que, en realidad, los aliados y los neutrales resultarían pagando las deudas alemanas. No comprendieron esta consecuencia los diplomáticos que candorosamente estimaron que el estado alemán tomaría a su cargo los derechos de exportación en lugar de hacer que los soportasen los compradores de mercaderías alemanas.

El único procedimiento de pago que podría producir algunos resultado sería el de dar a los aliados participación en las grandes industrias alemanas. Más de una objeción puede hacerse a esa idea; pero lo cierto es que hasta ahora no se ha encontrado nada mejor. Los embargos aduaneros y las ocupaciones militares de territorio son operaciones psicológicamente necesarias, pero de una eficacia económica nula. En cuanto a la idea de imponer a Alemania un tributo anual de algunos miles de millones de francos durante cuarenta años, no es siquiera de suponer que los autores de ese proyecto hayan podido creer en su eficacia.

«Tan grosero error de psicología, escribe Le Temps, desconcierta verdaderamente el espíritu y hace preguntarse, sin encontrar respuesta satisfactoria, como hombres inteligentes han podido equivocarse hasta ese extremo e ignorar totalmente las inevitables reacciones de orgullo, de violencia y de furor que en el alma de pueblo vencido, pero no aplastado, suceden fatalmente al abatimiento de la derrota».

Pero desde que se vió con claridad que aun en el caso de que Alemania pagara todo lo que se le pide, nuestro presupuesto quedaría siempre en déficit, fué necesario buscar otra solución.

En el hecho, el aumento de la producción de nuestras riquezas y la disminución de nuestros gastos representan las únicas soluciones posibles del problema. Pero mientras esta evidencia se impone a todos los espíritus se vive de expedientes. Gracias a la facilidad que existe para imprimir billetes de banco sin garantía metálica, los gastos aumentan sin cesar y los Ministros oponen una resistencia muy débil a la carrera vertiginosa que habrá de conducirnos a espantosas catástrofes financieras.

El estado de ánimo que reina todavía en el público y aun en el cerebro alambicado de ciertos economistas sobre la posibilidad de arreglar los déficit del presupuesto por medio de emisiones de papel moneda, lo revela a las claras la proposición reciente de algunos diputados para que se emitieran 150 mil millones en billetes de banco para liquidar nuestra deuda.

Semejante proposición manifiesta hasta que punto son confusas las ideas reinantes sobre el rol de la moneda y de los billetes de banco en la vida económica. Tratemos de rectificarlas.

Las concepciones actuales serían probablemente muy distintas si en vez de leerse en las monedas palabras como estas: francos, dólares, coronas, etc., se leyese en ellas una cifra que indicase el peso del fragmento de metal de que se componen las referidas monedas.

No se necesitaría entónces reflexionar mucho tiempo para comprender que una moneda de oro o de plata es simple y llanamente una mercadería que no se diferencia de otras mercaderías, como el carbón, el algodon, etc., que por su gran valor dentro de su reducido volúmen. Toda mercadería podría servir de moneda. Cuando el rublo ruso se desvalorizó totalmente, todas las mercaderías, la carne por ejemplo, eran pagadas con un número determinado de kilógramos de carbón.

El billete de banco ordinario es simplemente una especie de recibo por cierta cantidad de mercaderías llamadas oro o plata depositadas en almacenes especiales que se denominan bancos. Los recibos de esos depósitos, como son convertibles a voluntad en oro o plata, son por la necesidad asimilables al oro o a la plata. Muy diversa es la situación del llamado billete de curso forzoso, que los Estados imprimen en ocasiones para efectuar gastos superiores a sus entradas.

Tales billetes, no siendo convertibles en oro o en plata sino en una época lejana e indeterminada, constituyen, en realidad, títulos de empréstitos sin interés, ni plazo de reembolso.

Los billetes de curso forzoso reposan únicamente sobre una base psicológica muy variable: la confianza del acreedor que los acepta.

Nada, naturalmente, obliga a los países extranjeros a recibir esa moneda artificial: Según el grado de confianza que les inspire el crédito del país emisor, aceptarán esos billetes con una pérdida más o menos grande, que se llama pérdida en el cambio. El poder de compra del billete de curso forzoso disminuye así notablemente. El billete francés de cien francos solo es aceptado actualmente por 46 francos en Londres y por 41 en Suiza.

La primera consecuencia de la reducción del poder de compra de nuestros billetes de curso forzoso es la de obligarnos a

pagar en más del doble de su valor todas las mercaderías que compramos en el extrajero. Resulta de allí, naturalmente, una alza considerable en el costo de la vida.

Una experiencia que nunca ha fallado demuestra que el poder de compra del billete de curso forzoso disminuye a medida que su emisión aumenta. Llega siempre un momento en que, como ha sucedido en Rusia, Austria, Polonia, etc., su valor llega a ser más o menos nulo. Y de esa desvalorización final del billete resulta a corto plazo, como en Austria, una miseria general. Esa miseria no es, por lo demás, completa sino para los habitantes de las ciudades; los agricultores pueden siempre producir mercaderías y cambiarlas, por el procedimiento primitivo del trueque, por otras mercaderías.

La inflación fiduciaria produce todavía otras consecuencias. En nuestros días la interdependencia de los pueblos se ha hecho tan grande que diferencias enormes en los cambios han concluido por arruinar por completo la vida económica de las más grandes naciones. Así vemos que países muy productores, como Norte América e Inglaterra, se han visto forzados a disminuir su producción por encontrarse en la imposibilidad de colocar sus mercaderías en países en que la depreciación de la moneda duplica el precio de ellas.

Esta disminución de la producción trajo, como era inevitable, un gran aumento en el número de los desocupados, a quienes la miseria fatalmente convirtió en adeptos de las ideas revolucionarias. Se llega así al resultado parodojal de que el exceso de riquezas en ciertos pueblos trae por consecuencia favorecer en ellos el desarrollo de la miseria y del espíritu revolucionario.

Podría suponerse que los países que poseen mucho oro y plata, como Norte América, pueden aprovecharlos para obtener mercaderías en buenas condiciones en países, como Alemania y Polonia, en que el beneficio de cambio les permite comprar las mercaderias por un tercio de su valor. Fué lo que hicieron en el primer momento, si bien dentro de límites muy estrechos, porque poseían ya un fuerte stock de mercaderías de muy difícil colocación.

La pérdida en el cambio producido por la inflación fiduciaria tiene todavía otras consecuencias, algunas de las cuales parecen a primera vista bastante contrarias a las enseñanzas de la Economía Política. Así, en Alemania, ha favorecido considerablemente las exportaciones, aumentando su poder de concurrencia en los mercados extranjeros y, por lo tanto, favorecido su mejoramiento económico. Tales resultados, puramente transitorios, se deben a que, siendo Alemania un país esencialmente productor, sus mercaderías, que paga a sus obreros con

una moneda de muy débil valor, les son compradas en el extranjero con una moneda que tiene un poder de compra muy superior. Pero son, lo repetimos, ventajas momentáneas, atenuadas en parte por la creciente alza de los salarios y por la necesidad de comprar en el extranjero a precios elevadísimos las materias primas indispensables para la producción.

Es por lo tanto, manifiesto que si la inflación fiduciaria continua conduce a la larga a los pueblos a la ruina, puede producir en el primer momento una utilidad transitoria. Así, sin el billete de curso forzoso, no habríamos podido durante la guerra hacer frente a los gastos que ella requería. Si para satisfacer a los economistas—cosa, por lo demás, en que nadie pensó—se hubieren mantenido con toda rigidez los buenos principios económicos, habríamos tenido que abandonar la lucha.

Se puede todavía agregar que sería muy peligroso volver bruscamente al estado normal. Todos los valores de bolsa y los títulos de rentas se depreciarían en más de la mitad de su valor.

Solamente los suscriptores de los empréstitos nacionales ganarían mucho con esta operación. Un título de cien francos de renta francesa que, en razón de nuestra pérdida en el cambio, ellos habían comprado en menos de cincuenta francos, les sería reembolsado con ciento.

La vuelta inmediata a la moneda sana, tan predicada por economistas de principios inflexibles, sería, pues, en realidad una verdadera catástrofe financiera.

Pero no es esa la catástrofe que nos amenaza, sino la proveniente de una inflación fiduciaria en constante crecimiento.

Tenemos todavía un papel moneda relativamente precioso, como que solamente ha perdido poco más de la mitad de su valor de adquisición; pero, si siguiendo perniciosos consejos, continuásemos multiplicándolo, su valor bajaría rápidamente hasta llegar, como sucede en Austria, a las proximidades de cero. Eso, naturalmente, produciría una miseria profunda y el socialismo comunista tendría muy serias probabilidades de vencer. Pero reinaría como en Rusia, en ciudades muertas, pobladas por espectros aniquilados por el hambre y en que habría desaparecido todo rastro de las antiguas civilizaciones.

Gustavo Le Bon.

Un libro chileno en los Estados Unidos.—En su número del mes de Mayo, la importante *Revista Histórica de Hispano-América* que se publica en los Estados Unidos da noticia a sus lectores de la obra que en el año pasado hizo imprimir don Domingo Amunátegui Solar sobre las letras de nuestro país, en los términos que siguen:

Bosquejo de la Literatura Chilena.—Por Domingo Amunátegui Solar.—(Santiago de Chile: Imprenta «Universitaria», 1920. Pp. 669. En rústica).

En esta obra, cuya edición solo fué de cien ejemplares,—reimpresión tomada de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*—el Doctor Amunátegui Solar, Rector de la Universidad de Chile, quien ha dado pruebas de competencia en letras humanas en otros libros de temas iguales o parecidos, sobre todo en sus *Encomiendas de Indíjenas en Chile* y en *Sociedad chilena del Siglo XVIII*, ha prestado un servicio muy importante a la historia de la vida intelectual y de la evolución literaria de Hispano-América. Esta materia constituye un importante campo para todos los que en este país se interesan por el estudio de las repúblicas meridionales, puesto que ella completa la historia política y ayuda a comprender los movimientos sociales. Así lo han reconocido en valiosos trabajos Coester, Goldberg y otros autores. En lo que toca a la historia literaria, en general, los escritores hispano americanos han publicado varias obras de interés, de las cuales pueden señalarse éstas: Roxlo, *Historia de la literatura Uruguaya*, en ocho volúmenes; Picón Febres, *Historia de la literatura Venezolana*; Romero, *Historia de la literatura Brasileña*; y Rojas, *Historia de la literatura Argentina*. El tercer volúmen de esta última obra, *Los Proscriptos*, despierta especial interés al que desea conocer la literatura chilena, a causa de las estrechas relaciones que hubo entre los dos países, Chile y la Argentina, durante el período que siguió a la revolución.

Respecto de la historia literaria de Chile, la presente obra llena un vacío y ofrece una revista crítica completa del asunto. Existen por cierto otras obras que tratan de la vida intelectual y demas actividades de este género en la sociedad chilena, como los *Recuerdos literarios* de Lastarria, *Lastarria y su tiempo* de Fuenzalida Grandón, *La Producción intelectual de Chile* de Huneeus Gana, los libros de Barros Arana y algunos más. En su obra, sin embargo, el Doctor Amunátegui no sólo ha aprovechado de la labor de sus predecesores sino que ha compuesto un libro que ha ampliado realmente nuestras noticias sobre las producciones literarias y sobre la historia de Chile.

El carácter nacional se halla de manifiesto en la literatura chilena. Menéndez y Pelayo ha dicho— y su opinión se halla citada y confirmada por el Doctor Amunátegui—que los chilenos son positivos, prácticos sesudos, poco inclinados a idealidades. El origen de esta índole positiva se debe en gran manera a la composición de las clases sociales durante el período de la colonia. Alejados de Lima, sede del virreinato, y de las cos-

tas del Atlántico, que eran más accesibles que las del Pacífico a la acción europea; dominados por considerable inmigración de comerciantes vascongados; sin contar más que con sus propios recursos; y expuestos durante la dominación del rey a la sanguinaria guerra de Arauco, necesariamente fueron formando su carácter bajo la influencia de aquellas circunstancias, las cuales explican de sobra las condiciones en que se desenvuelve su vida literaria. La guerra araucana misma constituyó un rasgo de la mayor importancia en la sociedad de la colonia, proporcionó el tema de su epopeya a don Alonso de Ercilla, y dió fundamento a Bello para afirmar que Chile es el «único hasta ahora de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico».

La literatura chilena, no puede negarse, es relativamente pobre en libros de imaginación, en poesías y novelas. Ofrece, y para asegurarlo, apelamos de nuevo al gran crítico español, cierta aridez habitual. No peca por «orgías de imaginación». Es sólida, pero rara vez festiva. A la inversa, sorprende por su riqueza en obras históricas. No hay período, ni aspecto, ni personalidad, que los chilenos hayan dejado de estudiar prolijamente. Los trabajos que han dado a la prensa forman abundantísima colección de obras de crítica y de documentación histórica.

En el libro que analizamos—del cual queremos señalar sus caracteres generales—el autor no se extiende en disertaciones ni exajera la alabanza. Es sobrio, analítico, crítico, conforme a los mejores métodos de la escuela histórica chilena. Marca siempre las condiciones e influencias históricas, políticas, étnicas y sociales. Aquilata cuidadosamente la importancia de los periódicos como las primeras manifestaciones de la actividad intelectual. Refiere con pormenores la fundación de colegios y la organización de sociedades literarias; hace notar su espíritu, sus tendencias y su prestigio; y examina con esmero la obra docente del Estado, materia de mayor interés en la naciente república. Ilustra sus explicaciones con citas oportunas; pero no las prodiga hasta el extremo de introducir confusión en los hechos y en las doctrinas. Frecuentemente, por último, coloca al pié de la página notas biográficas y bibliográficas. La falta de un índice alfabético se halla compensada hasta cierto punto por el índice de materias, que grandemente facilita la consulta.

El autor abraza en su libro el período que se extiende desde la revolución hasta nuestros días. Ha publicado también una historia de las letras chilenas en la época colonial, que no ha tenido oportunidad de conocer quien escribe el presente artículo.

El primer período, que abarca, puede decirse, hasta el año de 1842, es interesante. Es un período de lucha, de organiza-

ción y de ensayos, de adaptación de la vida social y política a un estado completamente diverso del colonial. Entre los primeros sucesos de la nueva república, encierran verdadera importancia la aparición del diarismo nacional con la *Aurora de Chile*, fundada en 1812, y redactada por Camilo Henríquez, y el establecimiento en 1813 del Instituto Nacional, su clausura durante la reconquista española, y su reorganización bajo el gobierno de O'Higgins en 1819.

Un aspecto interesante de este período inicial en la vida independiente es la influencia que ejercieron en el desarrollo intelectual y docente los expatriados de otros países, que llamados por el Gobierno, o atraídos por la situación estable y ordenada del país, fijaron su domicilio en Chile. Entre éstos, se cuentan Mora, antiguo agente de Fernando VII, el cual prestó poderosa ayuda a la enseñanza pública, y Andrés Bello, el gran venezolano, quien, desde su llegado a Chile, en 1829, después de una residencia de muchos años en Inglaterra, ejerció profunda y benéfica influencia en el progreso intelectual de las nuevas generaciones. De la Argentina llegaron también muchos estadistas que huían de la tiranía de Rosas—Sarmiento, Mitre, Fidel López y otros—que tomaron una participación muy activa en los campos de la enseñanza y del periodismo. La polémica que trabaron estos últimos con los discípulos de Mora y Bello es un episodio de gran interés en este período. El doctor Amunátegui resume esta polémica en la forma que sigue:

«Con el pretexto de enaltecer el movimiento romántico que desde años atras reinaba en Europa, i con el franco propósito de deprimir la literatura española, los escritores argentinos, contradichos por Vallejos y por Sanfuentes..., creyeron oportuno extenderse en vanas disertaciones sobre los orígenes de la esterilidad de los jóvenes chilenos; las cuales ofendieron a los que habían sido alumnos de don José Joaquín de Mora y a los que continuaban siéndolo de don Andrés Bello.

«Sarmiento, sobre todo, sustentaba la opinión de que los métodos de este insigne venezolano, en vez de estimular a sus discípulos a escribir, les retraían de hacerlo, por el santo temor a incorrecciones de lenguaje y por exagerado culto a los *admirables modelos* que Bello les proponía como norma...

«Felizmente en Chile triunfaron las lecciones de don Andrés Bello y de don José Joaquín de Mora...

«Así ha resultado que en nuestro país el castellano se habla mejor que en otras de las Repúblicas de América».

En los *Recuerdos Literarios* de Lastarria puede leerse una interesante relación de esta polémica, que llegó a degenerar en amarga disputa. Este autor, que había sido uno de los protagonistas en los sucesos de la época, dirige algunas censuras

contra la actuación de Bello. Así mismo Rojas, en el capítulo sobre «La Escuela Cuyana», en el tercer volúmen de su *Historia de la Literatura Argentina*, ha dado noticia de la mencionada discusión desde un punto de vista especial.

La fundación de la Universidad de Chile en 1843, bajo la sabia dirección de Bello, fué un notable acontecimiento en la historia de la cultura del país, sobre todo, por su influencia en el progreso de los estudios científicos e históricos.

«Segun los estatutos universitarios, todos los años uno de los miembros de la corporación, designado por el rector, debía leer en sesión solemne un discurso o memoria, sobre historia natural».

En esta disposición tuvo su orígen una serie de notables monografías históricas, que el doctor Amunátegui enumera acompañadas de apreciaciones críticas.

Durante el período que abarca desde 1842 hasta el presente, la literatura chilena ha presentado, en general, los caracteres ya definidos en este juicio. El autor da luminoso bosquejo de la labor histórica de Barros Arana, Vicuña Mackenna, Miguel Luis Amunátegui y otros que se distinguieron en el mismo género de literatura. Dedica además capítulos especiales a la poesía, al drama y a la novela, en los cuales examina las obras de Guillermo Matta, el más gran poeta de Chile, y de Alberto Blest Gana, a quien señala como el verdadero fundador de la novela chilena.

De este último, el doctor Amunátegui se expresa así:

«Sin duda alguna, don Alberto Blest Gana constituye un caso de excepción en las letras chilenas del pasado siglo.

«En todos los géneros literarios cultivados en nuestro país, a los iniciadores o fundadores sucedieron muy pronto quienes les igualaban o rivalizaban con ellos. Así se observa en la historia, en la poesía lírica y en el periodismo.

«Nada de esto ocurre en la novela. Blest Gana desde el principio aventajó de un modo notable a todos sus compatriotas que dedicaron su pluma al género novelesco...

«Es necesario seguir hasta el presente siglo para encontrar autores de novelas o de cuentos que, si no disputan a Blest Gana la palma, a lo menos, pueden ser colocados sin contraste en la misma línea que él».

Un capítulo especial se halla consagrado a la escuela literaria formada en los colegios eclesiásticos, al establecimiento que fundaron los religiosos de San Ignacio, y a la revista protegida por ellos, *La Estrella de Chile*.

El último capítulo de esta valiosa obra contiene «algunas observaciones generales sobre las letras chilenas en el siglo XIX, los nuevos rumbos, la evolución del periodismo y de la orato-

ria parlamentaria, la influencia de don Pedro Antonio González y de Rubén Darío en la poesía lírica, y el porvenir de la novela y del teatro dramático».

El párrafo final dice así:

«Puede afirmarse que las cuestiones sociales dominarán en el período que empieza. Para resolverlas con acierto será necesario que la historia continúe ofreciendo sus fecundas lecciones, a fin de que sean bien estudiados los problemas del presente. Con igual objeto, los políticos deberán prestar atento oído a la voz de los novelistas, dramaturgos y poetas... *C. K. Jones*».

N. N.

La cultura y los peligros de la especialidad.—No es de ahora la admiración de los pueblos hispanoamericanos ante el desarrollo de la instrucción pública en los Estados Unidos, Sarmiento, tal vez antes que nadie, Hostos, después—entre otros—, hallaron aquí parte de las inspiraciones que los guiaron en sus campañas pedagógicas.

¿Que pudieron enseñar los Estados Unidos—desde 1850—a los hombres de nuestra América? Los Estados Unidos, representaban, para nosotros, la educación democrática; el principio de la instrucción pública gratuita y obligatoria, o cuando menos al alcance de todos, si bien no lo inventaron ellos, si lo pusieron en acción eficaz. Representaban, además métodos objetivos directos y aplicaciones prácticas y útiles del conocimiento.

Hoy, en los comienzos del nuevo siglo, iguales lecciones nos dan los Estados Unidos. Pero ya no tienen ellas la importancia de otro tiempo: porque, en mayor o menor grado, todas las naciones han adoptado el principio de la educación democrática; porque si en 1850 eran pocos los países que habían renovado sus métodos pedagógicos, hoy son muchos; y en fin, porque hoy en todas partes la enseñanza, sin hacerse necesariamente *práctica* en el sentido vulgar de la palabra, procura que todo conocimiento adquirido en la escuela se justifique por su utilidad en la vida posterior del individuo.

Hay más. Dentro de los Estados Unidos es preciso distinguir de regiones y de épocas. Aun en 1850, las actividades pedagógicas que atraían la atención de Sarmiento no eran de todo el país: pertenecían sólo al Nordeste, y principalmente a la Nueva Inglaterra. En el Sur, los beneficios de la instrucción raras veces alcanzaban a la gente de color, esclava o libre, o a la blanca pobre (*white trash*): tanto vale decir que la mitad del país—pues el Oeste todavía estaba punto menos que despoblado—no creía en el ideal de la educación democrática.

Después de 1865, terminada la guerra civil, el Oeste fué poblándose y extendiendo los ideales del Nordeste. Hubo una excepción, sin embargo: no se trabajó seriamente por adaptar al indio a la civilización anglosajona, y acaso haya sido ventajosa la desidia: el insumiso indígena no ha aprendido a fabricar máquinas, pero ha conservado su cultura autóctona y tradicional, sobre todo su música y sus artes plásticas hondamente interesantes.

El Sur se ha *modernizado* con más lentitud que el Oeste. La raza negra va educándose despacio, por sus propios esfuerzos y con la ayuda de filántropos de la raza dominadora; la instrucción general se extiende. Con todo, el Sur aun no podría servir de modelo a los creyentes en la educación democrática.

Finalmente, la inmigración enorme que ha entrado en el país ha producido desequilibrios en la distribución de la cultura. A pesar de todos los esfuerzos, hay más población escolar que escuelas. La exigua retribución de los servicios del maestro—problema de que se habla todos los días—ha alejado de la enseñanza a muchos hombres y mujeres de aptitudes superiores, y la escasez de maestros resulta alarmante: hay miles de puestos que nadie ocupa, y muchos más encomendados a incompetentes mientras se haya modo de reemplazarlos con aptos. La gravedad de la situación vino a comprenderse durante la guerra, cuando se verificó el censo de los campamentos: según las cifras oficiales, publicas por el Gobierno de Washington, el 24 por ciento de los soldados no llenaba los requisitos mínimos de instrucción exigidos en las pruebas de examen adoptadas por el ejército. Esos requisitos no siempre se limitaban a la lectura y a la escritura; pero, según cálculos probables, el analfabetismo del ejército pasaba del 15 por ciento—cifra mucho más alta que las publicadas, año tras año, antes de la gran guerra, en las enciclopledias y en los tratados de geografía. En general, la estadística de los pueblos del Norte pecaba de optimismo: en cambio, los cálculos estadísticos latinoamericanos pecan a veces de pesimismo, y conozco caso en que uno de nuestros pesimistas atribuyó a su país un 95 por ciento de analfabetos—cosa a todas luces imposible.

No seremos los hispanoamericanos quienes tengamos el derecho de arrojar la primera piedra a los Estados Unidos por su indebido exceso de analfabetismo. No: a pesar de todas las salvedades y excepciones, uno de los rasgos característicos de este país es, como piensa John Dewey, su culto de la educación, su fe en la cultura para todos. Los hispanoamericanos, devotos de la cultura como hemos sido siempre, todavía tenemos que tomar ejemplo de esta devoción de las gentes del Norte, menos pura tal vez, pero más eficaz hasta ahora.

¿Qué más aprenderemos de los Estados Unidos? No sé que haya otra cosa esencial que aprenderles. Pormenores, sí: en métodos y en aplicaciones, continúan dando ejemplos, aunque no sean los únicos.

Creo, en cambio, que debemos ahora prevenirnos contra sus ejemplos perjudiciales. La educación está en crisis en los Estados Unidos. No necesito aducir pruebas: quienquiera que se halle en contacto con las escuelas y universidades, quienquiera que lea publicaciones pedagógicas del país, lo sabe. Hasta la prensa diaria llegan los ecos del conflicto (1).

No pretendo afirmar que sea cosa fácil descubrir la causa de la crisis. Las causas son muchas, probablemente, y cada quien propone su remedio, desde la lectura de Platón hasta el aumento de salarios a los maestros. La desorientación es general, y no se ve cercana la solución.

En la crisis, uno de los problemas indudables es el del *curriculum*, del plan de estudios: a los hispanoamericanos debe interesarnos, porque presenta complicaciones que hasta ahora hemos logrado evitar nosotros, pero que podríamos crear en nuestras escuelas, si por falta de atención vigilante perdiéramos la sana orientación de nuestras tradiciones intelectuales. De los planes de estudios dependen todo sistema y todo orden en la cultura. Y en los Estados Unidos, actualmente, no es exagerado decir que impera el desorden en los planes de estudios, cosa que no sucede todavía en la América española.

Son enteramente opuestas la concepción del *curriculum* en los Estados Unidos y la concepción latinoamericana, y la oposición se explica por diversidad de tradiciones intelectuales. Para los países llamados latinos, los pueblos de lenguas románicas, Francia ha dado, durante los últimos cien años, las normas principales de la vida intelectual. La norma francesa, en los planes de estudios, ha sido la organización enciclopédica: el estudiante que termina el bachillerato posee los elementos de todas las disciplinas esenciales en la cultura moderna. No hay discrepancia respecto del núcleo central de disciplinas esenciales, que son la lengua nativa, con su literatura, la geografía y la historia del mundo, y de la nación, las ciencias fundamentales, en orden lógico, desde las matemáticas hasta la biología,

(1) Si no bastara el testimonio de los años que llevo en la vida universitaria—la experiencia directa adquirida enseñando en tres de las Universidades mayores, Minnesota, California, Chicago, i observando de cerca la labor de otras, como Columbia y John Hopkins,—podría transcribir innumerables declaraciones que confirman el aserto. De sólo la revista *School and Society*, durante 1919, podría transcribir cien pasajes.

de acuerdo con las clasificaciones filosóficas del siglo XIX. Nuestras discrepancias ocurren generalmente en torno a las disciplinas filosóficas (definir cuáles y de qué carácter deben ser las que se incluyan en la enseñanza secundaria), las disciplinas estéticas, (dibujo, música, historia de las artes), y las lenguas extrañas (primacía de las modernas o de las antiguas); pero cada una de estas ramas está representada, de algún modo, en los planes de estudios. Hay otras enseñanzas que van entrando gradualmente—por ejemplo, los trabajos manuales, que a la vez son educación de los sentidos y tienen utilidad práctica;— al admitirlas, se hace sin suprimir ninguna de las que son esenciales a la cultura general, según nosotros la concebimos.

Inglaterra, madre intelectual de los Estados Unidos, conservaba hasta ayer arcaicos planes de estudios, y todavía los conserva en instituciones especiales. Cuando los Estados Unidos comenzaron a abandonar la tradición pedagógica inglesa—en la primera mitad del siglo XIX—no pudieron libertarse totalmente del clásico pecado inglés de la falta de fundamentos lógicos y de coordinación en la enseñanza. Las cualidades salientes de la escuela norte-americana se hicieron visibles desde entonces: el propósito de difusión de la cultura, la eficacia viva del método, las posibilidades de aplicación; pero los planes de estudios no siempre ganaron en motivación lógica ni en coordinación filosófica.

Posteriormente—no hace mucho—el principio de la *libre elección*, de la especialización de estudio, penetró en la pedagogía de los Estados Unidos, e invadió, no sólo los *colegios* de las Universidades—donde parece admisible—sino las escuelas secundarias, las *high schools*. Como cada Estado de la Unión, y a veces cada Municipio, legisla respecto de sus propias escuelas, la *libre elección* de estudios ha hecho estragos en muchos hogares.

Comparemos sistemas. En Francia existen varios tipos de enseñanza secundaria, y cada estudiante escoge el suyo; pero cada tipo tiene su *curriculum* uniforme—salvo, quizás, ligeras alteraciones posibles en cada caso—y no sólo uniforme, sino combinado de acuerdo con nociones precisas sobre la importancia de las diversas disciplinas y sobre las relaciones que entre ellas existen. En la mayoría de los Estados de la Unión americana los tipos de enseñanza secundaria no tienen programas uniformes: al estudiante se le dan sólo líneas generales, y dentro de ellas debe él escoger, *como especialista*, las asignaturas que estime convenientes para su desarrollo intelectual y su posible ocupación futura. Como el estudiante de doce a quince

de edad no tiene nociones claras que lo guíen, su *libre elección*, aún con el consejo de sus padres y de las autoridades escolares, frecuentemente lo lleva a errores. Es más: los consejos a menudo contribuyen al error. Y así, la pretendida *especialización* se convierte en educación incompleta y superficial.

Las líneas generales que se dan al estudiante son comunmente cuatro o cinco: lengua nativa, lenguas extranjeras (modernas o antiguas), matemáticas, ciencias físicas y naturales, historia. El alumno de *high school* está obligado a seguir cursos sobre la lengua inglesa—aunque a menudo se queda sin el estudio de la literatura—y cursos de matemáticas, que incluyen por lo menos el álgebra y la geometría. Tiene derecho a escoger la lengua o lenguas que desee—principio defendible, pero peligroso en la forma en que se practica, mediante la cual se permite abandonar el estudio de una lengua a poco de haberlo comenzado, y ensayar otra: naturalmente, así no se aprende ninguna de las dos—o de las tres, porque bien pueden llegar a tres (2). Tiene derecho también a escoger ¡oh asombro! la ciencia que quiera y la rama que quiera de la historia. Es decir, que en el concepto de los pedagogos que formulan los planes, *lo mismo* da la física que la química o la biología, y *lo mismo* da la historia antigua que la media o la moderna. Es decir, que da lo mismo conocer los elementos químicos que la ley de la gravitación, y se puede escoger ignorar la una cosa o la otra; que da lo mismo saber quien fué Cromwell o quien fué Pericles, y se puede escoger ignorar la significación de uno de ellos (3). El absurdo de semejante modo de entender las ciencias y la historia saltaría a los ojos de cualquier educador francés, pongo por caso; sin embargo, es enorme el número de

(2) He conocido *muchos* estudiantes de colegio universitario que, al iniciarse en la lengua castellana, habían ensayado ya otras tres (latín, francés y alemán), y no sabían ninguna, porque a todas les habían dedicado poco tiempo. En general, estos estudiantes acaban por perder todo interés en los idiomas y no adquieren ni siquiera la aptitud de leerlos. Obligándolos a concentrar sus esfuerzos en el estudio de un solo idioma y prohibiéndoles ensayar uno nuevo mientras no dominen por lo menos la lectura del ya comenzado, se evitaría el enorme desperdicio que ahora se produce. No exagero al decir que el noventa por ciento de la enseñanza de idiomas extranjeros en este país es tiempo perdido.

(3) Ejemplo curioso: una alumna universitaria que conocí estudiando historia de la literatura inglesa, tropezaba con dificultades en la asignatura, porque ignoraba los hechos fundamentales de la historia de Inglaterra. La explicación era clara: en la *high school* sólo había estudiado historia de los Estados Unidos e historia de la antigüedad. Apenas hay alumno universitario que no se queje de deficiencias semejantes en su preparación.

escuelas norte-americanas donde rige este *sistema*, o, mejor dicho, este desorden.

Se pensará que la Universidad trate de corregir tales errores en los alumnos que recibe de la *high school*, puesto que en el *colegio* de tipo universitario es donde se completa el bachillerato y se recibe el título (4).

Pero no: la Universidad pocas veces corrige nada, y a menudo añade motivos de desconcierto. Tales son las listas de requisitos de entrada.

Tomaré el ejemplo, asequible para todos, de la Universidad de Columbia, que es una de las cuatro—o de las cinco—más importantes del país. Para entrar al *colegio* de Columbia se exigen «15 unidades» que se distribuyen entre el idioma inglés y su literatura (3 unidades), las matemáticas (3 unidades) y dos campos de elección: uno de elección restringida (4 o 5 unidades), y otro de elección libre (4 o 5 unidades). Aquí comienza el absurdo. En el campo restringido, el estudiante puede presentar solamente (*a*) latín, o bien (*b*) una combinación que consiste en una lengua extranjera, la física o la química, y la historia—aquella rama que el estudiante conozca.—Es difícil comprender el criterio pedagógico según el cual «cuatro unidades» de latín son ¡*intercambiables* con «cinco unidades» de mescolanza (*una* lengua, *una* ciencia y *una* rama de la historia); pero ahí están los anuncios impresos para demostrar que semejante criterio existe. Y Columbia está lejos de ser la única institución que lo sustenta (5).

Para el campo de elección libre, la Universidad da una lista extensa de materias. Resultado: es posible entrar al colegio de Columbia, cuando se escoge una *especialidad* en letras, con un bagage intelectual compuesto exclusivamente de matemáticas, lengua y literatura inglesa, latín, griego, francés y la Biblia. ¡Las leyes de las ciencias físicas y naturales no son conocimientos necesarios! Durante los cuatro años de *college*, es verdad, hay instituciones que obligan al alumno a estudiar ciencia, aunque su especialidad sea en letras, historia o filosofía; pero, según la curiosa manera norte-americana de entender el conocimiento científico, se escoge *una* ciencia cualquiera (6).

---

(4) El bachillerato norte-americano, téngase presente, implica ocho años de estudios posteriores a la escuela primaria: cuatro en la *high school* y cuatro en el *college*.

(5) Columbia University. Bulletin of Information. Entrance examination and admission, 1919-1920. V. las páginas 18 y 19.

(6) Al proceder así, los norte-americanos demuestran ser descendientes legítimos de los ingleses. Todavía en Inglaterra hay quienes creen que no existe cultura fuera del griego y del latín. En 1917, escribiendo en la

Ahí está, pues, el ejemplo peligroso. Y el peligro no es ilusorio. En varios países de la América española se hacen intentos de introducir las *especialidades* en la enseñanza secundaria, y urge evitar que su intruducción, si no se contiene dentro de límites prudentes, nos lleve al pavoroso desorden que hace tantos estragos en las escuelas de los Estados Unidos.

El remedio, para nosotros, es sencillo: no perdamos de vista nuestra sana orientación latina, las tradiciones intelectuales que nos dieron el hábito de clasificar y coordinar los conocimientos, la noción clara de que cada disciplina esencial tiene su lugar necesario e insustituible en el programa de cultura que deben cumplir las escuelas.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

Una carta de Bolívar.—Cuartel General en Huamachuco a 28 de Abril de 1824.

Al H. S. Vice Almirante de la Escuadra del Perú don Martín Jorge Guise.

Honorable señor: He recibido con el mayor gusto la nota de VS. de 18 del presente a bordo de la «Protector» en Santa, y me es muy satisfactorio que VS. haya recibido los veinte mil pesos que remití para la Escuadra y que estuviera pronto para dar la vela para el Callao a continuar el bloqueo de aquel puerto. Esta operación de VS. impone a los enemigos del Perú un perpetuo silencio sobre las novedades que forjaban cada día acerca de las operaciones de la Escuadra del mando de VS.

Los Coroneles Reyes y Franco comunicaron al General Sucre en su cuartel general de Huaráz que VS. les había manifestado que estaba resuelto a irse a Chile por no continuar al servicio del Perú por odio hacia mi persona. Confieso a V. S. H. francamente que no lo creí porque no podía encontrar en mi

---

Fortnightly Review (si no recuerdo mal), Lord Bryce afirmaba que el conocimiento de las fórmulas químicas—la del agua, por ejemplo—es cosa para especialistas. Lord Bryce dice también, en su libro *South America*, que los hispano-americanos somos poco intelectuales; probablemente, entre otras cosas, porque no siempre sabemos de memoria el Canto I de la *Ilíada* en griego; pero los alumnos de nuestras escuelas secundarias saben muchas cosas que el ilustre escritor contempla desde lejos como especialidades abstrusas. He oído a Sir Gilbert Murray declarar que la mayoría de sus alumnos de griego, en Oxford, no podrían explicar las razones astronómicas a que obedecen regulaciones del calendario como las de los años bisiestos. Así se explica que escritores contemporáneos, de gran cultura *inglesa*, caigan, como Stevenson, en el error de atribuir mil piés a los insectos (cuya característica es no tener más que seis), o, como Chesterton, en el absurdo de hablar del eje norte y el eje sur de la Tierra.

conducta con respecto al Perú, ni con respecto a V. S. H. la causa de este odio, siéndome ahora muy agradable ser informado por la nota de V. S. H. de sus verdaderas intenciones, de los motivos que lo impelían a pensar en ir a Chile después de bloquear algún tiempo el Callao, cuyos motivos fueron sin duda mal interpretados por dichos coroneles.

Diré a V. S. H. en breve mi modo de pensar sobre la campaña de esta República, y sobre las operaciones de la Escuadra del mando de V. S. H. que debe cooperar mucho a su feliz éxito.

El ejército unido libertador compuesto hoy de siete mil colombianos y de tres mil peruanos está acantonado en la Sierra desde Huaráz hasta Cajabamba, ocupando con cuerpos de observación hasta Huanuco. Las partidas de guerrillas de peruanos se extienden hasta Lurín y Asnacupio, en las inmediaciones de Lima. A mediados de Mayo entrante estarán sobre las costas del Perú tres mil veteranos de Colombia, que se han ido a buscar al istmo de Panamá y deben estar ya navegando para Guayaquil, según avisos de los Comandantes Generales de estos departamentos.

Además de Guayaquil y Quito vendrán dentro de 12 o 15 días mil quinientos hombres de las tropas que pacificaron a la rebelde Pasto. Estos refuerzos formarán un bello ejército de más de catorce mil hombres. Con él es indubitable la libertad del Perú, sea cual fuere la actitud que tomemos. El enemigo apenas tiene hoy desde Tarma hasta Pampas cinco mil hombres, de ellos más de la mitad reclutas. Sus otras tropas están en el sur, y aún cuando sea posible que se avengan Olañeta y Laserna no pueden traer de aquella parte arriba de dos o tres mil hombres con que no igualan el número de los nuestros. En cuanto a moral y calidad, no hay comparación entre unos y otros, pues es infinitamente marcada la superioridad de los nuestros. Así es que bien se mueva el enemigo, bien nos espere, siempre será batido.

Los buques de la Escuadrilla de Colombia en el Pacífico, luego que hayan conducido a las costas del Perú la última expedición de tropas, irán al Callao a las órdenes de V. S. H. a bloquear rigurosamente ese puerto, mientras que el ejército marchará a fines de Mayo o principios de Junio, y de este modo, amenazados por todas partes, será bien difícil que alguno se escape. Estas operaciones son las que me hacen decir a V. S. H. que no es de ninguna manera conveniente a nuestro plan de campaña el que V. S. H. vaya con la fragata a Chile, porque quedaría descubierta la única salida del enemigo cuando sea derrotado. Prefiero, pues, que V. S. H. con la fragata vaya a

Guayaquil donde otra vez ha estado ese buque y donde podrá reparar las faltas que tenga, mientras que yendo a Chile se pone fuera de cooperación en la presente campaña en la época dicha.

Esto con respecto a nosotros, con respecto a la Europa diré a V. S. H. que tengo Gacetas de Jamaica hasta el 5 de Marzo. En ellas están insertas muchas columnas del *Correo de Londres* que de un modo positivo aseguran: 1.° Que la España no tiene medios propios ni créditos actualmente con que equipar un solo buque de guerra, así es que en Inglaterra se ven estos proyectos de expediciones de España como empresas quijotescas; 2.° Que la Francia y el Austria preguntadas oficialmente por la Inglaterra cuál sería su conducta política con respecto a la España y sus antiguas colonias, ha contestado la primera que no tomara en esta cuestión la menor parte ni intervención y el Austria que sólo mediará por vías pacíficas; 3.° Que la Inglaterra está bien decidida a reconocer la independencia de las Repúblicas del sur de América y de mirar como acto hostil contra ella cualquiera intervención de alguna potencia europea en los negocios de América; 4.° Que los Estados Unidos del Norte han declarado solemnemente que verán como acto hostil contra ellos cualquiera medida que tomen las potencias del Continente contra la América y en favor de la España.

Hasta el mes anterior de Marzo no había, señor Almirante, ni presunciones de posibilidad de que la España pueda enviar un solo buque de guerra, ni un soldado a América. Así son absolutamente inverosímiles las noticias de que haya zarpado en Cádiz buques de guerra españoles para el Pacífico, y el Comandante de la corbeta de guerra holandesa ha padecido una equivocación al asegurar esto.

Por estas razones se convencerá V. S. H. de la justicia con que me opongo a su marcha a Chile, esperando reportar muchas ventajas de su permanencia en el Callao, desde donde pueden pedirse a Guayaquil cuanto necesite la Escuadra del mando de V. S. H., o ir allí a repararse, si fuere absolutamente necesario, siendo aquel astillero el más abundante y provisto, y estando de resto a mis órdenes aquel departamento, será V. S. H. atendido con exactitud y prontitud.

Yo no dudo que V. S. H., pesando estas razones, conocerá su solidez, y no adoptará la medida de ir a Chile, lo cual sería visto como un abandono de la causa del Perú con las fuerzas que se le han confiado en las circunstancias más críticas, y en la época de su salvación. Así yo protesto contra esta medida, si V. S. H, llega a adoptarla y la desapruebo desde ahora, haciendo a V. S. H. responsable de ella ante el Perú y ante la

causa de la América entera y ante la noble patria de V. S. H., la Inglaterra, que tan generosamente ha tomado bajo su protección una causa que V. S. H. ha defendido con tanta bizarría y constancia.

Soy de V. S. H., con la mayor consideración y aprecio, su atento servidor.

BOLIVAR.

BIBLIOGRAFIA

Luis Araquistaín.—*El peligro yanqui.*—Madrid.—1921.—1 vol, de 204 págs.

No vaya a creerse—como el título parece indicarlo—que nos encontramos en presencia de la obra de un adversario encarnizado e irreconciliable de los Estados Unidos de Norte América. Espíritu reflexivo y sagacísimo observador, el señor Araquistaín no es de esos hombres que se dejan arrastrar por pasiones ciegas e irreflexivas. Dan clara idea de sus verdaderas tendencias estas palabras suyas que encontramos en el Prólogo:

«Sin embargo, el autor cree haber rozado, aunque no sea más, las fuerzas actuales y latentes más considerables de ese inmenso crisol humano que es la República norteamericana. Y hecho un somero balance de todas, la conclusión no no puede ser más sombría: *El peligro yanqui*, título del libro, la condensa. ¿Peligro para quién? Para el mundo entero, incluso para los mismos Estados Unidos. Esta gran nación se nos ha antojado un trasunto de la Alemania que se embriaga en altivez y mesianismo de 1870 a 1914. Tal vez nuestra visión última de los Estados Unidos; sea demasiado pesimista; tal vez la haya abultado el ejemplo demasiado próximo de la Alemania providencialista De todos modos, no seríamos sinceros si disfrazáramos nuestro temor.

«Pero que la consecuencia del peligro no sirva para agravarlo con previsiones que, a su vez, parecerán provocaciones. La actitud de los Estados Unidos en materia de armamentos, sobre todo marítimos, es siniestra; pero la actitud de Inglaterra y el Japón, redoblando su defensa frente al probable enemigo, tampoco es tranquilizadora. Por lo visto se va a repetir el pugilato por la supremacía militar, la lucha de la paz armada que durante quince o veinte años, preparó la guerra entre Alemania, Inglaterra y Francia. El mundo está amenazado de otra paz armada que acabaría como todas en cruentísima guerra.

«El peligro yanqui, además, lo es especialmente para el resto de América. El capitalismo norteamericano puede ser espuela de progreso para las repúblicas rezagadas de América; pero tras el capital van las banderas, los ejércitos, las instituciones, la lengua, la cultura del pueblo invasor. Admiramos vivamente la cultura anglasajona; ha sido nuestro mayor sustento espiritual; pero la aborreceríamos si quisiera imponérsenos, descuajando la personalidad histórica de nuestro país. Y en cierto modo cada país americano de sangre española es una continuación, a veces superada, del nuestro. A España no puede serle indiferente el futuro de la América de su lengua Extinguido felizmente al imperio de la materia, queda un imperio ideal, de tipo hispánico y fines culturales entre Europa y América. Este imperio del espíritu es el que nos duele ver amenazado por el peligro yanqui. No nos dolió la pérdida de las Antillas, antes bien nos pareció una ley del tiempo y una sanción histórica a nuestros desaciertos. Pero nos aflige que un portorriqueño, por ejemplo, hable el español como

un norteamericano. Contra ese peligro específico hemos de estar prevenidos españoles e hispano americanos».

Con asombrosa lucidez estudia el señor Araquistaín la evolución económica, la evolución social, el feminismo, la prensa y la política internacional de los Estados Unidos. Nada escapa a su atención. Hechos, a primera vista insignificantes, le bastan a menudo para descubrir extensos campos de visión.

Queremos finalizar esta nota transcribiendo un breve párrafo del señor Araquistaín que se nos ocurre profundamente verdadero y digno de meditarse por lo que hacen alarde de haber perdido toda fe en la libertad:

«Un norteamericano me dió hace poco la definición más exacta de su país: es una gran democracia sin libertad. He aquí un gran peligro: un pueblo que sea demócrata, esto es, que se gobierne soberanamente a si mismo; pero que no sienta respetar por la libertad. Y así como la libertad sin democracia es sospechosas, una democracia sin libertad es insufrible».

L. M. A.

Jorge Solís de Ovando.—*Los derechos de la mujer.*—Santiago. —1921.—1 vol. de 68 págs.

Después de un prolijo estudio del problema por todos sus variados aspectos, llega el autor a las conclusiones siguientes: «1.ª Después de largos e innumerables siglos de esclavitud y servidumbre, sólo en la época contemporánea la mujer ha venido a despertar a la verdadera vida de sus derechos; 2.ª la mujer no es inferior al hombre, sino que ámbos forman un complemento armónico; 3.ª Necesidad de dejar a ámbos sexos en condiciones iguales de preparación y cultura, para poder ganarse independientemente la vida; 4.ª Igualdad ante las leyes; 5.ª Incorporación de la mujer a la vida cívica, como un ensayo de educación política; 6.ª El triunfo del feminismo trae por consecuencia la disminución de los vicios, y un gran aumento en la producción económica y en el bienestar general; y 7.ª Urgencia de organizar un comité que dirija e imprima rumbo a las aspiraciones dispersas del movimiento feminista nacional».

Podrá disentirse de las conluciones a que el señor Solís de Ovando llega; pero en todo caso habrá que reconocer que ha hecho un esforzado alegato en favor de las ideas que profesa.

X.

J. E. Rodó.—*Epistolario*, con dos notas preliminares de *Hugo D. Barbagelata.*—París.—1921.—1 vol. de 103 págs.

Ha reunido en este volúmen Barbagelata un buen número de cartas de su maestro i amigo Rodó. «El *Epistolario* que hoy damos a luz, dice en la *Advertencia Preliminar*, es relativamente completo; no porque en él se recojan todas las cartas que mandó Rodó a sus colegas, sino porque ellas, inéditas en gran parte, lo presentan bajo distintos aspectos, a cual más valioso y atrayente. No ha llegado aun la hora de reproducir las afectuosas carillas familiares que el hijo amantísimo remitió, con regularidad, desde Italia, a su anciana madre».

La mayor parte de las cartas versan sobre materias literarias. Unas pocas sobre negocios políticos. Todas son en alto grado interesantes. Citaremos, por ejemplo, la que dirigió a don Pedro M. Bermúdez Acevedo que le había pedido una autobiografía. Con rara finura se excusa Rodó de hacerlo: «¿No le parece a usted, amigo mío, que con todo lo dicho se halla suficientemente justificada mi excusación y que debe usted perdonarla con su habitual y generosa benevolencia? En caso necesario, puede usted hacer uso de esta carta, presentándola como una prosaica imitación del soneto de Violante, en la que se trata de los medios de escribir una autobiografía y se concluye por no adoptar ninguno».

Y esta otra dirigida a Francisco García Calderón.

«Mi modo de producir, sobre que usted me pregunta, es caprichoso y desordenado en los comienzos de la obra. Empiezo por escribir fragmentos dispersos de ella, en el órden en que se me ocurren, saltando quizá de lo que será el fin a lo que será el principio y de esto a lo que irá en el medio; y luego todo lo relaciono y disciplino. Entonces el órden y el método recobran sus fuerzas y someto la variedad a la unidad. Al principio no veo claro el plan y desenvolvimiento de la obra. Encaro la idea de ella por la faz que primero se me presenta, y mientras voy escribiendo, el plan se vá haciendo en mí. Son así simultáneas la concepción del plan y la ejecución. Para la forma soy descontentadizo y obstinado. Percibo muy intensamente el *ritmo* de la prosa y procuro obtenerlo. *Escribo mentalmente* casi sin cesar aun en la calle, aun en la mesa. Mis borradores suelen ser un montón de girones de papel de toda forma, especie y tamaño. No tengo, para excitar la fantasía, un gato a quién pasar la mano, como se cuenta de autor célebre; pero aseguro a Ud. que casi no puedo escribir de seguida sin tener a mi alcance un diario, periódico o libro, que de vez en cuando tomo para palparlo, para *estrujarlo* (y así he echado a perder muchos inocentes volúmenes) y hasta para aspirar su aroma, si es impreso nuevo, el incomparable aroma del papel y la tinta».

P.

Steinach.—*El rejuvenecimiento biológico y las funciones glandulares.* —«Die Therapie der Gegenwart», 1921.

Las investigaciones de Steinach, recientemente publicadas, acerca de la cuestión del rejuvenecimiento orgánico, desde el punto de vista experimental, representan un nuevo eslabón de una larga cadena de investigaciones, basadas en la oposición anatómica y fisiológica de dos tejidos que se hallan en las glándulas genitales de ambos sexos, y especialmente en las llamadas *glándulas de la pubertad*.

Steinach designa con este nombre la porción de las glándulas genitales, ovario o testículos, relacionadas con la propiedad secretoria interna.

Es conocido de tiempo, por lo observado en las castraciones en sujetos jóvenes y los injertos de glándulas genitales en los castrados, que tales glándulas no sólo sirven para la fecundación mediante productos que se segregan exteriormente, en relación con el sexo, sino que junto a ellos existen otros que, segregados interiormente, influyen en ambos sexos sobre su constitución física y psíquica.

Esto último debe atribuirse, especialmente, a la porción de las glándulas genitales que Steinach llama glándula de la pubertad. Esta es más fácil de hallar en el testículo que en el ovario, y con bastante seguridad, debe localizarse en las células descubiertas por Leydig, «las células intersticiales», que se hallan en el tejido conjuntivo, entre los conductillos seminíferos.

Respecto a la glándula de la pubertad en el sexo femenino, existe aún diversidad de pareceres en cuanto a su origen y caracteres anatómicos. Sin embargo, parece tratarse de células epitelioides, que se hallan también en el tejido de la glándula, y que proceden en parte de las células epiteliales de la membrana granulosa, en parte del tejido conjuntivo de la teca interna. Por consiguiente, de los folículos, ya de los no abiertos, ya de los rotos en la postura ovárica.

Es cosa demostrada, por diversas observaciones e investigaciones, que la propiedad secretoria interna es independiente de la generativa, es decir, que en la glándula genital existen, por decirlo así, dos glándulas, una junto a otra. La ligadura del conducto deferente produce la desaparición de la porción generativa del testículo y la excitación y frecuentemente el aumento de la porción intersticial. Por eso no se

presentan trastornos semejante a los de la castración. Lo mismo ocurre en los criptórquidos, en los injertos, en la irradiación por los rayos Roentgen.

En el sexo femenino sucede lo mismo Por la irradiación con los rayos Roentgen, por los injertos, se destruye la porción generativa, mientras la llamada intersticial permanece o aumenta, y así no se presentan los caracteres anatómicos, ni los síntomas funcionales de la castración.

También hablan en favor de la importancia del tejido glandular intersticial, las relaciones entre la cantidad de la formación glandular y su influencia sobre los caracteres sexuales secundarios.

Cuando la porción generativa queda destruída, como en los injertos e irradiaciones, tiene lugar de ordinario un aumento, una hipertrofia de la porción intersticial, y paralelamente a ella, se observa en los animales machos un aumento de la tendencia a la fecundación y mayor desarrollo del pene y vesículas seminales. En los animales hembras aumentan las manifestaciones de celo y—especialmente después de la irradiación—crecen las mamas, el pezón, el útero, de modo que los animales vírgenes irradiados, presentan estas partes como los que han sido preñados.

Aquí se hizo Steinach la pregunta de si sería posible aumentar la secreción interna de las glándulas genitales, y de si cuando en el curso de la vida tanto se hubiera debilitado, que se hubiese hecho insuficiente la influencia física y psíquica de su hormona, desaparecido la apetencia y capacidad sexual, sufrido regresión los órganos genitales, podría restablecerse su funcionalismo, fortaleciendo las glándulas de la pubertad.

Como ya se ha dicho, se presenta una hipertrofia, y con ella un hiperfuncionalismo de las glándulas de la pubertad en el sexo masculino, mediante la ligadura del conducto deferente, y en ambos sexos por injerto de glándulas jóvenes. Steinach experimentó en ratas viejas la acción que pudieran tener estas operaciones, comprobando así que, aún en animales viejos, puede tener lugar una neoformación de las glándulas de la pubertad, y con ella, también el funcionalismo específico.

La ligadura del cordón espermático, además de la atrofia de la porción seminal del testículo, conduce al aumento de la glándula intersticial, y con ello se cambia la manera de ser del animal. El macho, en parte pelado, debilitado, que permanece con el lomo encorvado, impotente y sexualmente indiferente, adquiere de nuevo los signos de la juventud, crecimiento piloso brillante y completo, se mantiene firme, aumenta su deseo de comer, y con el acúmulo de grasa, vuelven las formas juveniles, de nuevo adquieren vivacidad, acometividad, vuelve a sentir deseo sexual, regularmente aumentado, así como vuelve su *potencia coeundi*. En una observación, el efecto fué más allá. En este caso, se ligó un solo cordón, y el crecimiento de la glándula de la pubertad de que se acompañó, dió no sólo los resultados ya descriptos, sino que el macho fecundó a una hembra. Según Steinach, la glándula de la pubertad aumentada pudo, mediante su hormona, hacer *revivir* el otro testículo, de modo que produjo esperma perfecto. De otras investigaciones que orientó Steinach en este sentido, se deduce que el crecimiento de las glándulas de la pubertad, parece poder conducir también al rejuvenecimiento de otros órganos, así como de los canalículos seminíferos y al restablecimiento de la espermatogénesis.

El tejido adiposo subcutáneo, que desaparece en la vejez, reaparece, la musculatura parece mejor nutrida que en los demás animales viejos, las vesículas seminales, la próstata y el pene, crecen de nuevo, y el tejido esparmatogénito del testículo que, como ya se ha dicho, después de la ligadura de los conductos deferente se destruye, fór-

mase luego de nuevo, como lo han demostrado las investigaciones histológicas en los animales observados en tiempos distintos, después de la ligadura del conducto deferente.

Del mismo modo que la ligadura del conducto deferente, obra el injerto de testículos de animales jóvenes en los músculos del abdomen en ratas machos y cobayos viejos, impotentes, con atrofia de la próstata y de las vesículas seminales. En dos casos, pudo lograrse una segunda vez el rejuvenecimiento por injerto, después que un primer injerto había perdido su efecto.

En animales hembras, viejos, obtuvo Steinach en principio, lo mismo. Unas veces igualmente mediante injertos (de ovarios), otras por irradiación de los órganos genitales. Estos órganos, ya atróficos, (útero, ovarios, mamas) crecieron de nuevo, las manifestaciones de celo, tiempo ha desaparecidas, presentáronse otra vez, los animales concibieron, y después de mayor o menor tiempo de esterilidad, tuvieron descendencia.

El rejuvenecimiento obtenido es, naturalmente, pasajero. Persiste un tiempo, después del cual vuelven a abrirse paso las manifestaciones de la vejez. Con todo, se logra mediante aquél una prolongación de la vida, que en las ratas no es pequeña, por cuanto alcanza de un cuarto a un tercio de la duración ordinaria de su vida.

Los resultados obtenidos en los animales, debían invitar, naturalmente, a tratar de lograr en el hombre iguales resultados, ya que el substractum fisiológico es el mismo. Estas investigaciones, según el método de Steinach, las ha emprendido especialmente Lichtenstern, en Viena. También han contribuído Mühsam y Kreuter. Trátase, en parte, de enfermos que, a causa de heridas o tuberculosis, fueron castrados, y en los que existía un estado de eunucoidismo. En ambas circunstancias, se practicó un injerto de testículos criptorquídeos de hombre jóven y sano, con lo cual desaparecieron las manifestaciones de la edad que se habían presentado: debilidad muscular, cansancio, inercia, pérdida de la memoria, ausencia del apetito sexual, impotencia.

Más importantes que estos casos, en que se trata de senectud intercurrente, dependiente de una afección, son aquellos en que se trata de senectud natural. En este sentido, Steinach comunica tres casos tratados por Lichtenstern, uno de 44 años, trabajador, con senectud precoz, otro de 66 y otro de 71 años. Todos ofrecían las manifestaciones propias de la senectud, y en los tres desaparecieron con la ligadura de los conductos deferentes. La debilidad corporal desapareció, aumentó la fuerza muscular, la disnea que acompañaba al esfuerzo físico, dejó de presentarse, creció abundante el cabello i la barba. En la esfera psíquica también se presentaron cambios, pues la memoria se hizo mejor, aumentó la actividad psíquica, el pensamiento fué más fácil, pero especialmente aumentó el funcionalismo sexual y la capacidad perdida, o casi perdida, volvió como en los días de la juventud.

Semejantes, aunque no tan marcados, fueron los resultados en mujeres, entre 45 y 55 años, en las que se irradiaron los ovarios, observándose, también aquí, un aumento de la capacidad física y psíquica, con rejuvenecimiento de la conformación exterior.

El rejuvenecimiento corporal y psíquico, puede obtenerse, pues, mediante *erotización* del organismo, gracias a la excitación y al aumento de las glándulas de la pubertad, y por tanto, de su hormona.

Naturalmente, para que esto ocurra es preciso que queden aún restos funcionantes. No siendo así, no pueden despertarse de nuevo. De este modo, se comprende que, en los tiempos en que se practicaba la ligadura del conducto deferente, como tratamiento de la hipertrofia prostática, nada se notase respecto a rejuvenecimiento consecutivo.

A. Loewy.

Edmond Picard.—*Les constantes du droit.—Institutes Juridiques modernes.*—Paris.—1921.—1 vol. de IV+274 págs.

Más que el título, un tanto oscuro, de este libro, dará una idea de su objeto y contenido estas palabras de Victor Cousin que leemos en el Prefacio.

«Cuando los jóvenes estudiantes se incorporan a nuestras escuelas, la jurisprudencia es para ellos país desconocido, de que ignoran completamente el mapa y la lengua. Se dedican primeramente al Derecho Civil y al Romano sin conocer el lugar que estas ramas del Derecho ocupan en el conjunto de la ciencia jurídica y de ordinario les ocurre que se disgustan del estudio de especialidades tan áridas o que contraen el hábito de las minuciosidades y la antipatía por las ideas generales, Semejante método de enseñanza favorece poco los estudios extensos y profundos. Por eso, desde hace largo tiempo, los espíritus distinguidos reclaman la creación de un curso preliminar destinado a orientar a los estudiantes en el laberinto de la jurisprudencia, a darles una idea de conjunto de todas las ciencias jurídicas, señalando el objeto distinto y especial de cada una de ellas y al propio tiempo su dependencia recíproca y el lazo que las une. Debería, además, en ese curso establecerse el método general que debe seguirse en el estudio del Derecho, con indicación de las modificaciones particulares que cada uno de sus ramas requiere. La bibliografía de los libros más importantes sobre ciencias jurídicas formaría también parte del curso. Esa enseñanza levantaría el nivel de la ciencia del Derecho a los ojos de la juventud por el carácter de unidad que le imprimiría y ejercería una influencia feliz en el trabajo de los estudiantes y en su desarrollo intelectual y moral»... «Es conveniente, añade Cousin, presentar un conjunto de toda la ciencia para comprender mejor su espíritu y su unidad. Esta imagen de la gran *Enciclopedia Jurídica*, ofrecida desde el principio a los jóvenes estudiantes, les daría, desde los comienzos de su carrera, una impulsión generosa, imprimiría en su pensamiento y en su alma el sentimiento y el respeto del Derecho y los haría interesarse en todas las ramas de la ciencia, cualquiera que, por otra parte, sea aquella en que algún día habrán de especializarse».

A la realización de este programa ha consagrado Mr. Picard dos libros: *Le Droit Pur* (1889) y el presente, ambos publicados en la *Bibliothèque de Philosophie Scientifique*, dirigida por el Dr. Gustavo Le Bon.

Dado el carácter extremadamente sintético de este libro, creemos que no prestará servicios a los jóvenes principiantes; pero será en cambio un buen auxiliar para las personas familiarizadas con las ciencias jurídicas, en especial para los profesores.

H.

Sara Wambaugh.—*A monography of plebiscites with a colections of official documents.* — Oxford: University Press.—London.—1921.

—Miss Wambaugh ha producido una obra de interés e importancia escepcionales, hoy por hoy muy oportuna. Aparecida en una época cuando el mundo ha oído tanto de la doctrina de Autonomía y ha estado presenciando los plebiscitos que se han llevado a efecto en diferentes partes de Europa,—piebiscitos que son en sí actos de autonomía,—esta obra es de gran valor para los estudiosos, en el sentido de hacer más fácil el conocimiento de los ejemplos primitivos de esta medida política. Es un tema al cual el pensamiento político británico, ha prestado poca atención, a pesar que tenemos una contribución pequeña, pero útil, en uno de los volúmenes recientemente publicados del «*Peace Handbook*». El tratado de Miss Wambaugh, no peca por la brevedad. La generosidad del Instituto Camegie le ha permitido tratar el asunto extensamente.

La mayor parte del volúmen—de un total de 900 páginas—consiste en documentos; pero en las primeras 170 páginas hay una narración histórica escrita con mucha lucidez, claridad y cordura. Después de una reseña corta de las teorías primitivas de que la conquista no daba derecho alguno sobre los territorios si no se conseguía el consentimiento de la transferencia de soberanía de los propios habitantes, Miss Wambaugh sigue tratando del período en que esta teoría era practicada. Las primeras ilustraciones han sido tomadas por ella de la Revolución francesa, Avignon y la ribera izquierda del Rhin. Pero la reacción después de la Revolución Francesa sobrevino muy rápidamente, y como es bien sabido, no se reconoció esta teoría ni en el Congreso de Viena ni durante la generación siguiente. Prescindiendo del episodio curioso de los Principiados Danubianos, encontramos que en la época de Napoleón III es cuando ocurren los ejemplos típicos. Estos son naturalmente, las votaciones populares por las que uno por uno todos los Principiados centrales italianos y después Sicilia y Nápoles expresaron su deseo de unión al reino de Italia recientemente fundado, y también, las votaciones populares por las que Niza y Saboya se anexaron a Francia. No hay duda de que el uso hecho por Napoleón de este instrumento para obtener un incremento de territorios para la Francia fué la causa de un ataque rudo hecho al método, un ataque que encontró un prosélito en el señor Lorenzo Oliphante. Miss Wambaugh hace observaciones muy juiciosas sobre el particular. Dice así:

«Sería una persona muy valiente « la que se atreviese a asegurar, to- « mando en consideración la repu- « tación que tienen estos plebisci- « tos, que ellos fueron justos; y « sería una persona muy crédula la « que aceptara una enorme canti- « dad de aseveraciones repetidas, « no apoyadas en los hechos, sin « algo de escepticismo. El error « fundamental de historiadores pos- « teriores ha sido el de confundir « los dos plebiscitos, tratándolos « como uno sólo. Escasos como son « los cargos de algún valor que se « hacen a la votación de Niza, ellos « deben ser considerados de mucho « más peso que los que se hacen « para las votaciones de Saboya que « era francesa de raza, lengua y en « esa época, también, de sentimien- « to político».

Pero pasa a demostrar que el punto verdaderamente importante es que la experiencia subsiguiente ha justificado el voto: «A pesar de « una cláusula optativa en el tra- « tado, parece haber habido muy « poca emigración; en 1870 cuando « los dos territorios pudieron haber- « se emancipado de Francia, ellos « se mostraron leales; y según lo « que se puede descubrir no ha « existido ningún partido de «Irre- « dentos» ni en Saboya, ni Italia, « ni Niza».

Esta es una observación que es de gran importancia hoy en día; aún aquellas personas que aceptan ampliamente la doctrina de autonomía, deben reconocer que el voto simple, tomado talvez en circunstancias de gran dificultad, es sólo un método por el cual la voluntad del pueblo puede ser reconocida. Más importante aún es el reconocimiento subsiguiente del gobierno al cual han sido transferidos. Si por ejemplo, Francia rehusa tomar el voto de la población de Alsacia y Lorena, esto no quiere decir que tiene dudas en cuanto al veredicto. Quiere decir que ántes de depender del veredicto de una decisión atolondrada, prefiere apelar a una manifestación más significativa y permanente del deseo popular:—la felicidad futura del pueblo bajo el gobierno francés.

Toda la narración de la historia primitiva de la Cuestión de Schleswig, es de especial interés en una época en que es de esperar que haya sido definitivamente arreglado por el método del plebiscito, y hay una interesante exposición del contraste entre la manera en que

el Reino de Italia fué cimentado por el voto libre de los elementos que lo constituían y el camino que tomaron las cosas en Alemania.

«Bismark había mostrado en un « principio la intención de llevar a « efecto el plebiscito en Schleswig. « El 20 de Diciembre de 1866 dijo « ante la Cámara Baja que en su « opinión, un pueblo anexado con- « tra su voluntad, no podía ser un « elemento de fuerza, y que el go- « bierno no podía rehusar el cum- « plimiento de la promesa hecha « en el Tratado».

«Pero, luego, Bismark se vió for- « zado por la presión del partido « militarista a adoptar otra filo- « sofía—la opuesta a la soberanía « popular—nada menos que la filo- « sofía que se ha desarrollado al « otro lado del Rhin donde se eri- « gía una nueva nación, basada, no « en los principios de consentimien- « to como Italia, sino en los de con- « quista. Habiendo fracasado en « Alemania el Movimiento Nacio- « nal democrático de 1848, gracia a « la determinación de Prusia de par- « ticipar grandemente en la nueva « nación, la filosofía política alema- « na se había enamorado de otro « método: el método de sangre i « hierro! Muy diferente de la uni- « ficación de Italia, que había sido « efectuado bajo el espíritu de 1848, « la unidad alemana representaba « un movimiento contrario. En su « Anexión de Hanover y Hesse, en « 1866, la Prusia no respetó en ab- « soluto la voluntad popular. En « 1867, anexó a Schleswig a pesar « de la cláusula condicional del tra- « tado. Después de 1867, y especial- « mente después de 1870, cualquier « apoyo prestado a la Autonomía « Nacional, constituía un ataque a « la estructura política alemana en « general, como también a la acti- « tud alemana en Schleswig».

El relato histórico de donde se ha tomado este estracto sería de interés para un mayor número de lectores que los que podrán apreciar la colección de documentos a que sirve de introducción; y esperamos que algún día esté al alcance de aquellos que no pueden comprar o leer todo este voluminoso libro. Es al historiador y al estudiante a quienes este tratado junto con su colección de documentos entusiasmará. Se encontrará en él estractos sintetisados de la correspondencia diplomática relacionada con los diferentes plebiscitos y además una copia completa de las leyes y los reglamentos que se dictaron en cada caso. Un paralelo entre ellos y los reglamentos bajo los cuales se llevan a efecto los plebiscitos establecidos en tratados recientes proporcionará resultados interesantes y a veces notables. Un plebiscito, al fin y al cabo, no es un asunto sencillo y como se ha puesto de manifiesto últimamente el resultado positivo aparece afectado por lo que a primera vista parecen factores meramente técnicos de procedimiento y de ley electoral. ¿Quién debe votar? ¿Debemos tomar como criterio el nacimiento o la residencia? Todavía más ¿Debemos considerar la zona en disputa como un todo indivisible o debemos tomar como unidad de votación los pequeños distritos administrativos, de modo que si el voto varía en diferentes puntos del territorio, este puede dividirse según los deseos de la población? En este asunto hay una diferencia fundamental entre los plebiscitos italianos por una parte y los plebiscitos recientes por otra. Cuando los habitantes de Saboya y Niza fueron consultados se supuso desde un principio que estas provincias se tomarían como una unidad cada cual, nadie pensó que algunas partes de Saboya podían desear ser anexadas a Francia y otras quedar bajo la soberanía del Piamonte. Pero si el área ha de considerarse como un todo tenemos otra posibilidad. El parecer de la gente puede ser tomado por la elección de un cuerpo representativo al que se encomienda la resolución final. Estos son asuntos que sin duda en el futuro continuarán ocupando la atención de los estudiantes de la política, y para ellos la colección de documentos proporcionados por

Miss Wambaugh serán indispensable.

(Traducido del inglés por Gordon Aikman).

Edmond Lakine.—*Le socialisme suivant les peuples*.—París. 1920. —1 vol de 264 pág.

«¿El socialismo es un sistema de ideas rigurosamente ligadas las unas a las otras, un sistema en todas partes y siempre idéntico a si mismo en sus elementos constitutivos y en la ordenación y gerarquía de esos elementos? O, por el contrario, representa un conjunto bastante mal delimitado de tendencias sociales, políticas y religiosas heterogéneas en cuanto a su orígen, contrarias a menudo en cuanto a los fines que persiguen, esencialmente variables según los tiempos, los medios sociales y, sobre todo, según el carácter de los pueblos y constitución psicológica de las razas?».

Mr. Laskine estudia primeramente de un modo teórico ese problema y las conclusiones a que llega las confirma por medio de un examen detenido de las diferentes modalidades que el socialismo ha alcanzado en Francia, Inglaterra, Irlanda, Estados Unidos de Norte América y Australia.

«El socialismo reviste, dice, según los países, los aspectos más diversos, las fórmas más opuestas. Cosmopolita aquí, allá nacionalista; libertario o autoritario; democrático o autocrático; religioso o ateo, todo según el determinismo de los medios, de las razas y de las tradiciones nacionales.

«Y no podía ser de otra suerte, ya que los pueblos en los detalles de sus costumbres, de sus vicios y de sus virtudes, de sus aptitudes y de sus deficiencias, son la obra—no del artificio y de la arbitrariedad—sino de la naturaleza y de la historia».

Esta consecuencia surgiría aún con más claridad, si el autor hubiera estudiado en su libro el socialismo alemán y la aplicación que en los momentos actuales se está haciendo de él en Rusia. Esa tarea la emprenderá en un libro que tiene en preparación que se intitulará *Marxisme et Bolchevisme*.

S. P.

INDICE DEL TOMO XII

PÁG.

Javier Vial Solar.—Los planes de Napoleón I para subyugar primero y luego para independizar la América 5

Antonio Gómez Restrepo.—Un poeta humanista: don Julio Vicuña Cifuentes 23

Félix Lorenzo.—Fabre y sus recuerdos entomológicos 28

Osvaldo Marín.—Estudios criminológicos 33

Guillermo Muñoz Medina.—La opereta francesa 50

Manuel J. Othon.—El perro 62

B. Vicuña Mackenna.—¿Intentó Lord Cochrane rescatar a Napoleón, arrebatándole de la isla de Santa Elena con la escuadra de Chile? 63

R. Blanco Fombona.—Psicología del conquistador español del siglo XVI. (Conclusión) 69

Rodolfo Lenz.—La enseñanza del castellano y la reforma de la Gramática 88

NOTAS Y DOCUMENTOS.—Julio Bañados Espinosa, Después de Concón y la Placilla (Fragmentos de una carta íntima).—F. H. A., La afición a la moda de las santiaguinas en la primera década del siglo XVII.—Augusto Orrego Luco, Pedro Lira.—Una carta del general San Martín 93

BIBLIOGRAFÍA.—Mariano Latorre, Zurzulita.—Gustavo Labatut, Juicio de imprenta seguido a don B. Vicuña Mackenna.—José Salgado, El derecho de huelga.—J. G. Prud'homme La jeunesse de Beethoven.—J. M. Rubio, La infanta Carlota Joaquina y la política de España en América (1808-1812).—Agustín Edwards, Observaciones sobre Suecia.—Andrés Lichtenberger, El reyecito.—Sir Clements R. Markham, The lands of silence.—James Bryce, Mederns democracies.—Agustín Marchants S., Recopilacion sobre caminos 104

Luis Barros Borgoño.—Discurso de incorporación a la Academia Chilena Correspondiente de la Real Academia Española 113

Domingo Amunátegui.—Discurso en respuesta al anterior 149

C. Silva Vildósola.—El Centenario de la muerte de Napoleón 160

Marcial A. Martínez de F.—El maximalismo juzgado por un reformador checo-eslovaco 178

Ricardo Donoso.—Una excursión a la sierra 188

J. Rafael Maya.—Fatum 192

Guillermo Feliú Cruz.—La estancia de Mitre en Chile 193

Rodolfo Lenz.—La enseñanza del castellano y la reforma de la Gramática 202

NOTAS Y DOCUMENTOS.—Enrique Mac-Iver, El 9 de Enero de 1886 y el 7 de Enero de 1891.—Justin Godart, La Cruz Roja contra el cáncer.—Federico Calvo, La Imprenta Nacional de

PÁG.

Washington.—Eduardo Benes, La psicología del partido político.—Francisco Araya Bennet, La ley de aumento de sueldos al personal de la enseñanza secundaria, superior y especial.—X. X., Obras completas de Verlaine 206

BIBLIOGRAFÍA.—W. B. Scott, La teoría de la evolución.—Infante don Juan Manuel, El Conde Lucanor.—W. H. Dumming, Historia de las teorías políticas desde Rousseau hasta Spencer.—E. W. Dickinson, The equality of States in international law. J. H. Latané, The United States and Latin America.—Real Academia Española, Gramática de la Lengua Castellana..... 220

Ricardo Montaner Bello.—La labor diplomática de don Alberto Blest Gana 225

Antón Checkoff.—La dormilona 235

Francisco A. Encina, Guillermo Subercaseaux, Enrique Zañartu, Alejo Lira y Raimundo Larraín.—La subdivisión de la propiedad rural..... 243

B. Hall.—La entrada del General San Martín a Lima el 10 de Julio de 1821..... 259

R. Martínez V.—Carnaval..... 264

Un precursor del comunismo en Chile.—Carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao..... 267

Rodolfo Lenz.—La enseñanza del Castellano y la Reforma de la Gramática..... 302

NOTAS Y DOCUMENTOS.—Maurício Arthus, La alimentación insuficiente y sus consecuencias.—Una tentativa para reglamentar las procesiones.—Carlos Silva Vildósola, El Almirante Silva Palma 321

BIBLIOGRAFIA.—Raymond Poincaré, Les origines de la guerre.—Albert Thibaudet, La vie de Maurice Barrès.—Tomás Thayer Ojeda, La Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Chile.—Víctor Domingo Silva, La Pampa Trágica.—Miguel Angel Carbonell, Los parias.—Jorge Aldunate E., El problema de la prostitución.—Guillermo Subercaseaux, El sistema monetario y la organización bancaria en Chile.—Rvdo. P. Pablo Pastells, El descubrimiento del Estrecho de Magallanes en conmemoración del cuarto centenario.—Gharles Gide, ¿Es deseable la vuelta del franco a la par?.—Les démocraties modernes.—Benjamín Orrego Vicuña, Obras literarias..... 328

Guillermo Pérez de Arce.—Una gloria de la ciencia y la caridad: Concepción Arenal..... 337

Juan R. Salas Errázuriz.—El primer canto de la Divina Comedia... 345

Luis Araquistaín.—El niño gigante..... 359

Monna Lissa.—No Campito..... 366

Juan de Hinojosa.—Pablo Verlaine..... 370

José María de la Cruz y Antonio Varas.—Cartas inéditas del General don José María de la Cruz y don Antonio Varas sobre la lucha presidencial de 1851..... 387

J. Marchena.—Vuelo Supremo..... 401

L. Dugas.—Las ideas de Alfredo Fouillée sobre la educación..... 402

Rodolfo Lenz.—La enseñanza del Castellano y la Reforma de la Gramática..... 415

NOTAS Y DOCUMENTOS.—Carlos Silva Vildósola, Don Juan Salas Errázuriz.—Gustavo Le Bon, Nuestras ilusiones financieras.—N. N., Un libro chileno en Estados Unidos.—Pedro Henríquez

PÁG.

Ureña, La cultura y los peligros de la especialidad.—Una carta de Bolívar 420
BIBLIOGRAFIA.—Luis Araquistaín, El peligro yanqui.—Jorge Solís de Ovando, Los derechos de la mujer.—J. E. Rodó, Epistolario.—Steinach, El rejuvenecimiento biológico y las funciones glandulares.—Sara Wanbaugh, A monography of plebiscites with a colection of official documents.—Edmond Laskine, Le socialisme suivant les peuples 440
Emilio Rodríguez Mendoza.—José Miguel Carrera 249
Yates.—Los últimos dias del General Carrera 453
Robinson Hermansen.—Concepto moderno del socialismo 468
Horacio Quiroga.—La gallina degollada 480
Carlos Ledgard.—Caracteres de la crisis económica actual del Perú 488
Pompeyo Gener.—Carta en trovas de arte mayor a la usanza del siglo XV 499
Domingo Santa María.—La política en 1850 y 1851 501
L. Dugas.—Las ideas de Alfredo Fouillée sobre la educación 508
Julio Vicuña Cifuentes.—Joaquín Díaz Garcés 514
André Fontainas.—Paul Fort, príncipe de los poetas 518
Joaquín Díaz Garcés.—La Trilla 520
Fernando Márquez de la Plata y Echenique, Los fueguinos, estudiados por antiguos navegantes españoles 531
B. Sanin Cano.—El descubrimiento de América 536
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Augusto Orrego Luco, El Dieciocho de Septiembre a bordo.—Beltrán Mathieu, Discurso pronunciado en la inauguración del monumento a Bolívar en Nueva York.—Rafael Font de Mora,La huerta-jardín del obrero.—Alberto Edwards, El Censo de 1920.—W. H. Koevel, Nueva luz sobre el Inca Garcilaso. A propósito del reciente libro de Julia Fitz Maurice Kelly 538
BIBLIOGRAFIA.—Santiago Ramón y Cajal, Charlas de Café.—Isidro Fabela, Los Estados Unidos contra la libertad.—Victoria Gucovsky, Tierra adentro.—Rodolfo Rivarola, Mitre. Una década de su vida política.—Chile y la Independencia del Perú.. 552
Indice del Tomo XII 558